

Estamos en el siglo XXI y Lima ya no es la capital del Perú porque el Perú, como el resto de los países, ha desaparecido junto con el anacrónico sistema del Estado-Nación. Ahora gobiernan el mundo Directorios nominados por las grandes empresas conocidas antes como multinacionales.

Lima es la capital de la Región Administrativa Sudamérica-Oeste y tiene alrededor de 25 millones de habitantes. La mayoría de ellos son "ratas", como con desprecio los llaman los altos ejecutivos. Pero esta condición miserable no les impide preparar una rebelión liderada por los Católicos Ortodoxos y su misterioso Cardenal Negro, un ex-lefebrista del siglo pasado; es decir, del siglo XX.

En medio de esta situación, Tony Tréveris, Director Regional, vive un extraño romance con Linda King, Asesora para Sudamérica-Oeste del

Directorio Supremo, con sede en un satélite que orbita la tierra. Ambos se enfrentan a la insurrección y a la masacre mientras un sector de la elite huye para no rendirse a la "nueva clase" que surge de las entrañas del Tercer Mundo y augura otra Edad Media.

José B. Adolph, autor de esta singular novela de anticipación ubicada en el Perú, obtuvo con ella el Primer Premio de la Municipalidad de Lima en 1983. Ese año ganó también el Primer Premio en el concurso del Cuento de las 8.000 palabras convocado por la revista "Caretas".

U.N.M.S.M. BIBLIOTECA CENTRAL



000002103277

MOSCA AZ

editores

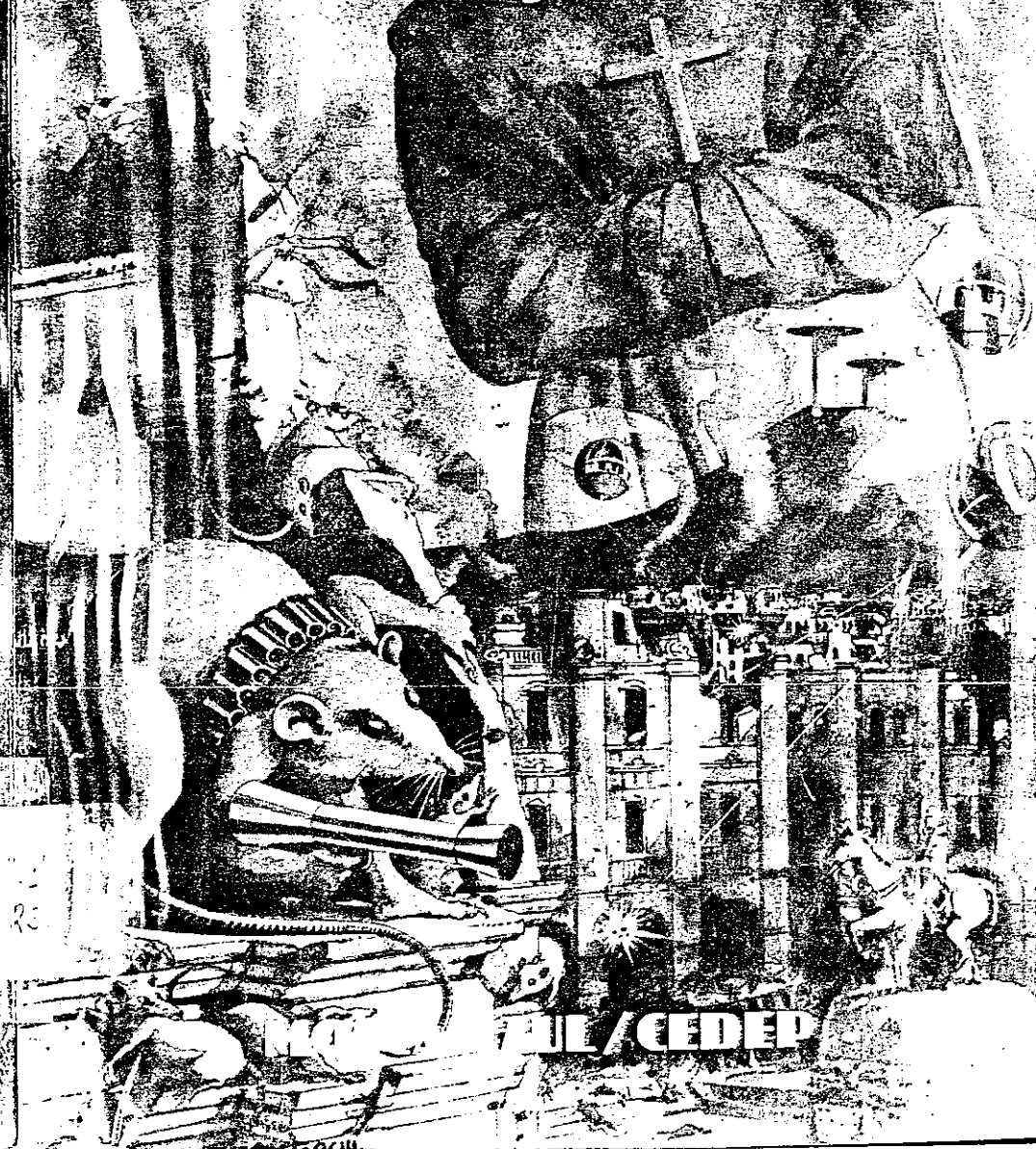
JOSE B. ADOLPH

MANAÑA, LAS RATAS

12
3 19 2
16, 25

JOSE B. ADOLPH

mañana, las ratas



CEDEP

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
BIBLIOTECA CENTRAL
PRIMERA EDICIÓN
LIMA, 1984

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
BIBLIOTECA CENTRAL

José B. Adolph

Mañana, las ratas

UNIVERSIDAD N. M. DE SAN MARCOS
DIREC. DE BIBLIOTECA Y PUBLICACIONES

©
MOSCA AZUL EDITORES SRL
CONQUISTADORES 1130
SAN ISIDRO, LIMA, PERÚ
FONO 41-5988



mosca azul - cedep
editores

*Para Pablo y
Ericka Adolph Vargas*

*A quienes lean este
libro, porque lo están
escribiendo.*

PLQ
8498.1
D6M23

uno

Lo despertaron, como todas las mañanas de lunes a viernes, unos compases de la Sinfonía del Nuevo Mundo, seguidos de la acariciante voz de una mujer:

—Buenos días, amor. Buenos, buenos, muy buenos días te desea tu gatita mañanera en frecuencia modulada.

Divertido, Tony Tréveris echó su mirada habitual de las siete a su esposa. Doris yacía de espaldas, con el pecho a medias cubierto por la sábana de satén lila y una mano entreabierta, con el dorso sobre los ojos. Gruñó:

—Alguna vez deberías cambiar de huachafa.

Tony pensó que los senos de su mujer aún eran hermosos, pese a los cuarenta años y los tres hijos. Extendió la mano para acariciarlos suavemente.

Ella retiró la mano de Tony.

—Nunca comiences lo que no vas a terminar—, dijo.

—¿Cómo sabes que no voy a terminarlo?

—Porque no es sábado.

Tony suspiró ante el cínico realismo de su mujer. Saltó de la cama con el heroísmo deportivo que desesperaba a su esposa. Notó con satisfacción que por la ventana ingresaban los reflejos de un tibio sol veraniego. La gatita en frecuencia modulada había seguido hablando:

962927

—¿Estamos listos ya para un nuevo día? ¿Ya hemos tomado desayuno? ¿Podemos ya fumarnos el primer MariBaco de hoy?

Doris extendió la mano y apagó el receptor. Finalmente se decidió a sonreír y apretó otro botón: el televisor de pared mostró de inmediato el rostro bien afeitado de Morning Charles, el Amigo de las Horas Tempranas. Una voz viril y regular invadió el dormitorio:

—... brilla el sol en este jueves 18 de enero de 2034 y tú, amiga mía, quizás envuelta todavía en la dulce modorra de un sueño reparador...

—Hablando de huachaferías... —dijo Tony, poniéndose el calzoncillo apretado que dibujaba exactamente los contornos de su sexo—. Por lo menos, yo tengo el pretexto de que estoy controlando la publicidad de los MariBacos.

—Yo, en cambio, no controlo sino el estado de mis hormonas —respondió Doris, sentándose en la cama, con la sábana rodeándole las caderas. Se vistió rápidamente, se pasó el peine por la breve cabellera rubia y, como siempre, postergó todo otro arreglo de su persona hasta haber embarcado con felicidad a sus hijos. Abandonó la habitación y Tony, antes de pasar al baño, tuvo todavía ocasión de admirarse, de frente y de perfil, ante el gran espejo del tocador.

—No estás mal —se dijo—. No estás nada mal, hijo. Todavía puedes hacerle un corto-circuito a la gatita electrónica—. Se palmeó el estómago y dio un suave manotazo a su pene. —Nada de barriga a los cuarenticinco años. Pelotas en perfecto estado de producción. Músculos un poco atrofiados, pero no los importantes.

Se felicitó a sí mismo y pasó al baño privado del dormitorio principal. Había vuelto la moda de la calvicie masculina y, en general, del odio a todo tipo de pilosidades. Metió la cabeza en el antipelo, que zumbó levemente mientras convertía todo el cabello de su cabeza y cara en una tibia ceniza. Luego introdujo los brazos y, después, las piernas, acomodando el aparato a sus di-

ferentes necesidades. Reapareció totalmente calvo y sin vello. Su piel brillaba con un tono cobrizo muy saludable, producto de los rayos antipelo. Se sonrió en el espejo, volvió al dormitorio y se vistió.

Al descender al comedor de diario, los chicos terminaban su desayuno, servidos por una mujer baja y cetrina que no decía palabra. Tony, antes de sentarse, pulsó el botón del informativo radial de seguridad.

—Buenos días, chicos —dijo, antes de que se escuchara la fanfarria con los informes de las 7:15.

—Señoras y señores, muy buenos días —dijo la voz, seca e impersonal—. El informe meteorológico para hoy 18 de enero de 2034 anuncia, para la costa central, sol durante toda la jornada. Temperaturas entre los 24 y los 26 grados centígrados. Vientos del sur en la mañana con fuerza de 4 nudos, aumentando a 6 nudos al atardecer. Humedad relativa máxima: 80 por ciento; mínima, 55 por ciento. Y ahora, el informe social.

—Shhh —dijo Tony a Claudia, la menor, que pretendía iniciar una disputa con Marcos.

—A las 06 horas de hoy se reportaba la continuación de los disturbios iniciados anoche en La Victoria, en el valle central de Lima. El tránsito por la vía 14 ha sido desviado a la altura de San Luis para los automovilistas del sur con destino al norte o este. El cierre correspondiente al otro extremo se produce en el cruce de Grau y Paseo de la República; aquí el desvío es hacia el parque Bolognesi, que se cruza por el terraplén de Guzmán Blanco hasta el Campo de Marte, donde se ha previsto adecuada protección policial para los coches públicos y privados. No se están reportando incidentes de esta área. Repetimos, no hay disturbios en el área del Campo de Marte, que también se encuentra libre de enfermos mentales agresivos. Continuamos con el boletín de información social. Prosigue el estado de insurrección armada en la ciudad satélite de Puente Piedra, pero el foco se halla aislado y bajo control, pese a que los agitadores han intentado, sin éxito, repetimos, sin éxito, incitar a sectores aledaños que han re-

chazado la provocación. Se espera que en el curso del día de hoy quede debelada esta rebelión en Puente Piedra. Por lo demás, se espera un día tranquilo en la Gran Lima, desde Ancón en el Norte hasta Cañete en el Sur, incluyendo los suburbios de Huacho y los sanatorios y clubes entre Lima y Matucana en la vía central. Este ha sido, señoras y señores, el informe social de hoy 18 de enero, destinado a la seguridad de quince millones de limeños. El próximo informe, esta tarde a las 18 horas.

Tony, masticando una tostada, observó cómo Doris revisaba lánguidamente la apariencia de Federico, Marcos y Claudia, con el uniforme verde de los escolares, el nombre y el número de identificación, el grupo sanguíneo, dirección y videófono impresos en tinta indeleble sobre sus pecheras. Puntualmente a las siete y treinticinco se escuchó la bocina característica de la camioneta blindada que los llevaría al colegio.

Los chicos se despidieron con un rápido beso de Doris y de Tony, cogieron sus loncheras y cassettes y salieron. Doris los siguió para las complejas operaciones de desconectar alarmas, abrir puertas, deselectrificar muros. Tony encendió un MariBaco, prolongando el desayuno en unos sibaríticos minutos. Cuando Doris volvió, lo encontró envuelto en una nube azulenca. Hizo un gesto.

—Realmente, Tony —dijo,— no es por repetirme, pero ¿no podrías fumar en tu escritorio?

—Por Dios, Doris —dijo Tony—. Es uno de los aromas más agradables del mundo.

—No necesitas hacer publicidad aquí a tus productos.

—Es en serio. Eres una de las poquísimas personas a las que no les gusta.

—Qué le vamos a hacer, pues.

Tony suspiró y apagó el cigarrillo. Es posible, pensó, que verdaderamente a los no fumadores les desagrade.

—El tabaco solo es peor, ya sabes.

—Para mí todo es igual —respondió Doris, levantándose rumbo al baño.

—Es la marihuana la que le da cuerpo al tabaco —insistió todavía Tony, levantándose también—. Bueno —agregó, cambiando de tema—. Es posible que hoy tenga que quedarme en el centro. Es el gran día.

Siguió a Doris hasta el baño y la observó pintándose de verde los labios con pedante minuciosidad, como si la vida de ella dependiera de su maquillaje. Se le ocurrió que, efectivamente, así era.

Tras un momento Doris preguntó si hoy llegaba ese representante de la casa matriz.

—La representante —dijo Tony, sonriendo.

Ella lo miró por el espejo que tenía delante.

—Vaya, vaya, —comentó—. Si ésta es otra de las que combinan trabajo y placer...

—¿No lo hacemos todos?

—*Third World lover* —dijo ella.

—*Exotic, picturesque, satisfying* —proclamó Tony—. El buen salvaje.

—¿Estarás en tu oficina?

—As *always* —respondió él—. Te confirmo a eso del medio día.

Dio un beso al aire cercano a la mejilla de Doris y salió. Su coche, un Gemelectric del 32, ronroneaba esperándole en el car-port del jardín, entre la casa y el muro de dos metros y medio que rodeaba su propiedad. Desconectó la batería que se había estado recargando durante la noche y el ronroneo cesó. En las viejas películas, pensó, los automóviles sonaban cuando estaban en marcha, al revés de ahora. De todas formas, ya era hora de cambiar: los modelos 34 venían con ariete delantero reforzado con autolimpieza, además del armamento habitual. Lujos un poco innecesarios aquí, se dijo: él nunca tenía que limpiar la sangre;

para eso había personal adecuado —ventajas del Tercer Mundo—, pero de todas maneras era desagradable presentarse en algunos lugares con el carro manchado.

Sentado ya tras el volante, esperó la señal de Doris, tres zumbidos del intercomunicador visual. Sabía que su esposa se tomaría el tiempo necesario para observar la calle cuidadosamente, canturreando probablemente la canción del día. "*Fuck me good, fuck me hard... let me have that piece of yours*", estaría diciéndose con la mirada fija en la pantallita que reproducía lo que mostraban los teleperiscos de la torreta sobre el muro. Esa letra no estaba mal en inglés, se dijo Tony, pero en castellano peruano era un reverendo desastre: "Tírame bien, tírame duro... dame esa pieza tuya...". Yvonne Duval se había ido de narices cantándola en castellano en el Flamingo la otra noche. ¿Últimos reparos católicos? No, no era eso. Simplemente en castellano no sonaba, como tantas otras cosas. *American is a sexy language*, se dijo Tony, y escuchó los tres zumbidos en su scanner. Lo encendió y vio la cara de Doris mirándolo.

—Buena cacería —escuchó Tony.

—Let me have that piece of yours —respondió.

—¿Qué?

—Nada, darling.

Desbloqueó el seguro, colocó el automático en reversa y salió flotando por el portón que Doris le había abierto desde la casa. La cúpula transparente del vehículo le dio de inmediato una visibilidad de 360 grados y le mostró el vacío total con dos excepciones: dos perros famélicos que se disputaban una rata muerta, a veinte metros de distancia y, a unos 300, otro coche como el suyo saliendo por un portón similar. No tenía idea de quién sería; no conocía a vecino alguno.

El portón volvió a cerrarse, dejándolo solo en el mundo dentro de su burbuja de plástico. Colocó marcha adelante y partió. "*Fuck me good, fuck me hard...*" tarareó y pasó frente al vecino. En la esquina siguiente, la monotonía de los interminables muros que apenas se diferenciaban por el color —rosados, blan-

cos, grises, celestes—, se interrumpía con la figura inmóvil de uno de los guardias privados: uniforme kaki, casco transparente hasta los hombros, como los astronautas del siglo pasado, pistola ametralladora y minilanzallamas, botas negras. El hombre saludó militarmente al paso del auto de Tony, y éste devolvió el saludo murmurando:

—Buena plata me cuestas, hijoeputa.

El mar estaba cerca de su barrio, Mala. En un día como éste, decidió ir por la ruta del Pacífico. Marcó el número de su casa en el scanner y se encontró con la lengua de Doris en un primer plano que revelaba hasta las papilas en sus gloriosos colores gris-rosados. Sonrió y dijo que tomaba la ruta del mar.

Doris se retiró del objetivo, siempre con la lengua afuera.

—Check —dijo.

Tony, en estas circunstancias, se sentía aventurero. Siempre había rechazado el helicóptero de la compañía, que hacía una parada a menos de un kilómetro de su casa en su vuelo matutino desde Cañete. Era seguro, cómodo y barato, pero Tony prefería ir en su automóvil a cincuenta centímetros sobre la pista agujereada. Eres un hombre independiente, se decía cuando alguien —Doris, Marina (su secretaria), o uno de los otros ejecutivos— meneaba la cabeza ante este derroche de tiempo, dinero y seguridad. Tonterías, decía Tony, si un hombre ya no puede manejar su propio carro en la ciudad para ir a su trabajo, ¿qué le queda en la vida?

—Vida es la que te va a quedar un día que te encuentres con una pelotera por detrás y otra por delante en tu camino —respondió cierta vez el doctor Hermógenes Crucible, asesor legal de su dirección ejecutiva.

Tony hizo un gesto de indiferencia que le pareció apropiadamente heroico. Soy, pensó y dijo, un hombre del siglo veinte y no del veintiuno.

—Yo también —respondió Crucible—. Pero no estoy loco. Yo tomo todas las mañanitas mi helicóptero en Surco, acompañado

de mi mujercita y del guardia, y desde el aire, seguro como un bebé, los veo regresar a la casa.

Tony lo miró, divertido.

—Sí, y no me mires con esa cara, que mi mujer no me cuereña con ese cholo.

—Yo no he dicho nada, —replicó Tony, más divertido todavía. Crucible, pensó, es un blanco honorario. Esos son los peores.

Abrió parte de la cúpula, y la brisa del mar invadió el coche. Respiró profundamente. Aire fresco. Esto es lo que deberíamos empaquetar y vender, pensó. Materia prima gratis, no hay conflictos con autoridades roñosas (recordó el problema con Sudamérica-Este, diez años atrás, que insistía en no permitir la importación del *Nuclear Cocktail*, producto regional bajo licencia de Stimudrinks Incorporated) que aún se guían, por lo menos hasta que el soborno —o contribución— adquiría las dimensiones satisfactorias, por viejas leyes del siglo pasado en lo que respecta a fármacos, drogas, estimulantes y otros componentes imprescindibles de la agitada vida moderna. Aire de mar, sí, excelente, se dijo Tony, a cien dólares el hectolitro puesto en su bar. Eso satisfaría a los fanáticos de la Internacional Ecologista y demás cojudos subversivos que ponían bombas en los bares de benzedrina y otros sitios de relax.

Pasó cerca a una de las fábricas de pan de algas y soportó el inenarrable olor de esas instalaciones. El escaso tránsito le permitió acelerar a 140 y dejar atrás el apestoso lugar. Crucible era un buen hombre, se dijo. Buen abogado, experto en lidiar con la burocracia de las tres agencias que se especializaban en joder a su compañía: la de Entrenamiento, la de Consumo Alimenticio y Afines, y, naturalmente, la de Economía y Tributación. Hombre que se había hecho solo, este Crucible: rechoncho, feo, de tez oscura, proveniente del Cusco (¿o era de Puno?), casado con una antropóloga francesa que evidentemente había decidido estudiarlo a tiempo completo. Un poco resentido, es cierto, y fanáticamente leal a la compañía, a sus valores —en ambos sentidos del término—, a la sociedad que le había permitido, pese a todas

sus desventajas, prosperar y hacerse un sitio en el mundo. Hablaba inglés y francés. No se le conocían aventuras amorosas ni a él ni a su mujer. Tony decidió que para esto último sólo había una explicación posible: una incomparable perversión sexual. A mí, se dijo Tony, no me disgustaría cepillarme a Marie-José, doctora en antropología: una mezcla de vanidad masculina herida y de conformismo social le hizo abominar de esta extraña mujer inasequible.

Lo cual lo llevó automáticamente a trasladar su pensamiento, cerca ya a Chorrillos, a la visitante de Stimudrinks que esperaba para esta mañana. Como de costumbre, la casa matriz había enviado una estereofoto de Linda King, *Master of Communications* de la Universidad de Columbia, asesora encargada de Latinoamérica, nieta de una agresiva dirigente y escritora feminista del siglo pasado, y economista de cuidado. Treintidós años, hoyuelos, dos pecas en la mejilla, cabello temporal y desmesuradamente largo, lo que parecía indicar que su belleza le importaba más que su comodidad, punto en el cual podía sospecharse un conflicto entre abuela y nieta. Gran país, los viejos Estados Unidos, pensó Tony al ingresar a Chorrillos; primer país que tuvo una presidenta feminista, lo cual a mí me parece ridículo pero allá los gringos con sus debilidades. No pintó de rosado la Casa Blanca, como sugería un famoso chiste de la época, pero logró una Ley Seca Sexual con prohibición de sex-shops y otras amenidades y que terminó, como la otra Ley Seca pero mucho más rápido, con un fallo de la Suprema (cuatro mujeres, tres hombres) declarando inconstitucional esa ley federal. Claro que, y aquí Tony estalló en una burlona carcajada latina, la Suprema pícaramente insistió en la igualdad de derechos pornográficos y que por cada vagina expuesta debía haber un pene. Fin del problema: cupido ha muerto, y todos somos objetos eróticos, como decía socarronamente el "Time".

El auto de Tony tocó tierra y cogió la Vía Expresa Chorrillos-Rímac, que los bromistas (y los quejosos) llamaban Zanjón de la Muerte. La Vía Expresa se sobreimponía a las antiguas ave-

nidas Larco, Arequipa, Vega y Tacna, rodeada de muros de un metro de alto y, cada trescientos metros, con puentes elevados para otros vehículos y peatones. Tony aminoró la marcha al entrar al Zanjón, a diferencia de otros automovilistas que apretaban el acelerador a fondo en esta ruta, con la esperanza de coger a uno de los peatones que, ilegalmente, pretendían cruzarlo sin hacer uso de los puentes. Aquí me habría servido el nuevo ariete con autolimpiador, pensó Tony, si tuviera el modelo 34. A él le disgustaba atropellar gente, aunque fueran delincuentes, y aunque la ley exculpara explícitamente a los automovilistas en estos casos.

Su velocidad era de unos moderados 80 kilómetros por hora, y dejó que algunos colegas burlones lo pasaran haciéndole el tradicional gesto de "huevón": la mano extendida, con la palma hacia arriba y los dedos ligeramente curvados, y un movimiento vertical lento. Curiosamente, no vio ningún cadáver hasta el cruce con la Expresa Javier Prado, cerca del cual yacía un montón de harapos que parecían cubrir una figura humana inmóvil.

Crucible debía tener listo su informe para Linda King, y Marina ya había terminado ayer el de Tony. Luego, o mañana, habría una reunión de directorio con ella, y el resto sería amenidades, shopping, paseos (ya no Machu-Picchu, por Dios) y ferias típicas hasta el lunes, y buen viaje a Santiago. Doris, pensó. En casa cuidando a los niños, y si no es así, no quiero saberlo. Independiente y anticuado, se dijo. Orgías, claro, y si mi mujercita tiene algo por allí, eso es inevitable y además con qué derecho yo, pero, en fin, confiesa, Tony Tréveris, que nos jode, a ti y a mí. La mujer del *latin lover* o, como se dice ahora, del 3-W-lover (el three double you lover) ya aprendió sus cositas del estereófono. Fuck me good, fuck me hard, Doris. No quiero saber más, y de pronto ya no me voy a burlar de Crucible. Pero eso es absurdo, y absurda es el alma mía. Recordó ciertos diálogos con Doris que Tony prefirió interrumpir cuando ella amenazó —sin expresarlo en esta forma— con comenzar a ser sincera. Ella se rió, y le confirmó que Federico, Marcos y Claudia eran auténticos Tré-

veris y que desde entonces se había hecho radiar el útero; de manera que, según dijo gráficamente, lo que tu mujercita haga con su preciosa serie de agujeros no le concernía a él mayormente, puesto que aquí estaban los dos y qué más se podía pedir. Efectivamente, respondió él, y se lo repitió ahora, ¿qué más se podía pedir?

Siempre le producía el mismo shock de melancolía rabiosa el cruce de lo que, en su niñez, todavía insistía en considerarse el centro de Lima. Curiosamente, ahora lo era más que antes, geográficamente hablando. Ya alrededor del año 2000, cuando Tony tenía once años, lo que en tiempos se había llamado el cuadrado o damero de Pizarro, la Lima de los fundadores, era un turbio hacinamiento del cual solamente podían recorrerse sin mucho problema las avenidas anchas. Durante los treinta o cuarenta años anteriores, cuando sus padres aún vivían en el viejo Miraflores, en ese Juan Fanning con árboles y cuculíes que resistió hasta adentrado el nuevo milenio casi como una isla en proceso de comercialización, el centro de la gran capital había iniciado su lento descenso. También el nuevo centro Miraflores había seguido, poco después, el mismo camino: altos edificios, orgullosos en su estreno, contruidos en calles angostas, ahora mantenían en la sombra permanente, como esas callejas en torno a Wall Street, en Nueva York, a un mundo muy diferente al que desplazaron en la segunda mitad del siglo veinte. Pero era el centro de Lima lo que, de alguna manera, le afectaba más, quizás porque su padre y sus abuelos le habían relatado su historia, su belleza, su encanto —quizás falsos o sobredimensionados— con mayor gracia que la de los ojos de Tony y su relación con Miraflores. Le habían hablado del encanto antiguo del jirón de la Unión a mediados del siglo anterior, de la Plaza San Martín con sus hippies (así se llamaban los muchachos, nacionales y extranjeros, que seguían la moda de los países ricos consistente en imitar la pobreza del Tercer Mundo), sus vendedores ambulantes, sus ladronzuelos y damas ligeras de cascos. (Esta figura siempre le hacía pensar en yeguas aladas). Todo ese cuadrilátero entre, digamos, la Plaza Unión, el Mercado Central, el río Rímac y la avenida 28 de

Julio, vivía y bullía pletórico de cines, teatros, tiendas, oficinas y una abigarrada multitud. Miró, al cruzar la Colmena, hacia la derecha, hacia donde debía estar lo que quedaba de la Plaza San Martín. Hacía décadas que se había reubicado el monumento en el enclave del gobierno y los grandes edificios de las corporaciones, al otro lado del río hasta las faldas del cerro San Cristóbal. Le habían contado que la vieja Plaza, como todo el resto de esta zona, era ahora un maloliente hacinamiento de basura entre edificios derruidos, poblados por ratas, humanas y de las otras. Una bruma gris parduzca flotaba permanentemente sobre estas ruinas; de noche, se decía, brotaban disparos, aullidos y gritos escalofriantes de estos callejones y cañones que vivían en una autónoma sordidez. Más de un osado buscador de experiencias inéditas se había perdido para siempre en el callejón de Carabaya o en las increíbles covachas de Moquegua o de La Merced. Se murmuraba acerca de que, en estas covachas, debidamente armados y en grupos, los visitantes podían obtener gratificaciones sin paralelo en la ciudad; que allí se ofrecían espectáculos bestiales para voyeurs atosigados. Tony Tréveris, aunque intrigado, jamás había recorrido esos peligrosos y tentadores infiernos. De hecho, no había recorrido ni siquiera esta parte de la Vía Expresa de noche: esas eran las ocasiones en las que optaba por el helicóptero nocturno, que partía a las 20 horas con el personal que había hecho sobretiempo. O, si esto era inconveniente, se había hecho transportar a los dos pisos del edificio de la compañía destinados a dormitorios para huéspedes o rezagados.

Jugó con la idea de llevar a Linda King a una de las covachas del Jirón Ica, para darle y —darse a sí mismo— un verdadero toque de *sinful 3 double you*. Desechó la idea tanto por peligrosa, como porque difícilmente el espectáculo sería más excitante y/o repugnante que los que Linda podría ver en Nueva York. Por cierto, era en Manhattan, en 2030 nada más, donde había espectáculo, ligeramente incómodo y solitario, el dúo rubia-gran dancés que se ofrecía por la no excesiva suma de 25 dólares un whisky incluido. ¿Qué podría ofrecer una covacha limeña, a ése o a otro precio? Se sacudió porque se le estaban ocurriendo al-

gunas ideas y se concentró en la pista, ahora que se aproximaba al río, cuyos doscientos metros de ancho cruzados por un estupendo puente de acero, habían devorado las antiguas orillas incluyendo al anterior Palacio de Gobierno. Pero ni siquiera la derivación de las aguas del río Mantaro bastaba para las necesidades de agua potable, racionada en aquellos barrios que no poseían pozos o instalaciones de desalinización del agua del mar, como Mala, por suerte, según se dijo en ese momento con satisfacción.

El Rímac reforzado rugió bajo su auto y Tony suspiró, con involuntario alivio, cuando ingresó a las limpias calles de Lima-1, realmente casi el único barrio decente de todo el valle. En la garita lo habían dejado pasar sin detenerse, sea porque le reconocieron, sea porque hubiera sido una pelotera atroz hacer parar todos los autos a esta hora. Dos minutos más y Tony Tréveris se detenía, bajo un ya fuerte sol, ante el aparcadero del edificio que proclamaba, orgulloso, ser la sede de la Empresa de Productos Estimulantes, Sociedad Anónima (EPESA). El guardián de los jueves —el cargo, como muchos otros, era rotativo, para aliviar el problema de la desocupación— lo saludó respetuosamente, hizo pasar el coche lentamente por el túnel de revisión y descontaminación (un eufemismo para la detección de objetos, sobre todo armas ilegales, que siempre hacía sonreír a Tony Tréveris) y le indicó que continuara hasta su lugar reservado. Tony se estacionó, cogió sus cassettes —no olvidó la estereofoto de Linda King— y pasó directamente al ascensor que servía a los pisos 15 a 20. Un minuto después ocupaba su sillón, de espaldas al ventanal que miraba sobre el valle hasta el mar, en una habitación en la que absolutamente todo, menos su persona, era de material plástico.

dos

Pocos segundos después ingresaba su secretaria, la bella y eficiente Marina Ferrari. Se saludaron con una sonrisa más bien discreta y él se levantó cuando se escucharon los primeros sonidos del himno de la compañía. Ambos sabían que, simultáneamente, se estaba izando sobre el piso treinta y dos la bandera púrpura y verde de EPESA, y que cerca de dos mil quinientos otros fieles servidores, presentes en el edificio, escuchaban de pie y con la mano derecha sobre el corazón la melodía suavemente marcial muy bien calcada de John Philip Sousa.

Marina murmuraba la letra, hecho que Tony Tréveris registró con cierta emoción: la fidelidad de Marina a la compañía era ejemplar, sin reservas mentales de ninguna clase, y en las ocasiones (no muchas, realmente) en que habían copulado para distender los agotados nervios, él no había sabido verdaderamente si ella se acostaba con Tony o con el ejecutivo de EPESA. Nunca le había preguntado hasta qué punto Tony era, o no, intercambiable con quienquiera ocupara este despacho, porque Tony conocía las reglas del buen comportamiento, que incluyen la prohibición estricta de hacer preguntas íntimas a la pareja durante y después de un coito higiénico.

Los labios intensamente verdes de Marina se movían canturreando de praderas y montañas, de urbes poderosas y mares pro-

celosos, de hombres necesitados a quienes EPESA, la empresa del corazón gigante, brindaba consuelo, estímulo y ansias de vivir. Era una bella mujer, pensó Tony, quizás demasiado bella, excesivamente perfecta, en muchas cosas semejante a un holografo vivo, uno de esos juguetes recientes que, en sus movimientos, superaban la gracia humana. Dios no hizo a los seres humanos de plástico por falta de visión, había bromeado alguna vez Hermógenes Crucible, para escándalo de Marina Ferrari y tranquila diversión de Tony; y: el arte supera a la naturaleza por 9 jonrones a 0. (Eso me recuerda, pensó Tony, que debo llevarle un equipo de béisbol nuevo a Federico). Marina, algunas veces, hablaba de su familia, una de las últimas que quedaban en Tingo María. Viejos italianos, los Ferrari se habían negado resueltamente a abandonar esa porción de selva, pese a la desintegración de la ciudad que, como muchas otras provincias, era un pueblo-fantasma.

Ella, en cambio, había venido a Lima, como millones de provincianos en el último medio siglo o más —sus conocimientos de historia eran casi nulos, ya que en la Secundaria había optado por especializarse en Arte—, decidida a hacerse un lugar bajo el sol. Después de su jornada en EPESA, estudiaba historia del arte en su estereófono doméstico, en el pequeño departamento que compartía con una amiga en el centro comercial de Pucusa-na. Tony le tenía cariño: era eficiente, copulaba bien, tenía espíritu de colaboración y una fe total en la presente organización del Universo. Pertenecía a la fe Bahai, una de las diez grandes religiones de este tiempo, y era, por lo tanto, moderna y científica.

Marina era lo suficientemente conformista como para ser una buena artista. Pero, ¿lo era realmente? Había momentos, y Tony los recordó con placer, en los que su secretaria demostraba una deliciosa audacia y se convertía en una negación de la rutina. Pero, bueno, la audacia era parte de la higiene, y se programaba como todo lo demás... Y sin embargo...

El himno terminó con la fanfarria acostumbrada y Tony se imaginó, como todas las mañanas, que el edificio temblaba al sentarse 2,500 personas a la vez.

—Buenos días, señor Tréveris, —dijo Marina con voz profesional.

—Buenos días, Marina —respondió él y se sentó tras su escritorio que imitaba la madera. Cogió el retrato de Linda King y se lo alcanzó a Marina. Ella la miró, con ese vistazo entre celoso y admirativo con que las mujeres suelen observar las fotos de otras mujeres que les muestra un hombre.

—Llega hoy, ¿verdad, señor Tréveris? —preguntó.

—A las once y treinta. Estamos justo a tiempo para organizar un almuerzo de trabajo en el piso treinta. Usaremos el pequeño comedor ejecutivo. Avísele nuevamente a Crucible y a Johnson, y al pool de choferes. Ah, y llame por favor al aeropuerto internacional para confirmar. ¿Ya está hecha la reservación aquí?

—Sí, tiene el departamento G.

—Mmm, ése es el de los espejos falsos.

—No sé —respondió Marina—. Nunca he estado allí.

—Allí sólo van los viejos mañosos como yo, con viejas mañosas. ¿Por qué se lo dan a la King?

—Nos informan que a Miss King le encantan las emociones fuertes.

—¿Es voyera?

—¡Y cómo! Se relaja piqueando a hombres desnudos.

—Bueno, va a tener bastante que piquear, y con ambos ojos. Esos espejos-ventanas dan a las salas de masturbación terapéutica. No sé cómo la vamos a arrancar de ahí para las sesiones.

—No dudo de que usted estará dispuesto a quedarse sobre horas para darle un buen espectáculo cuando todos nos hayamos ido.

—Sí, podría ser una linda sorpresa para Linda —rió Tony. Marina bajó la mirada.

—Cambiemos de tema, ¿quieres? Tú sabes cómo soy, y que ahora hay que trabajar.

Tony se levantó y la besó, castamente, en la mejilla.

—Si quieres darte un salto a la sala en referencia, tienes mi permiso, pero no más de quince minutos.

—Ahora no. Pero quizá más tarde podamos...

—Imposible, señorita Ferrari. Debo reservar mis energías para Miss Linda King, en caso de que mis servicios fuesen requeridos.

—Está bien, señor Tréveris. Pero eso del departamento G me ha intrigado. No sabía que servíamos de espectáculo a los ejecutivos.

Tony volvió a reír.

—Bueno, no puedo culpar a Hermógenes por haberse ensuciado el pantalón mirándote. Eres un lindo espectáculo.

—¿Tú también me has visto?

—Fue bellissimo.

—Yo quiero verte a ti.

—Cuando se haya ido la King, ¿eh? Hacemos una sesión doble, tú y yo. Y si quieres, lo invitamos a Crucible, que me ha hecho varias insinuaciones.

—¿Por mí o por ti?

—Ah, fíjate que no sé. Supongo que es por ti, pero ahora que me los has preguntado... Pero no, nunca se ha proclamado homo.

—No me gusta.

—A mí tampoco.

—Tiene un pene que parece un plátano enano y marrón.

—Imagínate que es un clítoris y que estás con una lesba.

—No tengo tanta fantasía como para eso. Para mí es simplemente un hombrecito gordo con un pene que parece un platanito marrón.

—Entonces no lo invitamos. Pero ahora a trabajar, hijita, porque nos acabarán suspendiendo a ambos.

- Nunca suspenden a los directores.
 - Pero les quitan la confianza y ahí te quiero ver.
- Marina le sonrió y le guiñó el ojo.
- Seguiría copulando contigo aunque fueras pobre.
 - No digas tonterías. Dios castiga a los chistosos.

Marina salió rumbo a su pequeña oficina contigua y Tony quedó solo. Hizo girar su sillón para echar una mirada a la ciudad, envuelta en la bruma gris-amarillenta que brotaba de los fuegos encendidos día y noche en los estercoleros y frente a las intrincadas covachas y callejones. Más lejos, se adivinaba el mar, cuyo brillante azul a veces traspasaba la cortina de humo y niebla.

Llamó a Doris, le informó que todo iba bien y recibió seguridades similares de ella. Los chicos estaban en el colegio y ella se dedicaba a sus sesiones de gimnasia rítmica para bajar unos inoportunos rollos estomacales. Mientras apagaba el scanner, sonrió recordando aquella vez que —ante una llamada semejante— la pantalla le había mostrado a su mujer sin más ropa que un breve slip al lado de un musculoso masajista, de igual atuendo, que tenía una profesional mano apoyada sobre el hombro de Doris. Ambos le sonreían afectuosamente. En fin, se dijo Tony, yo tenía la idea de que las mujeres preferían a los hombres sin tanto músculo. Quizás cambiaban después de los cuarenta. El, Tony, ¿había cambiado después de los cuarenta? No, no le parecía. Siempre le habían gustado las mujeres mayores (Edipus Rex, murmuró), mucho más en todo caso que las chiquillas. Seguía igual. Marina era joven y le gustaba, es cierto, pero estábamos hablando de preferencias y no de fanáticas exclusividades. ¿Edad de Linda King? Buscó en el expediente: 32 años. Estudios: tal y tal, bah, lo de siempre. Preferencias sexuales: hombres maduros y mujeres muy niñas, voyera casi compulsiva, algo de masoca. ¿Pero puede haber una ejecutiva masoca? Evidentemente, sí. Los gringos se están descuidando, pensó. Cualquier día asume la presidencia una masoquista y se rinde ante el evidentemente sádico Primer Camarada del Imperio Asiático Revolucionario. ¿Y entonces? Sería realmente cuestión de ver qué sucede, aunque más no

fuera para dilucidar de una vez esta añeja discusión entre neofreudianos y culteranos acerca de la preeminencia de la libido sobre lo socioeconómico. ¿Un pene —o su prolongación en forma de látigo— puede derrocar al multiestado occidental y a su forma de vida? ¿La pasión sexual puede ser más fuerte que la adhesión al internacionalismo libre, al juego democrático del gobierno transnacional? Estupideces de doctores barbudos. Lo que pasa es que ellos no pueden controlar a sus babosos pipís o a sus chorreantes vaginas. Los sicoanalistas, resolvió Tony, eran los últimos cucufatos en este mundo, si exceptuamos a los Católicos Ortodoxos y sus equivalentes. Y, como buenos cucufatos, sobreestiman el sexo.

Esa es una buena idea, se felicitó Tony. ¿No la había dicho nadie antes? La única manera de derrotar a la tentación es cediendo a ella. Sí, alguien lo dijo, algún escritor homo del siglo pasado. Pobre gente. Los reprimidos sobreestiman el sexo. Nosotros no tenemos tiempo para sobreestimarlo: estamos demasiado ocupados copulando. Y menos mal que ya casi nadie defendía esa estúpida idea de que el sexo y el amor deben ir siempre juntos. ¡Vaya problema el de esos pobres imbéciles de ambos sexos que tenían que justificarse cada vez que se metían a la cama! Como si ahora alguien dijera que es impropio comer tan sólo porque se tiene hambre.

Crucible, sospechó Tony, podría ser católico ortodoxo. Tenía toda la cara, y esa cosa furtiva en asuntos sexuales. ¿Qué relaciones habría *realmente* entre los ortodoxos y los culteranos? ¿Eran estos últimos la vanguardia intelectual de esos mongólicos flagelantes que, ocultos tras sus capuchones negros, recorrían las destruidas y malolientes callejas?

Un suave zumbido del visodiario interrumpió sus pensamientos. Tony dijo "On" y el sonido de su voz iluminó la pantalla del aparato.

—Atención—, dijo la figura masculina uniformada que apareció ante Tony—. Grabación repetida. Estamos transmitiendo un mensaje de prioridad uno. Sírvanse tomar nota. Disturbios serios en las zonas Miraflores uno, dos y tres, con tendencia a cubrir to-

do el cono sur hasta Casuarinas. Las zonas amagadas han sido declaradas en aislamiento. Hay prohibición, repetimos, prohibición de tránsito terrestre y aéreo sobre las zonas mencionadas, Miraflores uno, dos y tres, por intenso fuego de bazukas, inclusive con cargas nucleares limitadas.

Tony miró por el ventanal. No había señales de los hechos que transmitía el diario. Escuchó un par de disparos, pero nada tenían que ver con la insurrección de Miraflores.

—Hablando de culteranos... —murmuró Tony. Volvió al diario.

—Continuaremos transmitiendo este mensaje grabado a las 09:43 hasta el próximo boletín. En los canales ordinarios, continúa nuestra programación habitual.

—Off— dijo Tony, y el aparato volvió a asumir su color mate. Llamó a Marina.

—¿Sí, señor? —dijo ésta, al entrar. Se había puesto unas flores de plástico en el pelo. Tony la consideró realmente linda, y eso lo devolvió a la realidad.

—¿Escuchaste el boletín? —preguntó.

—No. Los pobres leemos diarios impresos —respondió Marina.

—Sin demagogia, por favor. Ni eres pobre ni perteneces a los analfabetos. Si no tienes un visodiarario es porque no te da la gana. Además, en tu oficina hay una extensión del mío.

—No zumbó. Debe estar descompuesto. Además, y para que lo sepas, me encanta piquear los impresos. Y no por demagogia. ¿Qué ocurre?

—Tenemos problemas. Está interrumpida otra vez la ruta al helipuerto de Surco.

—Bueno, el avión de la King llega a Huacho a la hora prevista. Tendrán que quedarse en Ancón.

—Yo mismo voy a ir a recogerla. Llámame al personal de la Alondra.

Marina hizo el llamado desde el mismo escritorio de Tony. Mientras éste, pensativamente, le acariciaba las nalgas y comenzaba a esforzarse con el cierre magnético posterior —lo que le valió un cariñoso palmazo en el dorso de la mano—, su secretaria hizo los arreglos necesarios.

—Suba usted a la azotea— dijo, finalmente.

—¿Por qué tan rápido?

—Tienen que pasar primero por un par de guardias que se quedaron frutados en San Isidro. Y no proteste. Dicen que la Alondra es el único heli disponible y esos guardias son los que irán a Ancón con usted.

—¡Mierda! —dijo Tony. Las nalgas de Marina le habían provocado una erección. Abrió su propio cierre magnético y señaló.

—Hazme el favor— dijo.

Marina lanzó un suspiro, se puso de cuclillas y se dedicó al fellatio terapéutico. Poco después se incorporó y, tragando con dificultad, murmuró:

—Esta me la quedas debiendo.

—Gracias, Marina— dijo Tony, tras cerrarse el pantalón—. Tú misma me has dicho que debo apurarme. Por cierto que te la debo.

Cogió su arma personal del primer cajón de su escritorio y salió de la oficina. El ascensor de los ejecutivos lo llevó a la azotea, donde el pequeño helicóptero nuclear de seis plazas esperaba con el rotor, de apenas un metro de diámetro, moviéndose en total silencio. De la punta de las tres aspas se escapaba una fina vibración aérea.

El piloto lo saludó respetuosamente y le abrió la puerta. Tony entró, se amarró el cinturón, y treinta segundos después sentía el mareo del súbito despegue vertical.

—Mierda —dijo por segunda vez en pocos minutos—. Alguna vez inventarán una buena píldora contra el mareo, supongo.

El piloto, a su lado, le sonrió.

—Hay cosas que no se solucionarán nunca —dijo.

—Bueno, a San Isidro. ¿Cómo así se frutaron esos dos tan cerca de la zona de combates?

—Los agarró desprevenidos. Ellos viven ahí, y parece que la cosa comenzó a eso de las 9 y 15. Debían salir para el semi-turno de las once, y la policía no los deja.

—Pero...

—Están apenas a unos trescientos metros de Miraflores, y dicen que los rebeldes están usando gas.

—¿Gas?

—Nada menos.

—Pero entonces la cosa es seria.

—Parece. Tienen armas atómicas... y gas.

—¿De dónde sacan esas cosas los cat-ox? Porque son cat-ox, ¿no?

—Así parece. Al menos, se han visto banderas negras con la cruz plateada.

—Justo hoy.

El aparato volaba sobre la peor zona del valle, sobre la ciudad original, la de don Francisco Pizarro y sus amigos. Varios aparatos grandes, con pintura de camuflaje, se movían a la distancia rumbo al sur. Tony podía ver la gran D dorada al costado del fuselaje.

—Han salido los del Directorio —comentó.

—Sí, la cosa es seria —respondió el piloto.

El scanner de la Alondra emitió su llamada. El piloto conectó.

—Identificación, por favor —pidió una voz metálica.

—Nave ejecutiva, número 7890+C —respondió el piloto. Sabía que la llamada provenía de uno de los helicópteros marcados con la D. Nadie más se interesaría por él—. Ocupantes, piloto y ejecutivo de EPESA. Destino: San Isidro, para recoger guardias de la compañía.

—Check. Manténganse en ese rumbo y no permanezcan en su zona de destino más que el tiempo indispensable. Fin.

El scanner quedó en silencio.

—Veo seis helis del Directorio —comentó el piloto—. Toda una armada invencible.

—Hace tiempo que no había un carozo tan grande.

—Me acuerdo del supercarozo del 26, en pleno centro. La Victoria, Lince y todo eso. Mamita, ese sí que fue un escándalo.

—Yo estaba fuera.

—Mejor para usted. El valle entero estuvo apestando durante semanas, por los fuegos y los muertos. Los quemaban en pilas.

—Terrible. Si estas cosas siguen así, ya no se va a poder vivir en esta ciudad.

—Mmm. Yo no sé qué hace la administración que no toma medidas más drásticas. Yo fumigaría todo el valle de mierda hasta que salgan todas esas ratas y entonces ¡bzzzz! láser con ellos.

—El Directorio Supremo está muy lejos, hijo. Los olores de Lima no llegan hasta Alabama.

—Pero el Directorio Regional sí está aquí. Y Epesa tiene su representante allí. No me digan que ellos no ven, ni huelen ni oyen.

—¿Qué quieres que hagan? No se puede matar a la gente así como así. Lo que hacen es mandar sus helis y sus soldados y liquidar los focos.

—No es suficiente.

—La democracia tiene sus debilidades, pues. Es defensiva. Todo el mundo tiene derecho a vivir, hasta las ratas.

—Un día el Directorio se va a despertar más frutado que esos guardias y con un gobierno de ratas.

—No exageres, hijo. El Directorio es inderrocable. No es como los gobiernos de antes. ¿Sabes por qué caían los gobiernos nacionales? Te lo voy a decir: porque todavía había política. ¿Y

qué es la política? Relaciones de poder no comerciales, irrazonables, basadas en el contacto entre las gentes y en ideologías.

—Mi padre me habló del gobierno. Del último, antes de la confederación mundial. Era un caos.

—Así es. El internacionalismo democrático-comercial nos salvó de lo peor. Esto es una maravilla comparado con lo que tendríamos si no se hubiese eliminado el estado-nación. Eso lo sabemos desde el colegio. Y fíjate que cuando yo iba a la escuela, esta región todavía era una república más o menos independiente. Lo único que se ha hecho es eliminar la hipocresía: el Directorio, nuestro gobierno regional, es el primer gobierno sincero de la historia. Por primera vez coinciden el poder económico y el político abiertamente, como debe ser. Quien sabe manejar una empresa, sabe manejar una región.

El piloto señaló hacia un punto.

—Mire, ahí están.

Tony vio, sobre una azotea, a un par de hombres uniformados de verde oscuro, que hacían señas con sus fusilásers.

La Alondra descendió sobre la azotea, y los guardias subieron, saludando. Ocuparon los asientos posteriores.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Tony, pero era innecesario. Se escuchaba, con regularidad, el golpe seco de las bazukas nucleares, las únicas armas no silenciosas. Cerca se veían espirales de humo negro que ascendían al amarillento cielo.

—No sabemos mucho —dijo uno de los guardias—. Sólo que mejor nos vamos de aquí cuanto antes.

Tras puertas y ventanas se veía a residentes de la zona, espiando con desconfianza a la Alondra. Cuando iniciaban el despegue, vieron que un hombre, media cuadra más allá, ondeaba una bandera negra.

—¿Le mando un láser?, preguntó uno de los guardias.

—Déjalo —respondió Tony.

El hombre desapareció en una de las casas. Poco más allá, el viejo edificio de Sears ardía. Pero no se veía gente.

Tony manipuló el scanner. Apareció el rostro de Marina Ferrari.

—¿Novedades? —preguntó Tony.

—Ninguna. ¿Y usted?

—Acabamos de recoger a los guardias.

—Diríjase de una vez a Ancón —dijo Marina—. El cohete de la señorita King llega a las once, me acaban de informar.

—Demasiada eficiencia —Tony consultó su reloj—. Podríamos ir hasta el aeropuerto mismo y ganar tiempo y energía. ¿Qué dices? —preguntó al piloto.

—Sí, estamos a tiempo. Con este clima, es un lindo paseo sobre el mar, lo que siempre es más seguro.

—Ya sabe, señorita Ferrari. Vamos directo a Huacho a recoger a Miss King. ¿Algo más?

—Que se divierta, señor Tréveris.

—Haré lo posible, señorita —dijo Tony, y sonrió a la figura que se desvanecía en el scanner.

El piloto se dirigió al norte, luego al noroeste y otra vez al norte. Durante veinte minutos volaron sobre un brillante océano que reflejaba la pesadez de un caluroso día de verano. El vacío de esta superficie azul-plomo le pareció a la vez refrescante y atemorizante a Tony. No sólo era una diferencia espacial, sino inclusive temporal. Un vacío así no pertenecía a este mundo; no tan cerca de una ciudad como Lima. La única presencia humana, si uno no miraba hacia la costa, eran los islotes mecánicos de los recolectores de algas, con sus fábricas de transformación acopladas. Sobrevolaron dos, y de ambas se elevaba una vibración permanente.

Cerca de las once descendieron en uno de los helipuertos de Huacho. Tony y los dos guardias subieron a uno de los carriles móviles y minutos después estaban en la sala de recibo número 10. En ese preciso instante el altavoz anunciaba la llegada del cohete procedente de Nueva York.

—¡Exactos! —exclamó alegremente Tony.

Tony y los guardias esperaron a que el avión escupiera a sus centenares de pasajeros y a que éstos fueran enviados por computación a la sala de recibo correspondiente. Tony sabía que todas esas gestiones ya se habían hecho y que la maquinaria funcionaba desde el mismo instante en que alguien, en alguna parte, fue informado que habría una relación King-Tréveris, parte de una vinculación Stimudrinks-Epesa, que a su vez tenía que ver con los lazos específicos entre el Directorio Supremo y el Directorio Regional de Sudamérica-Oeste.

Linda King apareció, radiante y sonriente, expulsada de un ascensor unipersonal similar a veinte otros colocados en fila en una de las paredes de la sala de recibo 10. Era esbelta, más bien alta, y ahora usaba el peinado mohicano que hacía escándalo en el hemisferio norte: la cabeza totalmente rapada salvo una larga trenza que nacía de la coronilla. Vestía túnica blanca, muy suelta, y sandalias doradas; Tony pensó en un friso, en el Mar Egeo, en Platón susurrándole inconveniencias al oído a Sócrates, y, por supuesto, en faunos y ninfas.

Avanzó, seguido por los impasibles guardias, y adelantó la mano derecha.

—Hello, —dijo, cortésmente, en inglés.

—Hola —respondió Linda King, primer síntoma de un dominio perfecto del castellano. Se besaron cortésmente, y Linda saludó también, con una inclinación de cabeza, a los guardias.

—Un día precioso —dijo Linda King, mientras avanzaban hacia el carril móvil.

—¿Primera vez que viene usted al antiguo y maravilloso Perú? —preguntó Tony.

—Oh, sí. Siempre fue uno de mis sueños.

—¿Su equipaje?

—Supongo que se perderá, como siempre. Si no está a la salida, olvidamos todo el asunto. Mucha gente ya no lleva equipaje en los viajes. Simplemente compra cosas nuevas al llegar.

—Hace cinco años que no salgo. Supongo que habrá otros cambios.

—No muchos. Los asiáticos siguen bombardeándonos con su anticuada televisión, tratando de convencernos para que adoptemos el marxismo confuciano.

Ambos rieron.

—¿Es ingenuidad o qué?

—Qué —dijo Linda.

El carril móvil que abordaron los llevó bajo el brillante sol cercano al cenit. Linda King respiraba el olor a mar.

—Adoro el mar —informó—. Cada vez que puedo, me doy un salto a cualquier lugar donde haya un océano a la vista. Alabama es atroz, pero tengo que soportarla desde que soy asesora del Director General Simmons. Por lo demás —agregó, mirando a Tony y, en opinión de éste, evaluándolo—, he escuchado muy buenas opiniones sobre usted... sobre ti, Tony.

—Vaya, vaya.

—Sí, sí. Les gustó mucho cómo se manejó por aquí la campaña de los MariBacos, y las leyes de liberalización que se adoptaron por presión de Epesa.

—No fue difícil. La administración local, incluyendo las cortes de justicia y legislación, son muy amistosas. No sé, por lo demás, cómo podrían no serlo.

Llegaron a la Alondra, que despegó rápidamente rumbo a Lima.

Tony observaba a Linda King y ésta paseaba sus ojos claros sobre el mar, siguiendo las líneas de espuma blanca. La conversación superficial no engañó a Tréveris, que presentía la decisión y energía de la asesora de Simmons. Al cabo de unos instantes, Linda se volvió a él, sorprendió la mirada admirativa de Tony, sonrió y dijo:

—Me gustaría, sino te molesta, que me des una idea de cómo andan las cosas aquí antes de la reunión oficial. Allá en el norte se nos mezclan a veces los datos.

—Claro. Tendré que hacerte un resumen. Aquí va. Como recordarás, con la primera década del 2000 y la serie de levantamientos marxocatólicos que marcaron el cisma de la Iglesia, llegó también la hora final de los gobiernos nacionales. Pasaré por alto los datos históricos, pero te diré que aquí las cosas fueron relativamente pacíficas. Todo el mundo estaba harto: luchas entre católicos de derecha y de izquierda, luchas entre otras sectas, insurrecciones obreras y militares, hambrunas, inestabilidad permanente... en fin, lo de todas partes en el Tercer Mundo. Y, claro, la presión demográfica, la incapacidad —por temor o lo que fuere— de encararla, los hacinamientos, el surgimiento de gobiernos paralelos, guerrillas, a veces armadas con dispositivos nucleares y todo el caos resultante hicieron el resto. La creación del Directorio Supremo, en los Estados Unidos (a los que luego se fueron uniendo el Canadá inglés, el Caribe, México y Quebec) influyó en nosotros. Primero, el Directorio como organismo asesor económico y social, luego como ente de presión que designaba los candidatos para el ejecutivo y las cámaras y, finalmente, tomando a su cargo la administración para todos los efectos prácticos, nos dio una pauta para establecer algo similar. En la década del veinte, toda Sudamérica estaba regida por Directorios Nacionales que, en 2026, se unificaron e integraron en dos Directorios Regionales Sudamericanos. Muy bien; hasta aquí, sigo haciendo historia.

—Está bien, nunca está demás recordar los fundamentos.

—Bueno, salvo la gran insurrección de ese mismo año, organizada por los restos de los ejércitos nacionales aliados con los católicos ortodoxos, y de la secta de los culteranos, desde entonces los problemas de este tipo han sido muy localizados. Justamente hoy tenemos un carozo en pleno valle de Lima...

—¿Un carozo?

Tony sonrió.

—Disculpa. Un carozo es una insurrección, un disturbio más o menos importante.

—Ah.

—... y detrás están, probablemente, los cat-ox. Los cat-ox son una especie de neo-jesuitas, provenientes de los antiguos lefebvristas.

—¿Y esos?

—Ah, bueno, ése era un grupo, surgido en los últimos años del siglo pasado, de primitivos católicos ortodoxos. Apparentemente se disolvieron con el cambio de siglo, pero no me sorprendería que los cat-ox fuesen el resultado o la continuación de los lefebvristas clandestinos.

Tony explicó entonces que los cat-ox, con sus banderas negras y cruces de plata, aparecían con frecuencia cada vez mayor. “Ya tendrás ocasión de verlos”, agregó. “Plantean que el fin justifica los medios, y el fin, dicen en su propaganda, es reivindicar la Edad Media estableciendo la propiedad común de los medios de producción, el absolutismo religioso pero interdenominacional, un gobierno sacerdotal, la reivindicación de la artesanía, la castidad, etc.”.

Linda King tuvo un escalofrío.

—Sí, —dijo Tony—, a mí también me da escalofríos.

—¿Y la influencia asiática?

—Poca, al menos a nivel de acciones. Hay algunas bandas que merodean, sobre todo en el área rural, pero después de las catástrofes que sufrieron, tanto bajo los gobiernos nacionales como durante la transición a los Directorios, han quedado muy debilitados. Los grandes enemigos son los católicos ortodoxos y similares movimientos totalitarios, contrarios a la democracia transnacional.

El piloto, delante de ellos, volteó para intervenir:

—Le aseguro, asesora King, que tendrá que haber cambios. Se lo digo con conocimiento.

—¿Qué clase de cambios?

—El control natal ha fracasado. Y no sólo por la oposición católica-culterana, sino porque la población que vive en la selva

—y señaló, a lo lejos, la bruma que cubría el valle de Lima—, necesita fabricar cachorros para defenderse y sobrevivir.

—Un buen argumento —concedió Linda—. No es la primera vez que lo oigo.

—Se ha dicho que si no fuera por el control natal, Lima no tendría ahora quince millones de habitantes sino veinticinco millones, o más. Puede que eso sea así, pero a mí me bastan esos quince para amargarme la vida.

—A todos.

—Aún —dijo Tony Tréveris— a los que vivimos de venderles marihuana, benzedrina, aguardiente, cocaína y otros paraísos.

—En última instancia —agregó Linda King solemnemente— somos, en primer término, seres humanos, y después vendedores y fabricantes.

El piloto volvió a mirarlos, sonriendo.

—La ventaja de la democracia transnacional —dijo— es que me permite dudar públicamente de la sinceridad de nuestros queridos dirigentes.

Linda sonrió y le palmeó el hombro.

—Habiendo libertad —dijo— todo lo demás se resuelve solo. Esa es la gran lección que nos dio el siglo veinte, y, en general, toda la historia. La política, nos dice la historia, es un asunto demasiado serio para abandonárselo a los políticos. En este nuevo milenio, amigo, triunfan el internacionalismo, la comprensión, la tolerancia, la libertad. No hay dogmas, no hay ideologías, no hay cadenas mentales ni fanatismos. Eso es lo que quieren destruir los reaccionarios, sean católicos ultras o marxistas asiáticos. Y hasta los neofreudianos, que siguen con su cantaleta del tanatismo; menos mal que sólo influyen en viejas neuróticas.

—¿Tanatismo? —preguntó el piloto.

—Culto a la muerte —respondió Tony, mientras Linda aprobaba—. El hombre, dicen, es un campo de batalla eterno entre instinto y cultura. La opción única es entre salvajismo y orga-

nización social. Como necesitamos la civilización, estamos condenados a reprimir nuestros instintos y, en último término, a desear la muerte.

—Bueno, pero eso ya no tiene futuro —agregó Linda—. Lo que sí es preocupante es la hipnosis del inmovilismo, de las jerarquías permanentes, ese culto a la estabilidad y esa alienación que propugnan los místicos totalitarios (como si se pudiera ser místico liberal). Hay, todavía, mucho de borreguil en el ser humano, y una terrible ansia de seguridad que lo empuja hacia el totalitarismo.

—Yo soy Bahai —dijo el piloto.

—Una buena religión mundial —dijo Linda King—. Moderna, liberal, científica, ecuménica. Lo felicito. Algunos comparan el bahai de hoy con el calvinismo que acompañó el surgimiento del capitalismo industrial. Yo soy mormona, una religión que también es, a mi juicio, apropiada para esta gran época que vivimos.

—Quizás acaben por triunfar —meditó en voz alta Tony— justamente las menos apropiadas. Lo cual plantea la cuestión de cómo y quién decide lo que es apropiado.

—Eso ya es entrar en el terreno de la metafísica, que me cuido de hollar —dijo Linda.

—Eso es lo bueno de nuestro sistema —replicó Tony. Da la espalda a la metafísica.

La Alondra comenzó a descender suavemente. El piloto se esmeraba en atención a su distinguida carga. Como una pluma, el helicóptero se posó en la azotea de Epesa. Primero bajaron los guardias, que se habían mantenido en inmóvil silencio durante toda la conversación, y luego Tony quien, con galantería latinoamericana, ofreció una mano a Linda King, que la aceptó encantada. Se despidieron del piloto e ingresaron a las relucientes entrañas de plástico del edificio.

tres

El almuerzo de trabajo que, con impuntualidad sureña se inició a las 12:42, reunió a Linda King, Hermógenes Crucible, Tony Tréveris, Juanito Johnson —Director Regional para Sudamérica-Oeste en representación de Epesa—, a un sujeto delgaducho y nervioso encargado de relaciones públicas, llamado Pedro Lamartín II, y a la contadora superior, Anita Cavassa. Las presentaciones, a cargo de Tony, fueron rápidas y cordiales. La atmósfera fresca, con ligera sobrecarga de oxígeno, del pequeño comedor ejecutivo, y la suave música de fondo, contribuyeron a crear un ambiente capaz de soportar la desagradable combinación de alimentos con cifras.

Linda King, mientras escuchaba los informes, se distraía observando los rostros y las manos de sus compañeros de mesa, y en las mujeres, su tipo de vestimenta y maquillaje. Esto era por lo menos tan importante como los informes mismos que, por lo demás, estaban siendo grabados y podrían volver a escucharse en detalle en cualquier otro momento.

Tony Tréveris, a su vez, observaba a Linda King. No sentía, en ese momento, ansias sexuales (gracias a los siempre adecuados y oportunos servicios de Marina Ferrari), de modo que podía concentrarse en cosas que no pudo resistirse a calificar de "más serias". Y una de ellas era, por cierto, la notable diferencia

entre esta mujer y las locales, incluyendo a su esposa y a Marina. Estas, como muchas otras de los círculos superiores, habían asimilado, generalmente con esmero y exactitud formal, los rasgos que se estimaban típicos de la nueva mujer occidental: desinhibición, cultura formal, independencia. Pero, como solía decirse, habían aprendido la letra: les faltaba la música.

Mientras por sus oídos inatentos desfilaban números, estados de cuentas, ampliaciones y reinversiones, ventas y pérdidas, campañas de concientización y demás datos inevitables, Tony Tréveris observaba la tranquila suficiencia de la norteamericana, que no necesitaba demostrar su independencia y la existencia de una fuerte personalidad. Una mirada suya desconcertaba a Crucible, a Anita Cavassa y hasta al comunicador Lamartín, a quien debía creerse curado de espantos. Sólo Johnson parecía estar a la altura de la King en tranquila sobriedad y Tony se preguntó, ligeramente angustiado, qué impresión le estaría causando él.

Bueno, se dijo, ya habrá más de una oportunidad para averiguarlo. Unos tiros de fusil, de aquellos con balas de plomo, interrumpieron la fluidez de la exposición de la Cavassa. Linda King enarcó una ceja y Tony se apresuró a explicarle que no era nada, que entre la población había una regular cantidad de estas armas antiguas y que, por favor, Anita prosiguiera. Pero antes de que ésta pudiese hacerlo, un zumbido del visodiarlo en la pared del fondo anunció un nuevo boletín social.

—Habrá que oírlo, ¿no? —dijo, antes que preguntó, Linda King.

Johnson asintió y Lamartín corrió, afanoso, a la pared a apretar manualmente el botón. La grabación comenzó:

—Atención. Informamos, con esta grabación realizada a las 12:40, que los disturbios iniciados esta mañana en varias zonas de Miraflores y aledaños se han extendido hasta La Campiña, por el sur, y hasta el antiguo Parque de la Reserva (hoy Parque de la Confraternidad Comercial), por el norte. Las órdenes y recomendaciones dictadas desde esta mañana continúan vigentes. (Aquí el locutor repitió las instrucciones en referencia). El Direc-

torio se encuentra reunido y emitirá, de un momento a otro, un comunicado oficial. Se presume que se declarará el estado de sitio.

Todos los ojos se dirigieron a Juanito Johnson.

—Sí, estoy allí —dijo Johnson, con una breve carcajada—. Uno de estos días, la camarilla va a ir demasiado lejos.

—¿Qué camarilla? —preguntó Linda King—. Eso podría ser más interesante que los informes que hemos estado escuchando.

—Ya hablaremos de eso en privado —replicó Johnson, un poco secamente.

—¿Secretitos? —preguntó Linda King, con una encantadora sonrisa de acero.

Tony Tréveris, cada vez más asombrado, vio a Johnson, al grande, infame, seguro Juanito Johnson, ponerse gradualmente pálido bajo la mirada de esta muñequita gringa que no pesaba más de cincuenticinco kilos pese a su metro setenta.

—Si usted quiere oírlo ahora... —comenzó Johnson.

—Se lo agradecería —contestó Linda, encendiendo un Mari-Baco 2000.

—Pues bien. Sucede que ya ha ocurrido dos veces que el Directorio Regional no me invita a tiempo a sus reuniones y toma decisiones sin mi voto.

—Tsk, tsk —dijo Linda, simulando piedad—. ¿Y a qué se debe tan diabólico proceder?

—No lo sé con seguridad, pero sospecho una degollina por parte del grupo New Bayer.

—Aja —dijo Linda King—. Una degollina, ¿eh? Métodos antiguos, ¿no? Un poco superados y de hecho prohibidos, ¿verdad? ¿Aproxyma fight, so to speak? ¿Trusts, cártels, monopolios, serruchos eléctricos? ¿Todos los inventos del capitalismo nacional? Vamos, vamos, Johnson, ésa es una historia de piratas.

—He dicho que lo sospecho.

—¿Y qué ha hecho usted para oponerse a esos designios de New Bayer, o de quien sea? ¿Me estaba usted, por ventura, espe-

rando a mí para que le ayude a deshacer esta degollina, este... ¿Cómo dicen ustedes? ¿carozo?

—Aquí no estamos en Norteamérica ni en Europa.

—Eso es evidente.

—Aquí ocurren cosas que ya no suceden, supongo, por allá.

—Eso también me va resultando evidente, señor Johnson —dijo lentamente Linda King—. Aquí me encuentro, sentada en torno a una mesa, en un delicioso almuerzo de trabajo, frente a frente con un Director Regional que se queja de que no lo invitan a las reuniones del gobierno. —Linda apagó su cigarrillo pausadamente y continuó—. ¿Sabe, Johnson? Tiene usted suerte de que ya no existan parlamentos. Lo habrían interpelado y obligado a renunciar. Cosa que, por lo demás, también puede ocurrir sin parlamento, como usted bien sabe.

—Sí.

—Johnson —añadió Linda King—, me gustaría saber dentro de algunos minutos que usted está, ya, participando en la reunión con un único propósito: anunciar mi presencia para las 17 horas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Johnson y se levantó.

Mientras salía, Linda agregó:

—Ah, sí, Johnson, y antes que lo olvide. Usted camina por el mundo rumbo a la sesión de gobierno como representante mío, o sea del Directorio Supremo. Eso, en caso de que se le cierre alguna puerta. En caso necesario, estornude.

Una risita nerviosa de Anita Cavassa, seguida de otra procedente de Lamartín, marcó la salida silenciosa de Johnson.

—Curioso asunto —dijo Linda King, volviéndose a los demás tras mirar un largo rato la puerta que acababa de cerrarse—. ¿Qué hay detrás? ¿Johnson es algún tipo de ultra? ¿Lo es el Directorio? ¿Estamos todos locos o están volviendo a haber golpes de estado? ¿Golpes de estado en gobiernos apolíticos? —King lanzó una carcajada algo desagradable—. El Tercer Mundo sigue sorprendien-

do al universo. Bueno, lo sabremos a más tardar a las cinco, ¿no? Entonces, pasemos a una segunda taza de café, por favor.

Tony Tréveris suspiró, como quien acaba de dar una espantosa vuelta por una montaña rusa y desemboca con todos los huesos en su sitio.

Mientras servían otro café, acompañado de coñac para algunos, King preguntó:

—Y este carozo de Miraflores (así se llama el distrito, ¿no?), ¿cómo hell comenzó?

Como nadie habló, Tony balbuceó:

—No lo sé. Sólo escuché en el visodiarlo lo que todos sabemos.

Linda lo miró, un poco como había mirado a Johnson, pero se dulcificó rápidamente.

—Tony, yo quisiera, antes que continuáramos todos exhibiendo nuestra ineficiencia, decirte algo que no sé si te va a gustar. Y es esto: en Alabama quisiéramos verte ascendiendo a Director Regional, y los hados nos son tan propicios que en este preciso instante inclusive ya es obvio a quién vas a reemplazar. De modo que ponte en posición de firmes y comienza a usar tus sesos sin pudor. —Tras una pausa, como para que la información fuera convenientemente digerida, añadió: —Entonces, señor Tréveris, ¿qué está ocurriendo en su región? ¿Es un incidente común, que ha crecido demasiado, o hay algo más?

—Me gustaría averiguarlo con usted, asesora King —respondió Tony, lanzándose a una piscina de agua helada.

Linda King lo volvió a mirar a los ojos, y lo que vio no pareció disgustarle.

—*It's a deal* —respondió—. O sea, en vuestro encantador idioma, trato hecho.

Se incorporó, y todos la siguieron. —Excelente café —dijo Linda, dirigiéndose a la camarera—. Tony, vamos a dar una vuelta por Miraflores.

Sin escuchar una respuesta que no se produjo, salió de la habitación seguida por Tony Tréveris y todos los demás.

—La zona es grande —dijo Linda King, mirando hacia abajo. El piloto, delante de ellos —el mismo de la mañana— no ocultaba su nerviosismo. Los rebeldes usaban armas modernas, como se encargó de repetir varias veces sin obtener resultados.

—Sí, yo calcularía unos diez kilómetros de lado.

—Toda una república, de las de antes —dijo Linda. Ahora vestía pantalones cortos ajustados, negros, y una blusa blanca. Su trenza oscilaba con los movimientos de la Alondra, que volaba bastante alto.

—¿No podemos bajar un poco más? —preguntó Linda.

—Es peligroso —dijo el piloto, y se aprestó a recomenzar su discurso sobre las armas de los rebeldes, pero ella lo interrumpió con un gesto de la mano. Por segunda vez en diez minutos, recibieron un mensaje de uno de los helicópteros militares marcados con la letra D. King respondió dando su nombre y código y los guardias no insistieron.

Abajo, había zonas relativamente tranquilas y otras en las que se desarrollaban furiosos tiroteos. Pero la principal acción provenía de los helicópteros D, que lanzaban sus rayos contra toda agrupación humana mayor de diez personas. Los cadáveres en las calles aumentaban.

—Allí, mira —dijo Tony, señalando a un grupo de hombres que, en una avenida diagonal que llevaba a una bajada al mar, ondeaban la famosa bandera negra.

Linda observó en silencio.

—Descienda a cien metros —ordenó al piloto.

—Pero, asesora King...

—Cumpla la orden, piloto —dijo Linda.

La Alondra descendió hasta la altura señalada, y las caras, distorsionadas por la furia y el calor del sol dejaron de ser una mancha confusa para adquirir individualidad. Varios corrieron a

guarecerse, pero los que rodeaban la bandera, casi todos muy jóvenes, la ondearon, desafiantes. Linda les sonrió, aunque era imposible que notaran ese gesto.

—Muchachos locos —dijo, sorprendentemente. Tony la miró y hasta el piloto volteó, reemplazando su miedo por el asombro.

—Parece que les tiene simpatía —murmuró el piloto.

Linda King le palmeó el hombro.

—¿Qué se gana con odiar a los que van a morir? —preguntó.

—Ellos la matarían —dijo el piloto.

—Por supuesto. Son rebeldes, y uno se hace rebelde hasta descubrir la inutilidad de la rebelión, y entonces es demasiado tarde. Porque uno está muerto. Aunque siga caminando.

El piloto movió la cabeza, confuso. Tony Tréveris dijo:

—¿Alguna vez te rebelaste, Linda?

Ella le sonrió y le guiñó un ojo:

—Yo podría ser el jefe de policía de "El hombre que fue jueves", que al mismo tiempo era el jefe de los anarquistas.

—¿Qué es eso? —preguntó Tréveris.

—Una novela y unos rebeldes del siglo pasado —Linda hizo una señal al piloto—. Suba —dijo.

El piloto no se hizo repetir la orden, y la Alondra se remontó a mil metros. El grupo de fanáticos volvió a convertirse en un pequeño batallón de hormigas. A la distancia, vieron aproximarse a dos helicópteros D, y el piloto de la Alondra se dirigió hacia el mar. Desde allí vieron a los navíos militares descender sobre los jóvenes de la bandera.

—Vámonos de aquí —ordenó Linda—. Por más reaccionarios que sean, no me gusta verlos morir.

—Algunas veces me pregunto qué es ser reaccionario en nuestro tiempo —dijo Tony.

—Nacionalismo, fe, totalitarismo, anticomercialismo. Esos son algunos sinónimos —respondió Linda.

—¿Y reproducción, pobreza, vagancia?

—También.

—Sí, así debe ser.

—No te pongas a dudar ahora que vas a trepar tan alto, muchacho —dijo Linda, medio en broma—. Para dudas, bastan las que tenemos en el norte. Cada vez que se reúne por scanner el Directorio Supremo (porque ya hace años que no tiene necesidad de verse físicamente), aparece alguien con el lamento acostumbrado sobre los valores perdidos y las hojas rojas del otoño de antes. Nos estamos convirtiendo en predicadores nostálgicos porque demasiados Directores tienen más de cuarenta años. Debería rebajarse la edad de retiro de 50 a 40 años, también para los ejecutivos. Los tenemos matusalénicos.

—Una cosa que asombró a muchos es la falta de solidez del régimen anterior en el norte. He escuchado muchas versiones al respecto —dijo Tony mientras volaban de regreso a Epesa—, pero releendo antiguos textos y viendo viejas películas resulta increíble que haya desaparecido sin convulsiones la nación estadounidense... y todas las demás.

—No es ningún misterio —respondió Linda—. Fíjate: ya en los años sesenta y setenta se inició una terrible crisis moral, y no me estoy refiriendo al sexo. ¿Oíste hablar alguna vez de Watergate?

—¿El juicio contra un militar judío?

—No, no, ese fue el caso Dreyfus, en Francia, mucho antes. Por Dios que no los escogen cultos por estas partes. El caso Watergate, durante una de las últimas guerras, fue el descubrimiento de corrupción en altas esferas del gobierno de Washington. El propio presidente de la república quedó como un mentiroso y prácticamente como un hampón. El país nunca se repuso del todo, por más que se dijera que se trató de una excepción y que, en todo caso, demostraba el grado de libertad existente para denunciar los males sociales. Después vinieron las sublevaciones étnicas, la proliferación de nacionalismos cada vez más pequeños en todo el mundo. —Ya no eran solamente los negros o los catalanes, sino los ne-

gros del Este o los catalanes de Barcelona— y un desfase cada vez mayor entre las necesidades transnacionales del sistema que había reemplazado al viejo capitalismo y el marco del Estado-Nación político.

Debajo de ellos, bordeando la vía expresa por la cual Tony Tréveris había venido en la mañana (¡qué lejos le parecía!) recordando que en su niñez era la avenida Arequipa, marchaba una columna de hombres, mujeres y niños harapientos bajo la bandera negra. Muchos de ellos eran lisiados que arrastraban una pierna rígida, o cuyos brazos colgaban inertes. ¿A dónde irían, y para qué? Tony desvió la mirada hacia Linda King, para esconder el miedo que, de pronto, había surgido en él: miedo a ese horror anónimo y multitudinario que le rodeaba día y noche, al que había creído estar acostumbrado, y que de pronto se manifestaba como una serpiente de inválidos que se había puesto en movimiento. Sí, una boa gigantesca, una fila de hormigas voraces que, convertidas en números incalculables, pesarían como una losa funeraria sobre su mundo y morderían cuerpos amados e inútilmente defendidos.

Linda King había seguido hablando:

—Entonces, poco a poco, gradualmente, los directorios que se habían formado para asesorar, guiar, orientar, adquirieron, insensiblemente, un poder cada vez mayor y cada vez más sólido. ¿Te imaginas un cuerpo deliberante compuesto por delegados de las más grandes empresas económicas *incluyendo las centrales sindicales*? Si a esto le añades la pérdida de confianza, y —lo que es mucho más importante— la pérdida de financiación de los grandes partidos políticos tradicionales, el cuadro se completa. En efecto: ¿para qué financiar a los partidos (y al gobierno), si el verdadero poder está en otra parte? De ahí a la asunción de todos los poderes por los directorios no había sino un paso. Y, como era lógico y razonable, ese paso se dio: nació primero el Directorio Supremo y luego los Directorios Regionales en la medida en que estornudábamos y el resto del mundo se iba resfriando. Primero 200 delegados, que luego se redujeron a un ejecutivo de doce: ahí estaba la nueva fórmula.

Tony miró hacia el Este y, aparentemente, pero sólo aparentemente cambiando de tema, señaló:

—Casuarinas. El barrio de mi niñez. Sí, a fines de siglo todavía se podía vivir en las Casuarinas: calles tranquilas, arboladas, reptando sobre y entre colinas, poco a poco invadidas por la contaminación, la falta de agua, las familias voraces que acabamos por llamar “ratas”, porque reaccionaban en forma tan parecida al ser humano, servían para hacer experimentos, se reproducían velozmente y transmitían todas las enfermedades.

—¿Y dónde vives ahora? —preguntó Linda.

—En Mala, más, mucho más al sur, casi en el extremo de la ciudad. Los que vivían al otro lado de esos cerros, en Rinconada, Sol de Oro y todo eso, resistieron mucho más. Creo que hasta 2015 ó 2020, pero precisamente por eso tuvieron que irse precipitadamente, cuando quedaron en medio de las pinzas: de Cieneguilla avanzaban sobre ellos, y de las Casuarinas y los cerros también. Casi de un día para otro murieron esos barrios. Nosotros no. Tuvimos tiempo de prepararnos, vender, partir sin prisas e irnos fuera del valle.

Linda King lo miró fijamente:

—¿Crees que hemos fracasado?

—¿Quiénes?

—El Sistema.

—No. La que ha fracasado es la humanidad. Cualquier otra cosa sería peor que esto.

Linda suspiró y calló. Se escuchaba, sordamente y entremezclado con el viento, un lejano rugido y algunos gritos. Una masa negra increpaba a unos guardias en tanquetas marcadas con la D, y que acabaron por disparar ráfagas de láser sobre las cabezas. Desde algunos techos hacían lo suyo francotiradores aislados. Los muñones de viejos árboles quemados, en el Parque de la Fraternidad Comercial, ocultaban a otros.

Tony sonrió:

—Tenía preparado para ti un lindo tour de Lima-by-night, pero me imagino que no es el momento adecuado.

—Ya veremos. Pero, en todo caso, dudo que el Tercer Mundo me ofrezca más que nuestras propias, desvencijadas ciudades.

—Lo mismo pensé.

—La última vez que fui a Nueva York (Dios mío, sólo los perversos vamos todavía a Nueva York), estuve una semana absorbiendo mi dosis de sodomía y latigazos; es decir, en plan de observadora. Soy voyera.

—Ajá.

—Sabrás que casi no queda ya industria ni comercio en las ciudades. Ser ejecutivo, hoy en día, es aburrirse en Mobile, Alabama o en Springfield, Illinois. Sólo ustedes, los pueblos en vías de no sé qué, insisten en no despegarse de las ciudades. A propósito, ¿a qué vino esa explosión de nostalgia sobre las Casuarinas?

—Juanito Johnson y yo éramos vecinitos.

Linda tras una pausa, dijo:

—Ah, Juanito Johnson. Director-que-fue.

—No me gusta esto.

—Hace medio milenio, para no remontarnos demasiado y entrar en exquisiteces, que la regla es come o sé comido. Nosotros lo único que hemos hecho es que ser comido resulte aceptable. Johnson se retirará, a los... ¿cuántos años?

—Cuarentiséis.

—A los cuarentiséis años, con su sueldo completo y un reloj eterno de cuarzo con la inscripción... ¿cuál es la inscripción?

—Con la eterna gratitud de Epesa.

—Con la eterna gratitud de Epesa.

—Me pregunto si mi reloj ya está fabricado.

—Lo está. Sólo le falta la fecha, igual que al mío: "Gratefully, Stimudrinks".

—Es bueno saber que, allá arriba, alguien piensa en uno.

Linda rió, sinceramente divertida.

—Allá arriba no hay nadie, Tony.

—No hablaba de religión.

—Yo tampoco. Todas las empresas tienen un último piso, al cual nadie tiene acceso, y en el cual no hay nadie. Lo importante es que eso nunca se sepa.

—Quizás eso sea lo mejor del sistema: es, a la vez, el medio y el fin. O (se me acaba de ocurrir) es el medio en estado químicamente puro. La piedra filosofal, ¿no?

—Exactamente. Ya eres de los nuestros, Tony. Ahora ya lo sabes todo. No te queda más por aprender.

Descendieron sobre la azotea del edificio de Epesa. Eran algo más de las cuatro. Linda King pidió ir a su departamento:

—Tengo justo el tiempo para descansar media hora y cambiarme.

Tony la dejó en la puerta del departamento G, pensando que hoy los espejos serían inútiles. Fue a su propia oficina, llamó a Doris en Mala y fue informado de que los chicos habían vuelto sin novedad. La tarde en su barrio era silenciosa, caliente y tranquila, como de costumbre. Marina Ferrari le preguntó si la necesitaría todavía o si podía coger el helicóptero para el personal de las diecisiete horas.

Tony vaciló. No habían transmitido nuevos boletines sociales, lo cual normalmente significaba que la intranquilidad no había seguido avanzando y que todo se mantenía estacionario. Pucusana, lugar de residencia de Marina, no estaba, pues, en una zona peligrosa. Por otra parte, Tony consideraba que podría lidiar solo con Linda King, y la vista de los senos desnudos que ahora mostraba Marina para celebrar el calor de la tarde no le hizo cambiar de opinión. "Me estoy haciendo viejo", pensó, sin creerlo ni por un instante.

—Si te hubieras vuelto a hacer el tatuaje de las serpientes en los senos, te habría pedido que te quedaras, —dijo, medio en

broma—. Hasta ahora tiemblo al recordar esos pezones de mirada agresiva.

Marina sonrió y se los acarició, humedeciéndose los labios con una lengua puntiaguda.

—Cualquier cosa para contentar al jefe —dijo—. La última fortaleza del machismo es la secretaria ejecutiva.

—Sólo por eso me hice ejecutivo —dijo Tony—. Hasta mañana, señorita Ferrari —agregó.

Marina salió y Tony se quedó observando su pequeño trasero hasta que desapareció. Entonces, con un irritado cansancio al pensar que el día continuaría para él hasta quién sabe qué hora, encendió la televisión. Pasó por alto dos estúpidos programas infantiles, que sólo lograban demostrar que los niños ahora eran más inteligentes y más incultos que antes, y se detuvo al captar a un anunciador que presentaba una nueva bebida de Epesa. Fastidiado, apagó el receptor y recordó, sin comprender la asociación de ideas, una tarde del año 2001 en que su padre lo llevó, a un cine en Surco. Un cine-club había tenido la divertida idea de realizar un festival de ciencia ficción, dedicado a comparar la visión que treinta o cuarenta años atrás se tenía del mítico cambio de milenio.

La película, esa tarde —era verano y hacía mucho calor, exactamente como hoy, y era posible que fuera el cumpleaños de Tony (¿el décimo? ¿el undécimo?)—, se llamaba, justamente, “2001, Una Odisea del Espacio”, y su creador tenía un nombre checo, o polaco: ¿Kubik? ¿Kubrik? El y su padre se habían reído mucho, con el resto del público, ante esa descarnada confrontación de la especulación entre espantada y burlona de los años sesenta o setenta, y la mucho más mediocre realidad presente. El mitológico año 2001 —¡el cambio de milenio!— había llegado y pasado con una asombrosa frivolidad, a decir verdad. Nada importante, decisivo, había ocurrido. Ningún cambio esencial en la vida de los hombres. Ningún aparato milagroso, ninguna victoria espectacular de la ciencia, nada que hiciese pensar en un renacimiento del arte. Un día se había arrastrado detrás del anterior, como

en todo el milenio anterior, y pese al despliegue periodístico, al escándalo y a las festividades un tanto forzadas, nadie había entrado al Tercer Milenio con cinco brazos o tres cabezas. El cáncer estaba casi totalmente liquidado, es cierto, pero eso pertenecía a la década del noventa; más de la mitad de los vehículos autopropulsados del mundo utilizaban la electricidad, o, en algunos casos no muy exitosos, la energía procedente de la fusión (y no de la fisión) nuclear, y también eso era todavía mérito del viejo milenio; la energía solar había logrado hacerse comercial, por cuenta, riesgo y a beneficio de las viejas empresas petroleras diversificadas, pero eso tampoco era un estallido del año nuevo 2001.

No, el único gran invento del nuevo milenio, hasta ahora, era la supresión —toquemos madera, si la encontramos, pensó Tony— de las guerras internacionales y, para no dejar las cosas a medias, de los estados nacionales, tanto en el occidente democrático como en el aparatoso imperio marxo-confuciano del oriente. Durante décadas, claro, se intercambiaban floridos insultos disfrazados de amorosa solicitud, entre el Directorio Supremo y el Consejo Popular, pero nadie había movido un dedo homicida. Cada uno, por lo demás, estaba sumamente ocupado en sus propios problemas. Y, a diferencia del pasado, a nadie podría convencerse de que una aventura bélica solucionaría uno solo de tales problemas. Occidente confiaba en el comercio y Oriente en la regimentación, y, al fin de cuentas, pensó Tony, la diferencia no era tan abismal. Cada quien manipula como puede, se dijo, y lo importante es que reina la paz —algún nombre había que darle a esto— y en ambos conglomerados crecía una capa de prosperidad que abarcaba, absolutamente, a más gente, pero relativamente a menos. Sin embargo, eso era un asunto que correspondía al control natal, que ambos practicaban con entusiasmo y no mucho éxito.

Miró por la ventana que jamás se abría, como no se abría ninguna en todo el edificio. El sol comenzaba a descender sobre el mar, que continuaba brillando invitadoramente. ¿Doris y los chicos habrían ido a darse un chapuzón? Aunque no lo hubiesen hecho, Tony los envidió por tener, al menos, la posibilidad. Había una preciosa playa a menos de dos kilómetros de la casa, con ser-

vicio permanente —durante el verano— de defensa armada. Aquí, en cambio, aún a través del vidrio, uno creía respirar suciedad. Y muerte, se dijo Tony, mirando las lejanas columnas de humo hacia el sur.

Sí, graciosa película esa del checo, recordó Tony. El hombre, desde el mono que aprendió a hacer fuego hasta el superhombre que bailaba un vals mecánico entre las estrellas, tan sólo para reencontrarse a sí mismo convertido en un anciano-bebé, o un bebé-anciano, muriendo y naciendo al mismo tiempo. Linda imagen y totalmente novelesca. Me imagino, se dijo Tony, que los públicos de ese entonces saldrían reconfortados del cine, vislumbrando algún tipo de sentido en la vida y en esa absurda y criminal carrera de sangre en sangre y de olvido en olvido: llegaríamos a las estrellas, habría todavía un nuevo nuevo mundo, las puertas seguían abiertas para salir de esta monótona miseria.

Entretanto nos hemos hecho adultos, pensó Tony. El anciano apareció, pero el bebé se quedó en el camino. La sola idea de un bebé resulta repugnante para cualquier ser pensante. Tony pensó en sus propios hijos e hizo una mueca: claro, salvo los propios, como decía todo el mundo. ¿Las estrellas? Bueno, no tanto. En el año veinte de este rutilante milenio a todo color se había inaugurado la primera colonia espacial, pero aquí nomás, a cuarenta mil kilómetros de altura: una rueda transparente, sólida, dentro de la cual cien mil seres humanos simulaban sentirse bien. Al menos, tenían las mejores tierras llenas jamás vistas, simplemente mirando por las, llamémoslas, ventanas, de sus celdas de plástico. Y luego, apenas cuatro años atrás, el Imperio Revolucionario Asiático, incapaz de quedarse atrás y más bien molesto por la demora, había colocado en órbita a su propia ciudad en el reino supuestamente celeste más allá de la atmósfera, con doscientos mil atareados chinos haciendo lo que se espera de los chinos. Sí, claro, y el cáncer prácticamente derrotado no era una bicoca. En general, la enfermedad, en el sentido clásico de la palabra, era un fenómeno raro. Los males eran casi todos degenerativos. Pero, y aquí venía el pero que había acompañado al hombre desde que comenzó a meter semillas a la tierra, estábamos hablando de una mayoría,

allá en el norte, y de una minoría, aquí en el sur. Ni en los territorios del Directorio Supremo la salud era total. Y aquí. ..

Algunas columnas de humo se habían hecho más gruesas, como si quisiesen subrayar, amenazadoramente, las preocupaciones de Tony Tréveris. Le asaltó la idea de que, quizás, esta vez no podría dominarse la rebelión, pero la desechó de inmediato. Ya no había rebelión que no pudiera dominarse.

Afuera, allá, abajo, todavía había gripe, y tuberculosis, y viruela. ¿Todavía u otra vez? Tony no lo sabía. Había mujeres que morían, aullando, en partos dolorosos, y cuerpos infectados y pústulas y bubones y viudas que velaban cadáveres antes de la incineración y manos que secaban frentes febriles. A veces, y pese a todo, era imposible evitar que esa antívida saltara las barreras, y entonces nadie comentaba nada, nadie sabía, todos callaban y quemaban rápidamente ese cuerpo desprovisto de inmunidad y débil de defensas. Esas cosas eran vergonzosas, como un himen de más de dieciocho años o una afiliación subversiva. El planeta se nos ha partido definitivamente en dos, murmuró Tony en dirección a ese humo negro y grasiento que comenzaba a ocultar parte del cielo y que adquiría un tono obscuro con la incipiente puesta del sol. Y sólo hay comunicación de nosotros a ellos. La verdad es que no sé qué ocurre, qué bulle y se agita en esas sórdidas profundidades a las que sólo tienen verdadero acceso nuestra publicidad y nuestros fusilásters. Y si yo no lo sé, es probable que casi nadie, o nadie, lo sepa.

La puerta de su oficina se abrió silenciosamente para dar paso a Linda King, cubierta por una nueva versión, celeste, de la túnica de la mañana. Tony no la escuchó y se sobresaltó al sentir la mano, suave y a la vez dura, que le oprimía amistosamente el hombro. La vio a su lado, sonriente y fresca, mirando también hacia el humo y el sol que se acercaba al horizonte, grande y todavía amarillo antes de enrojecer.

—¿Te preocupa, Tony? —preguntó Linda, señalando con la barbilla hacia el sur.

—Digamos que me torna filosófico —respondió él.

Linda rió.

—El estado de ánimo ideal para una reunión de Directorio.

—Sí, ¿verdad? —sonrió él y abandonó la ventana.

Ella lo siguió y, sorpresivamente, cuando él se acababa de sentar tras su escritorio, se inclinó y lo besó en la boca. El devolvió el beso, sin lujuria (pensó, divertido ante esa palabreja televisiva), más bien como distraído. Ello lo notó, sin ofensa, y se separó de él con una suave presión de la mano sobre el hombro de Tony.

—Vamos, es hora —dijo, retocándose los labios y mirándose en un pequeño espejo—. Y límpiame la boca.

El lo hizo, se incorporó y la siguió hacia el ascensor. Ya en el sótano tres, tras identificarse ante los guardias, abordaron el carril que los llevaría a las entrañas del cerro San Cristóbal: a la sede del Directorio Regional.

cuatro

La sala de reuniones ejecutivas, en la que descollaba una enorme mesa redonda de brillante madera auténtica, estaba ya ocupada cuando ingresaron Linda y Tony. Delante de cada uno de los diez Directores esperaban hojas de papel que irían siendo llenadas con dibujitos de mujeres desnudas, rayitas entrecruzadas y círculos concéntricos. Juanito Johnson se levantó para ofrecer su asiento a Linda, lo que era erróneo en todo sentido, incluyendo el protocolar. Tony observó con simpatía a esos ocho hombres y dos mujeres, las personas más importantes del occidente sudamericano: apellidos españoles, ingleses, franceses, alemanes. Con por lo menos dos le unía una vieja amistad personal que había nacido de una niñez común en las Casuarinas y posteriores estudios universitarios en el Norte.

Detrás de los Directores se sentarían, en los momentos adecuados —tras las deliberaciones y decisiones fundamentales— asesores, secretarías, consultantes. No había un solo guardia en el recinto, ni era necesario. Cincuenta metros de roca viva y otros veinte metros de edificación los separaban del mundo exterior.

Linda hizo un gesto con la mano para que Johnson volviera a asumir su puesto. Los demás la saludaron con una inclinación de cabeza y, en algunos casos, con una sonrisa y la mano levantada. El presidente de este mes, Gabriel Miranda, delegado de

la Machinery Trust Co., de Nebraska, se levantó tras hacer sonar una campanilla.

—Damas y caballeros —comenzó, con la grabadora secretarial funcionando,— iniciamos la... la tercera reunión del Directorio Regional, hoy jueves 18 de enero de 2034, siendo las 17 horas y... tres minutos. Me precio en saludar la presencia de Miss Linda King, asesora oficial de Stimudrinks, entidad matriz de nuestra querida Epesa. Nuestra distinguida amiga está plenamente reconocida con poderes plenipotenciarios ante esta asamblea. Bienvenida, miss King.

Linda hizo una inclinación de cabeza.

—El orden del día, personas, es, como ya se les había informado, el siguiente: demandas de la jefatura católica-ortodoxa al Directorio Regional.

—Una cuestión previa —planteó, Linda King.

—Con mucho gusto —replicó Miranda, sentándose.

Linda King permaneció sentada y por unos instantes paseó su mirada por la concurrencia. Sentado tras ella, Tony Tréveris esperaba en silencio.

—Distinguidas personas del Directorio Regional, estimada persona Miranda —comenzó Linda—. Quisiera plantear mi cuestión previa en dos partes, sin exigir demasiado de su precioso tiempo. —En castellano, la fórmula usada por la asesora era tan irónica como en inglés, idioma que todos los presentes dominaban. Miranda carraspeó, pero por alguna misteriosa razón pareció tranquilizarse al volver Linda a la fórmula saluatoria más tradicional:

—Damas y caballeros, en primer término mi compañía estaría interesada en saber por qué se ha impedido asistir a las dos reuniones anteriores a nuestro delegado, persona Johnson. Segundo: mi compañía revoca el mandato de Johnson y nombra, con efectos inmediatos, a la persona Antonio Tréveris para sucederle.

Hubo un murmullo que Miranda cortó rápidamente con un enérgico gesto que hizo temblar su doble papada.

—Miss King, permítame tocar primero el segundo punto de

su cuestión. Naturalmente está usted en su pleno derecho de nombrar al señor Tréveris y de, ejem, destituir a Johnson. Por lo demás, aquí todos nos conocemos bien, inclusive, ja, ja, todavía somos unos subdesarrollados que se reúnen físicamente para sesionar. Nada como el contacto personal, siempre digo, ¿no? Pero hay algunas formalidades. En realidad, se estila una comunicación formal de la matriz.

—Tengo poderes plenipotenciarios.

—Sí, sí, por supuesto. No digo que esto sea ilegal. Simplemente...

—No siendo ilegal, procede, persona Miranda.

Un nuevo murmullo.

Miranda suspiró; clavó la mirada un instante en los papeles en blanco que tenía delante y comenzó a trazar el perfil de una mula, que quedó inconcluso.

—¿Alguna oposición? —preguntó, finalmente.

Nadie habló. Pero Johnson pidió la palabra.

—Tiene la palabra Mr. Johnson —dijo Miranda, sobre todo en beneficio de la grabadora.

Johnson se aclaró la garganta.

—Quisiera dar la bienvenida en nombre de Epesa, a Tony. Somos amigos desde hace muchos años, y estoy seguro de que representará adecuadamente los intereses de la compañía a la que ambos hemos dedicado nuestros mejores esfuerzos desde que salimos de la universidad.

Vaciló. Bebió un sorbo de agua del vaso frente a él.

—Estoy seguro... estoy seguro de que Tony Tréveris... En realidad, todos nosotros... Bien. Lo que quiero decir es que... me alegro de que seas tú, Tony...

Tony y Juanito se miraron por un par de segundos a los ojos, hasta que ambos desviaron la mirada a la vez.

—Bien. El señor Tréveris puede asumir la representación de Epesa.

Juanito Johnson y Tony Tréveris se cruzaron en silencio al cambiar de asientos.

—En cuanto a su otra cuestión previa, Miss King, la respuesta es menos fácil. Y para dársela, le ruego tener en cuenta dos cosas. La primera, que estamos en una región infradesarrollada, que exige métodos de gobierno diferentes a los que rigen en el Directorio Supremo o en los Directorios Regionales de Europa, por ejemplo. La segunda, Miss King, es que estamos ante una emergencia, de cuyos detalles se informará usted en el transcurso de esta reunión, que explica el asunto debidamente.

—Así lo espero, persona Miranda —dijo Linda, suavizando su frase con una coqueta sonrisa—. Pero de todas maneras, le agradecería siquiera un adelanto. El eterno femenino, *you know*.

—Bien. Aquí va el adelanto. Una de las demandas de los católicos-ortodoxos, presentadas a fines de diciembre (el 25, para ser exactos; les encantan los simbolismos baratos), es la del estricto control sobre las drogas estimulantes. Consideran denigrante, molesto, humillante, criminal y qué se yo cuántas cosas más, la venta y sobre todo la propaganda de los productos de su empresa.

Linda King frunció el ceño.

—¿Y ese hecho indujo a este distinguido cónclave a impedir la presencia de nuestro representante?

—Pensamos que nos permitiría discutir la cuestión con mayor libertad.

—Miranda, Miranda —dijo Linda, meneando la cabecita y sacudiendo su trenza—. *They won't like this at home*. No, no les va a gustar nada. Van a usar palabras feas como golpe de estado, traición y delito contra el espíritu y la letra de la organización directoral mundial. Esta es, al menos, mi opinión personal.

—Le rogaría, Miss King, permitirnos continuar con el orden del día, que servirá para aclararle el panorama.

—Bueno. Pero más vale que me pueda demostrar que los católicos están a punto de degollarnos a todos, porque si no no habría explicación posible.

—Precisamente, Miss King, precisamente —dijo Miranda, y cruzó beatíficamente sus dedos gordos sobre la mesa. Miró a todos, y luego habló nuevamente.

—Un breve resumen para King y Tréveris, que no han asistido a las reuniones del 3 y del 10 de enero. El 25 de diciembre, el presidente correspondiente a ese mes, persona Hamann, aquí presente, recibió una comunicación de la jefatura de los católicos-ortodoxos, a quienes, para abreviar, llamaremos cat-ox, con un tenor agresivo y una lista de exigencias que ellos consideraban moderadas, salvo en lo que respecta a los... mmm... productos de Epesa. Y aún en este asunto, dice su mensaje, no aspiran a destruir la empresa, ni siquiera a que se prohiban sus productos. Simplemente, dice, exigen venta controlada y el cese de toda propaganda.

—¿Simplemente? —dijo Tony Tréveris.

—La palabra es de ellos, no mía. Los demás puntos son: reconstrucción e implementación de las universidades regionales, convertidas desde hace más de veinte años (¿o son treinta?) en escuelas de artesanías y en feudos de toda clase de camarillas; acceso a los medios de comunicación para miembros de su grupo. Libertad de practicar su credo, difundir públicamente sus doctrinas, portar armas efectivas y no sólo las actuales, y de efectuar labor misionera fuera del valle de Lima.

—¿Algo más? —preguntó Linda.

—Oh, sí —respondió Miranda—. También piden la formación de comisiones supervisoras de la contabilidad y actividades de todas las empresas existentes en la región.

—Hear, hear —exclamó Linda.

—Finalmente —agregó Miranda—, les pareció conveniente solicitar la presencia, con voz y voto, de por lo menos un representante de ese grupo en el Directorio Regional.

—Todo el poder a los cat-ox —murmuró alguien.

—¿Perdón? —dijo Miranda.

No hubo respuesta.

—Well, well, well —dijo Linda—. ¿Y después qué?

—Después, y para ser otra vez exactos, el primero de enero, me llegó a mi poder, como presidente en este mes, un segundo comunicado. En él se ratificaban los puntos anteriores y se anunciaba que, si para el 18 de enero —aniversario de la fundación de Lima, por si alguno de los presentes lo hubiese olvidado (era obvio que nadie lo recordaba)— no se recibía una, comillas, respuesta satisfactoria, cierren comillas, iniciarían una insurrección destinada a, comillas, devolverle el poder al pueblo, cierren comillas.

—Conque eso era... —murmuró Tony.

—Sí. Es obvio que nuestra respuesta no fue satisfactoria. La insurrección ha comenzado. Y los datos que poseemos indican que no es un pic-nic.

—¿Se puede saber cuál fue esa respuesta, concebida y transmitida en ausencia de nuestra persona? —preguntó dulcemente Linda King.

—Le haré entrega de una copia más tarde, Miss King, pero en esencia decía lo siguiente: primero, que no decidimos bajo presión. Segundo, que no nos oponemos a continuar el diálogo, siempre y cuando éste sea respetuoso y fructífero. Tercero, que algunos de los puntos planteados por ellos podían discutirse serenamente. Y cuarto, que desde ya rechazábamos el último punto, el de su participación en el Directorio, porque ése era un cambio cualitativo que equivalía a modificar sustancialmente nuestra actual forma de administración pública. Como se verá, nada de insultos, puertas abiertas, pero al mismo tiempo la necesaria firmeza.

—Me alegra constatar que se aprueba usted a sí mismo, Mr. Miranda —sonrió Linda, sacudiendo nuevamente su trenza—. Pero eso me deja a oscuras respecto a los intereses de mi empresa.

—Y eso es parte, y parte muy importante, Miss King, de lo que vamos a discutir hoy. No pensamos movernos de aquí hasta dejar listo un nuevo documento, o lo que fuere, destinado a los cat-ox. Y debemos apresurarnos: allá afuera hay gente muriendo.

—Cuántas más ratas mueran, mejor —murmuró Franz Cohen, de United Chemicals—. Borren eso de la grabación.

—Borrado —dijo Miranda, sonriendo, tras manipular el aparato sobre la mesa.

—El problema no es ése —dijo María D'Annunzio, de Olivetti International—, sino de si vamos a mantener en esta región del mundo nuestro sistema occidental y cristiano, o si vamos a caer en el caos católico-marxista. Y de si podremos mantener el sistema sin una intervención militar como la que tuvo que hacer el Directorio Supremo para imponerlo definitivamente.

—Correcto —dijo Miranda, tamborileando sobre la mesa—. Creo que D'Annunzio lo ha expresado muy bien.

—Todavía no se ha explicado bien, a mi juicio, el, digamos, desaire contra nuestra empresa —dijo Tréveris.

—Ni tampoco —dijo King, mirando a Johnson— por qué nuestro representante no se quejó, ni a nosotros ni a nadie.

Johnson carraspeó y se levantó lentamente. Todos lo miraron en silencio. Tras una breve mirada a Tréveris, Johnson dijo en voz incolora:

—Tengo un hijo... un hijo único. Este hijo me ha causado algunas dificultades. —Volvió a carraspear—. Es morfinómano.

Miranda resumió el pensamiento general.

—Lo siento mucho, Johnson. Pero su problema no es único. ¿Quiere usted decir...?

—Quiero decir —continuó Johnson— que mi hijo desapareció el año pasado. Y volvió a aparecer, en noviembre, curado... Había estado... con ellos.

—¿Las ratas lo curaron? —preguntó, innecesariamente, Olga Angeles, de General Motors-Electric.

—Sí. Las ratas lo curaron. Y lo volvieron cat-ox.

Miranda dejó de tamborilear sobre la mesa y abrió las manos en un gesto de amplitud y cordialidad.

—Me alegro que finalmente lo haya dicho usted mismo, Johnson —dijo—. Nosotros, por supuesto, supimos desde noviembre que usted era un riesgo de seguridad, pero no teníamos sino

pruebas indiciarias... —Se volvió hacia King y Tréveris—. ¿Resuelve esto su problema? —les preguntó.

Estos asintieron.

—Les agradecería opinar en voz alta —dijo Miranda, señalando la grabadora.

—Correcto —dijo Linda.

—Lo siento, Juanito —dijo Tony, dolido.

El visodiarario, situado en una pared del fondo, emitió su sonido llamativo.

—Veamos qué hay —dijo Miranda, y añadió en voz fuerte:— "On".

Apareció el sereno locutor con rostro y voz de plástico. Esta vez parecía más cordial.

—Gracias por conectar. Inicio del mensaje: continúan los disturbios iniciados esta mañana en Miraflores. La zona rebelde se ha ampliado a las 17 horas a todo el borde marítimo hasta el Callao. Por lo tanto, comunicamos que la prohibición de circulación se ha ampliado a Magdalena, San Miguel, Maranga, La Perla, Bellavista y Callao. Alerta para Ventanilla, Nueva Callao, San Isidro y Lince, y todo el borde hasta Casuarinas y para el Cercado. Eso es todo en este boletín grabado a las 17.17 y repetido con su sintonía. Muy buenas tardes.

—Off —dijo Miranda y se quedó observando, pensativo, la pantalla color humo.

—Es hora de tomar una determinación —dijo Franz Cohen.

—Y la primera —pidió Olga Angeles— es solicitar a la persona Juanito Johnson que abandone la reunión.

—¿Alguien apoya esta moción? —preguntó Miranda.

—Yo la apoyo —dijo Tréveris, evitando mirar a su amigo.

Johnson se levantó.

—Agradecemos sus servicios, Johnson. Hasta siempre —dijo secamente Miranda.

—Adiós —dijo Johnson. Caminó hacia la puerta y vaciló.

—Buena suerte, Juanito —dijo Tony.

—Gracias —dijo Johnson, sin voltear y reemprendiendo la marcha. La puerta se abrió ante él y se volvió a cerrar herméticamente tras su salida.

—¿Se unirá a las ratas? —preguntó D'Annunzio.

—No lo creo —dijo Miranda—. No se renuncia con facilidad a la jubilación.

—¿Por qué no hizo curar a su hijo como los demás, en un sanatorio reconocido? —preguntó Cohen.

—Bah, ¿por qué, por qué, por qué? —repitió, fastidiado, Miranda—. ¿Por qué algunos nacen ratas y otros nacemos personas? ¿Por qué Dios está con nosotros y no con ellos? Qué sé yo. Su hijo se largó a mezclarse con las ratas y se convirtió en rata. ¿Acaso es tan difícil de entender o tan poco frecuente? Eso se llama movilidad social. Hay ratas que suben y hombres que bajan. Así es la vida. Lo lamentable es que el padre sufra las consecuencias; pero así ha sido, es y será. —Miranda suspiró, abanicándose con una hoja de papel, pese a que en este recinto la temperatura jamás variara de 20 grados ni la humedad de 60%.

—Propongo que discutamos la brecha generacional en otra ocasión —dijo Linda—. Como dijo usted hace unos instantes, hay gente muriendo ahí afuera.

—Bien —repuso Miranda—. Ya lo han oído todos. El carozo crece. No dudo de que podríamos terminar este asunto en la hora de luz que nos queda, usando todo lo que tenemos. La pregunta es: ¿masacre o diálogo? Yo me inclino por el diálogo. Entre otras cosas, porque es más económico.

Hubo un murmullo de asentimiento.

—¿No dará eso la impresión de debilidad? —preguntó Diego Anschluss, de Medios de Transporte Mundial, Metramun.

—Cualquier cosa que no sea una bomba N dará esa impresión —dijo Miranda.

—Pues entonces, ¿qué tiene usted contra la bomba N? —preguntó Olga Angeles.

Linda King soltó una breve risita.

—Comparta la broma —dijo, picada, Angeles.

—Disculpen. Me reía porque la bomba N fue inventada para matar personas sin destruir la propiedad, y ahora nuestro problema es un poco al revés. Deberíamos destruir ese infame basurero que es Lima tratando de no matar muchas personas.

—No somos agentes de limpieza pública —dijo Angeles—. Somos defensores de una manera de vivir.

—*Good for you, honey* —dijo Linda King—. *Keep up the good Christian Spirit.*

Todos rieron con simpatía, inclusive Angeles.

Por un momento, la reunión pareció una de esas parrilladas familiares para ejecutivos y sus esposas en algún verde suburbio del mundo. "Curioso", pensó Tony Tréveris. "Tengo la impresión de que Juanito Johnson nunca existió". Buscó con la mirada una manera de compartir su desazón con Linda King, pero ésta seguía sonriéndole a Olga Angeles. "Maldita puta", pensó Tony. "Apuesto que ya está pensando embarcar a la Angeles rumbo a la cama". Finalmente, Linda lo miró. Alzó una interrogativa ceja al ver el rostro cerrado de Tony. Este desvió la mirada.

Miranda estaba hablando.

—Bien, creo que habrá consenso para una demostración de fuerza combinada con una oferta de diálogo.

Paseó la mirada por los presentes. Nadie habló.

—No sabemos cuál es el núcleo rebelde. La cosa comenzó en Miraflores, pero eso nada demuestra. Sea como fuere, propongo desinfectar con napalm todo eso, y emitir poco después nuestro mensaje de amor.

—¿Esperamos al amanecer? —preguntó D'Annunzio.

—No, creo que sería más efectivo en la noche. Digamos a las ocho, cuando las abuelitas estén dulcemente sentadas en el porche acunando a sus nietecitos y todos puedan ver los lindos fuegos artificiales. ¿Alguien en contra?

Nadie se movió.

—¿A favor?

Todas las manos se alzaron.

—Unanimidad para el curso de acción —dijo Miranda—. Y ahora, el comunicado. Propongo una comisión de redacción formada por Angeles, Tréveris y King.

—Un momento —dijo Tréveris—. Antes de la votación quisiera pensar en voz alta lo siguiente: ¿no sería más conveniente tratar de establecer un contacto reservado? Pienso que eso nos proporcionará a ambas partes mayores opciones de sinceridad.

—Sí, lo había pensado también —dijo Miranda—, y, de hecho se establecerá ese contacto. Pero creo que debe ser *después* de las medidas aquí propuestas. Primero, la demostración de que no estamos jugando ni anémicos. Luego, un comunicado público, muy mesurado, razonable y paternal.

—Maternal —dijo D'Annunzio, que era oriunda de Sicilia, donde el feminismo era un fenómeno tardío.

—Este... sí —continuó Miranda—. Y luego, mañana por la mañana, los contactos. Es más; ahora que lo pienso, podría ser útil incluir en el comunicado público una alusión a que se buscará el trato directo.

Los representantes cuchichearon unos momentos entre ellos y luego asintieron.

—Entonces, queda en pie mi propuesta para la comisión de redacción. Supongo que los tres nombrados tienen cultura literaria. Después de todo, no estudiaron en universidades del Tercer Mundo.

Todos rieron y los tres propuestos movieron la cabeza afirmativamente.

—Pasamos a un cuarto intermedio. ¿Quince minutos está bien?

King afirmó nuevamente con la cabeza. Los tres comisionados pasaron a una salita contigua. Allí, entre café y sandwiches —iguales a los que, ociosamente, consumían los demás en la sala principal—, se pusieron a elaborar el siguiente comunicado:

"El Directorio Regional, consciente de su obligación de mantener el orden público, así como de salvaguardar la vida, la salud, la propiedad y los derechos activos de la población, ha visto con preocupación los actuales brotes de violencia, evidentemente organizada, en esta capital.

"Las bases fundamentales de la democracia transnacional están constituidas por los derechos activos, la no ingerencia en los asuntos privados y el libre desarrollo, personal y comercial. No puede, pues, tolerarse el impedimento de su ejercicio.

"La responsabilidad por las consecuencias de esta inaceptable provocación recae en los agitadores profesionales y en los autores intelectuales de estas acciones contra el orden establecido y la democracia.

"Actuando con firmeza, el Directorio Regional protege los derechos ciudadanos y la estabilidad regional, nada de lo cual cierra las puertas a un diálogo constructivo con aquellas personas o instituciones que tengan demandas concretas y razonables que proponer para la mejor marcha de los asuntos regionales.

"El ejercicio de una crítica sana es consustancial a la democracia transnacional, hecho que nos diferencia de posiciones extremistas ajenas a nuestra idiosincrasia.

"El Directorio Regional exige, pues, el cese inmediato de toda acción disociadora, para evitar mayores derramamientos de sangre y daños materiales. Advierte que continuará usando de la máxima energía en defensa de la tranquilidad pública.

El Directorio Regional Sudamérica-Oeste.

Lima, 18 de enero de 2034".

El comunicado fue íntegro y rápidamente aprobado. Miranda fijó una nueva reunión extraordinaria para el día siguiente, también a las 17 horas y los representantes abandonaron la sala y la sede subterránea velozmente. Tony, Linda y Olga fueron informados, al salir, que la operación fuegos artificiales ya había sido puesta en marcha por Miranda. Cuando el carril depositó a Linda y Tony en el subsuelo de Epesa, eran las 19:20. Afuera brillaba

una noche relativamente clara, estrellada, pero interrumpida por continuas explosiones en la lejanía.

De vuelta en su oficina, Tony llamó a su esposa. Doris y los chicos lo saludaron. Tras intercambiar los habituales mensajes relativos a que todo seguía en orden, Tony señaló a Linda.

—Doris, ésta es Linda King.

—Hola —dijo Doris.

—Hola, Doris —replicó Linda. Las mujeres se sonrieron como si fueran cómplices en algo que los hombres jamás entenderían.

—¿Qué te parece Lima? —preguntó Doris.

—No he tenido tiempo de ver mucho —dijo Linda—. Lo único que he visto es el centro.

—Bueno, eso no es Lima. Espero que puedas darte un saltito por aquí el fin de semana. Siempre hay lugar para una más.

Tony se sentía incómodo sin saber exactamente por qué.

—Trataré de llevarla —dijo.

—Me encantaría —añadió Linda.

—¿Te quedarás en Epesa esta noche? —preguntó Doris.

—Sí —dijo Tony. Por la ventana vio una fila de luces que flotaban en el aire, procedentes del noreste, y que se dirigían hacia el sur—. Hay algunos problemas.

—Sí, ya escuché los boletines. Cuídate.

—No te preocupes. Mañana estará todo resuelto.

—Atiende bien a Linda —agregó su esposa, y guiñó el ojo: Tony no supo si era a él o a Linda King.

—No dudes de la hospitalidad latina —dijo.

Cortó. El visodiarario había estado zumbando con insistencia y Linda dijo "On".

Esta vez apareció el comandante Lucas, en su uniforme verde con la D dorada sobre el lado izquierdo del pecho.

—Esta comandancia —dijo— invoca a todos los habitantes de la zona comprendida entre el mar, la avenida Ricardo Palma/José

Pardo, la avenida Panamá y el segundo óvalo de Pardo, a retirarse de inmediato. La zona en mención será bombardeada a las 20:30 horas. No habrá postergación. Fin del mensaje.

—Off —dijo Linda—. No lo entiendo. ¿Quieres explicarme qué mosca ha picado al presidente Miranda? ¿Por qué adviertes a la gente que se vaya? ¿No es ésta una buena oportunidad para combatir un poco la explosión demográfica?

—Linda —dijo Tony—. Dominas a la perfección el castellano, pero nunca captarás la picardía criolla. El bombardeo será a las 20 horas, y cogerá a la gente en la calle.

Linda King lo miró y sus ojos se empequeñecieron.

Finalmente, dijo, dubitativa:

—¿Se puede gobernar así?

—“Se puede engañar a parte de la gente todo el tiempo, a toda la gente parte del tiempo, pero no a toda la gente todo el tiempo” —citó Tony—. Las computadoras ratifican a Lincoln, suponiendo que fuera él. Sé que no se puede gobernar así, y sé también que lo venimos haciendo desde hace años.

—Me alegra, de alguna manera, saber —dijo Linda irónicamente— que todavía quedan lugares donde se administra *contra* el consejo de las computadoras.

—Somos los descendientes directos del buen salvaje.

Las luces habían terminado de pasar ante la ventana. Eran las 19:50.

—¿Apetito? —preguntó Tony.

—Ahora no —respondió Linda. Se acercó a la ventana y Tony la siguió.

Bajo ellos se extendía una inmensa llanura negra, llena de luces: claras y brillantes algunas, mortecinas y amarillentas otras. Las había que se movían, no con la suavidad de un mecanismo sino con los sobresaltos y vacilaciones de una inexplicable proce-
sión humana o animal que husmeara, se detuviera y reemprendiera una marcha que recordaba a las hormigas.

Más allá, puntitos de luz danzaban sobre el suroeste de la ciudad.

—Ahí están los helicópteros —señaló Tony. Y como si alguien —¿Linda? ¿Dios? ¿él mismo?— hubiese formulado una pregunta trabajosa y quizás misteriosa, añadió una pregunta:

—¿Hemos perdido el rumbo, Linda?

Linda siguió mirando por la ventana, y su rostro era inexpresivo.

—Si lo hemos perdido —dijo, por fin—, ocurrió hace mucho tiempo.

—El problema ya no es, si alguna vez lo fue, decidir entre ser cruel o compasivo, sino optar entre dos o más crueldades. Sólo así se explica la persistencia de las religiones.

—Finalmente hemos llegado a la apoteosis del individualismo —dijo Linda—, que consiste en la defensa del individuo concreto. Y el individuo concreto soy yo: no tú, ni mi familia, no mis amantes, no, por cierto, las ratas. Yo. Entonces se rescata al individuo de la masificación destruyendo a la masa. Si hay demasiada gente, hay que destruirla para salvar al individuo. A mí. Entonces es mi crueldad contra otras, Tony. Para mí, ésa es la crueldad menor. Nuestro mundo tiene que aceptar la plena validez del relativismo. La otra solución, que es la misma, como un calcetín vuelto del revés, es la del Imperio Asiático: la glorificación de la masa, de la colectividad; la destrucción del individuo. Pero en aras de ciertos individuos.

—En el fondo es lo mismo.

—Sí. Ese es otro de los grandes secretos.

—Todos anulamos a la masa: ellos lo dicen, nosotros...

—Hay mucho que olvidar para vivir en nuestro mundo.

En el horizonte brotaron pequeños rayos que surgían del cielo, como lápices ígneos, y se clavaban en la tierra. Allí, los lápices estallaban en silenciosas llamaradas de un amarillo rojizo, y, a veces, verdoso. Tony observó que, con la mirada fija en ese hori-

zonte donde cien fuegos tendían a unirse en una sola serpiente pegada al suelo, Linda temblaba ligeramente.

Pasó un brazo sobre el hombro de esta mujer a la que comprendía demasiado bien. Como estudiante, en Europa y Norteamérica, Tony se había embebido en el mundo de Linda King, lo había hecho suyo. Allí no se mataba descaradamente; esos malditos hipócritas podían, todavía, derramar lágrimas (¡y hasta sinceramente!) por las abominaciones que la mala suerte imponía al tercer mundo. Los cholos, los negros, los indios, los zambos, los asiáticos, todos se habían transformado, con sencillez abrumadora, en ratas. Darles la espalda. Olvidarlos. Dejarlos chapalear, más o menos libremente, en su propia obscenidad.

¿Y mañana?

—¿En qué terminará todo esto? —preguntó Tony en voz alta.

—Lee tu Biblia, hermano —musitó Linda—. “Muchos serán los llamados, y pocos los escogidos”. ¿Te acuerdas de esa secta del siglo pasado que anunciaba el fin del mundo y que sólo unos cuarenta mil elegidos sobrevivirían?

—Hubo tantas.

—Hubo y hay. Pero esa secta siempre me pareció la más profética de todas.

Una línea de fuego iluminaba ahora el horizonte. Tony creía sentir el crepitar de casas y cuerpos, el gemir, el gritar de una humanidad sucia y pervertida que ardía en el fuego purificador del Directorio. ¿Dónde estarían los demás directores? En sus casas del sur, algunos repartidos por el país, los demás. ¿Cenando, jugando al ajedrez electrónico, acariciando a sus hijos y a sus perros? Deberían estar aquí, pensó Tony, con nosotros, viendo su teoría convertida en praxis. Las manos sucias, y los codos, y el cuello. Ah, sí, deberían estar aquí, o todos deberíamos estar corriendo con las ratas, buscando alguna covacha de piedra, algún sótano providencial que nos protegiera de la lluvia de fuego de los dioses transnacionales.

¿Estamos pecando contra el plan divino?, se preguntó, retóricamente, Tony, mientras sus manos, prendidas del borde de la ventana, se agarrotaban. Era un bello espectáculo: un lejano mar de llamas, como una casa de muñecas, o una inmensa, infinita hilera de casas de muñecas incendiadas por una banda de niños crueles. Veinte mil millones de seres humanos, y de ellos dieciocho mil millones en este tercer mundo hacinado, en el cual sólo la democracia transnacional, y sus instituciones relativistas ponían un simulacro de orden. La nata sobre el podrido vaso de leche, eso es lo que somos, pensó Tony.

Los puntitos de luz se movieron ahora, y comenzaron a agrandarse. Pocos segundos después pasaban nuevamente al frente de la ventana, silenciosos ángeles camuflados con la resplandeciente D, con sus pilotos y tripulantes extranjeros, mercenarios jóvenes y gallardos que se creaban una posición en el mundo y se retiraban a los veinticinco años. Cuando terminaron de pasar, rumbo a sus bases ocultas como nidos de cóndor, la mano temblorosa y sudorosa de Linda King se entrelazó con la suya y lo arrastró hacia la muflida alfombra. Cayeron a tierra, con fuego detrás de los ojos, y durante varios minutos de tensa angustia, de sensual brutalidad, desvestidos a medias, se odiaron hasta el orgasmo.

cinco

—No creo que debamos ceder —aseveró Hermógenes Crucible, director de asuntos jurídicos de Epesa. Los principales ejecutivos de la empresa se hallaban reunidos, a las diez de otra esplendorosa mañana de enero, en la sala que el día anterior había recibido por primera vez a Linda King. En su carácter de nuevo Director Regional, por Epesa, Tony Tréveris presidía la reunión.

—Es importante que estemos todos de acuerdo —señaló, entonces, Tony—. Los cat-ox se la han tomado especialmente contra nuestra empresa. Y tengo motivos para sospechar, óiganme bien, digo sospechar, que algunos miembros del Directorio Regional pudieran flaquear en este punto. Los estimulantes siguen teniendo una carga emocional para ciertas gentes, e inclusive los Drogadictos Anónimos son un grupo de presión importante en Norteamérica.

—Es otra realidad —murmuró Crucible, jugando con un anacrónico botón de su anacrónico chaleco.

Linda King estaba de pie, mirando por la ventana el increíble azul del océano Pacífico, a diez o doce kilómetros de distancia, y las pequeñas columnas de humo negro y gris que formaban rayas casi verticales, como barrotes de una prisión que la separaran del mar.

—Sí, es otra realidad —repuso Tony—. Hermógenes, quisiera tener ese papel listo para la reunión de esta tarde del Directorio Regional. ¿Estará?

—Por cierto que sí —contestó Crucible—. Está siendo pasado en limpio. Lo dicté, con la eficiencia que me es característica, entre las nueve y las nueve y treinta de esta mañana, apenas recibí tu llamada.

—Me sorprendió que hubieses dormido aquí. No lo sabía. Cuando llamé a tu esposa se sorprendió mucho. Tuve que tranquilizarla, diciéndole que creía que estabas en tu casa.

—Mi esposa y yo —dijo Crucible, con una sonrisa un poco abochornada— constituimos una pareja anticuada. Nos somos fieles.

—Es decir, ella te es fiel —dijo Lamartín, el hombre de las relaciones públicas, con una sonrisa lujuriosa.

—Nos somos fieles —insistió Crucible, enrojeciendo—. Consideramos que el sexo es indesligable del amor.

—Otro candidato a pasarse a los cat-ox —dijo Lamartín.

—Bueno, tu vida privada no me interesa —dijo Tony, cortando lo que amenazaba convertirse en una discusión extemporánea—. Lo que sí me interesa es que, con el pretexto de salvar el orden establecido, no nos desintegren Epesa.

Linda King abandonó la ventana y fue a sentarse frente a Tréveris. Su rostro era una máscara impenetrable y su desacostumbrado silencio pesaba sobre la reunión.

—Entonces, si no hay más que tratar, levanto la sesión —dijo Tony, y agregó—: Quedo a la espera del informe de Crucible.

Un movimiento de pies y de papeles rubricó el fin. Los directores divisionarios salieron y Linda quedó, una vez más, sola con Tony.

Esa mañana habían despertado juntos, a las siete y treinta, con la suave música enlatada que brotaba de algún lugar en el departamento G. Los espejos-ventana no fueron usados y ambos se habían dormido rápida y profundamente. Tan sólo en una ocasión

—Linda vio en su relojito que eran las dos y treinta—, la norteamericana se había despertado, en el ambiente que no le era extraño porque todos estos recintos eran iguales en el mundo entero, incluyendo (según se afirmaba) el Imperio Asiático.

Apoyada sobre un codo, en una de las camas gemelas que podían unirse pero no habían sido unidas, observó largamente a Tony Tréveris. Por la ventana entraba la luz indirecta de una enorme luna, y el rostro levemente crispado de Tony le había parecido de queso, cadavérico y con sombras negro-verduzcas allí donde las protuberancias creaban irregularidades y asimetrías. Tréveris dormía, no como suelen dormir los hombres —pensó Linda—, súbitamente infantilizados, sino como si las cargas del día anterior, nuevas y viejas, se hubiesen establecido firme y permanentemente en y sobre Tony. ¿Podría yo amar a este hombre?, se preguntó Linda, como se lo había preguntado docenas de veces antes en sus treintidós años. Y, como siempre, la respuesta era una repregunta: ¿para qué? Nada se había consolidado, ni siquiera durante una adolescencia prácticamente romántica o románticamente práctica vivida con energía y apresuramiento en un elegante suburbio de Toronto. Linda tenía dos años menos que el siglo —que el milenio— y eso a veces le daba la impresión de estar libre de una carga que parecía pesar sobre los hombros de sus mayores, incluyendo a este simpático sudamericano que hacía bien el amor y se moría mentalmente las uñas.

Alguna vez Linda King había estado, sin embargo, enamorada, y justamente de uno de esos muchachos violentos y heroicos que formaban en los ejércitos voluntarios del mundo. En Africa, en agosto de 2028, había sido derribado sobre esa inmensa ciudad de 400 kilómetros de largo que bordeaba el Nilo desde el Mediterráneo a través del viejo Egipto. Su cadáver nunca fue recuperado: él y el resto de la tripulación habían sido absorbidos, como si nunca hubiesen existido, por el hormiguero humano que él le había descrito en sus vacaciones. Había sido menor que ella, y el Directorio Regional de la Nueva Arabia había condescendido a enviarle también a ella un cordial y triste mensaje de consuelo.

Mierda, pensó Linda King. Y ahora estoy yo misma pululando en el reino de Hades, en el octavo o milésimo círculo de un infierno que nos es cada vez más difícil de controlar. La brecha es ahora casi impasable, pensó. Allí todavía hay jardincitos y niños que comen algodón de azúcar, y crecimiento cero y comodidades que podemos alquilar a millones de trabajadores satisfechos con su semana de tres días y su televisión coloreada y sensorial. Aquí, quedan islotes que pugnan por imitarnos en un mar hostil, y no solamente hostil, sino fiero, salvaje, animal.

Linda se sintió tentada de despertar a Tony y gritarle al oído que huyera mientras estuviera a tiempo, pero calló. Ellos son más fanáticos que nosotros, se dijo. Ellos creen en nuestro sistema más que nosotros mismos: están inseguros, son una pequeña minoría, están aislados y amenazados; esas son las bases de todo buen fanatismo. No hay tipo más patriota que el extranjero recién nacionalizado.

Si supiera... pensó Linda, mirándolo respirar bajo el reflejo de esa luna abandonada ya, tras unos años de inútil esfuerzo por establecer en ella colonias permanentes: si supiera que ya hay quienes piensan en mandarlo todo al tacho, en abandonar el tercer mundo a su estúpida suerte, inclusive en acabar con todo vía bombas N, napalm, láser o una combinación de todo eso y algo más. Si supiera que ya hay quienes, hasta en el Directorio Supremo o en los silenciosos pasillos de los gigantes tecnocráticos del hemisferio norte, sueñan con una incalculable Sodoma-y-Gomorra, con una multiplicación al infinito de ese baño de fuego que ayer desencadenamos sobre unas cuantas manzanas del valle de Lima. Si conociera, este pobre buen hombre que vive en y para la democracia transnacional, que existe un informe reservado del centro de computación de California, según el cual ya va siendo hora de reajustar las clavijas, de readaptar los sistemas de administración —que son, claro está, los sistemas económico-sociales— a una realidad en embrión que él, Tony Tréveris, no puede ver porque tiene la nariz demasiado metida en esa realidad: el surgimiento de una nueva bipolaridad en el mundo, que nada tiene que ver con el Imperio Asiático ni con la política general, sino con el ciego movimiento

de las fuerzas económicas. Ah, se dijo Linda King, mirando al hombre que yacía a metro y medio de ella, profundamente dormido, soñando quizás con su mujer, o sus hijos, o las ratas que salían de sus guaridas ardiendo como antorchas incomprensivas, si este hombre y los que son como él supieran —ellos, que se dan el lujo de actuar sin computadoras políticas— que ya existía ese informe acerca de la formación de nuevas burguesías, en un nuevo mundo, que ellos mismos habían contribuido a crear separándolo y aislándolo, allá en esas profundidades que ellos, despectivamente (y sin razón alguna, como pronto descubrirían) adjudicaban a las ratas. Sí, un nuevo mundo, una terra incógnita, por ahora, pero en la cual las pequeñas artesanías se unían para formar medianas fábricas, en la cual los traficantes, intermediarios, contrabandistas y encubridores se convertían en comerciantes, en una capa digna y respetable que ya pagaba a sus propias y clandestinas fuerzas policiales. Sí, lo sabían, Linda estaba segura, pero no sacaban las necesarias consecuencias: las computadoras sí lo habían hecho.

Aisladas del mundo oficial, separadas por las grandes empresas internacionales del mercado mundial, estas oscuras fuerzas y capas se dedicaban, furiosamente, a una nueva acumulación primitiva. Nacían clases sociales que eran, a la vez, nuevas y viejas, y nacían —como había ocurrido en la revolución industrial, doscientos y más años atrás— rezumando sangre y lodo por todos los poros. El crimen se vestía de gala, asumía formas todavía clandestinas de legalidad, así como, en su momento, la vieja burguesía había nacido en el vientre del feudalismo hasta que, cuando llegó el momento del parto, no había hecho sino asumir el poder político gracias a que ya contaba con el poder económico.

Y después, un hiato, una interrupción, un aborto histórico: el proletariado debía tomar el poder, según los estudiosos, pero no lo había podido o querido tomar. Pocos pudieron explicárselo entonces, y sin embargo, la razón, muy sencilla, era parte de esas mismas teorías que lo propugnaban. Se había intentado poner de cabeza el desarrollo histórico: tomar el poder político para luego

modificar la estructura económica. El resto de ese antinatural intento era la sangrienta broma llamada Imperio Asiático. El poder proletario, recordó Linda de sus clases de historia social, fue un sueño que se destruyó a sí mismo, que nació muerto, porque ningún sector social toma el poder político sin antes dominar las relaciones económicas. Y luego, claro, fracasado el internacionalismo proletario cuando el internacionalismo era una necesidad, el vacío había sido ocupado por el internacionalismo de una superburguesía, de ese supercapitalismo tecnocrático y transnacional que, éste probablemente sí —aquí Linda sonrió—, era la “última y superior etapa del capitalismo”. El viejo imperialismo, el que analizara Lenin, y aun el de la segunda mitad del siglo veinte, no habían sido sino tímidos ensayos para el triunfo total de un sistema que de ninguna manera se había agotado a sí mismo, y que, gracias a ser el primero en dominar no solamente el trabajo de los hombres, sino también sus mentes y su tiempo libre, se sobreviviría perpetuamente. Con cambios, sí, porque el sistema era inestable como todo lo humano, y precisamente por esa inestabilidad era inderrogable.

¿Inderrogable?, se preguntó Linda, viendo cómo la luz de la luna abandonaba el rostro de Tony y reptaba por la alfombra. El “Titanic” había sido inhundible, al menos hasta que desapareció bajo las aguas. No, probablemente nunca habría un sistema inderrogable— pero la ventaja de este monstruoso y flexible capitalismo era que sus posibilidades de adaptación eran casi infinitas. ¿No había aceptado e implementado, acaso, la destrucción de la antigua libre empresa y la implantación de la planificación, gracias a la fusión total de economía y política? ¿No era esto una herejía? Y, sin embargo, aquí estábamos, herejes pero vivos y coleando. Propiedad de todo el pueblo, propiedad de parte del pueblo, propiedad del estado, propiedad de un millón de accionistas. ¿Qué importaba eso, al final de cuentas, si lo que hacía la diferencia era la gestión, la administración, la toma de decisiones? Ella, Linda King, tenía unas cuantas acciones de Stimudrinks, por cierto, pero en el fondo eso tenía muy poca importancia. También tenía acciones su madre, en Toronto, pero a ella le bastaba cobrar sus divi-

dendos dos veces al año, delegar el ridículo poder que eso le daba, y seguir viendo la serie "Amor Lesbiano" en la televisión.

Linda suspiró y su cabeza volvió a posarse en la fresca almohada: se había dormido hasta que un cielo muy azul la había despertado, y su primer movimiento también había desvelado a Tony.

—Buenos días —le dijo ella.

—Días —murmuró él. Miró hacia la ventana—. Dos días seguidos casi sin bruma. Grandes sucesos se avecinan, me imagino.

Ella sonrió y se levantó. El vio su magnífica espalda desnuda, la esbelta figura con la trenza que llegaba al nacimiento de las redondas nalgas, y la deseó violentamente. Ella, como si lo supiera, volteó a sonreírle. Se acercó y se sentó en la cama de él, descubriéndolo. Guiñó un ojo al erecto pene de Tony y le dio un juguetón papirotazo.

—Descanso, joven amigo —ordenó.

El joven amigo, como era de esperar, no hizo caso y continuó desafiando al mundo.

—El desayuno primero —añadió ella, y volvió a cubrir el vientre de Tony. El sonrió complacido a su propia erección que ahora formaba una carpa. Extendió la mano, apretó un botón, y ordenó rápidamente, tras consultar con Linda, un desayuno de jugos, café, huevos revueltos con tocino y pan.

Solos otra vez, en la sala de sesiones, Tony y Linda se miraron a los rostros, y algo que vieron en los ojos del otro los hicieron apartar los propios.

—Habrá que esperar el informe de Crucible —dijo Tony.

—Sí.

El pesado silencio —el silencio de quienes se encuentran, de pronto, ante la necesidad de tomar una decisión trascendental y se descubren incapaces de hacerlo— fue interrumpido por el scanner. Llamaba Miranda, desde la sede del Directorio Regional.

—Buenos días, Tréveris. Hola, Miss King —añadió, al divisarla al fondo—. Les comunico que acabamos de recibir un mensaje

del Sínodo, firmado por un tal Cardenal Negro (me foquean estos nombres de conspiradores de televisión). Están dispuestos a venir a hablar con nosotros.

—Excelente —dijo Tréveris, por responder algo.

—Sí —dijo Miranda—. Dejé más o menos claro, espero, que son ellos los que nos están pidiendo audiencia. No es que haga una gran diferencia, pero un sujeto que se apoda Cardenal Negro debe ser sensible a las finezas del protocolo, je, je. Bueno, pues, este cardenal, sea cual fuere su color, estará para la reunión de las cinco.

—Bien —dijo Linda, acercándose—. Esto está muy bien. Será una excelente ocasión para exponer los intereses de Stimudrink. Y propongo que la que habla esté ausente.

—¿Por qué? —intervino Tony.

—Oh, yo creo que es mejor así. Estos fanáticos suelen ponerse histéricos al ver gringos. Lamentable pero inevitable herencia de tres siglos de nacionalismo. Que sea un asunto puramente regional.

—Vamos, Miss King —aseguró Miranda—. Esas son sutilezas que se perderán entre esos imbéciles.

—Pues que se pierdan, pero que no se arruine una lejana posibilidad de pacificación por un alarde inútil de "dependencia externa". Usted sabe que yo no me puedo quedar callada. Asuman ustedes la máxima autonomía y autoridad posible ante los cat-ox. Eso solía llamarse "no ingerencia en asuntos internos".

—Quizá no sea mala idea, Gabriel —dijo Tony.

—Bueno, hagan lo que quieran. Es su negocio. Entonces, te veré a las 17, Tony. Adiós, Miss King.

—Aprovecharé para darme una escapada y comprar algunas cositas. ¿Qué es de tu secretaria? ¿Podría acompañarme?

Tony hizo un cambio en el scanner.

—Señorita Ferrari —llamó.

El rostro hermoso y un poco ojeroso de Marina, apareció.

—Buenos días, señor Tréveris —saludó—. Le ruego disculpe mi tardanza. El helicóptero tuvo que dar un rodeo enorme para llegar aquí. Anoche...

—No me había dado cuenta de la tardanza. La honestidad te pierde.

—Fue atroz lo de anoche en Miraflores. Parece un pedazo de la luna, pero negro.

—Todo está bajo control y en vías de solución. Dime, ¿te gustaría acompañar a la señorita King esta tarde?

—Ah, buenos días, señorita King —dijo Marina, al entrar Linda a su imagen—. Por cierto que me gustaría. Todo lo que sea un cambio de rutina...

—Bien, avisa a la guardia que...

—No, no —interrumpió Linda—. No quiero tener a diez idiotas uniformados siguiéndome al tocador de señoras.

—Pero, Linda —dijo Tony— no pretenderás que dos mujeres solas, de tu condición...

—Bah, no voy a ir a los barrios bajos. Voy de compras, con la amable guía de la señorita... ¿cómo es?

—Ferrari —dijo ella—. Marina, por favor.

—Bien, con Marina, y durante un par de horas no queremos ver a ningún hombre a menos de cincuenta metros de distancia si es posible. Sólo un par de horas, naturalmente.

—Podemos ir al centro comercial de Pucusana —dijo Marina—. Yo vivo allí, es un sitio tranquilo, bien servido. ¿Qué anda buscando en especial?

—Oh, algo de ropa típica de la región, algunas cosas que interesan a las mujeres, en fin... Maldita sea, no todo puede ser trabajo en este maldito viaje.

—No hay problema —dijo Marina.

—Pero yo quiero que acompañes a Linda de regreso —dijo Tony.

—Por Dios, Tony Tréveris —dijo King—. Pareces un papá del siglo pasado. Entretanto hemos tenido una presidenta de los Estados Unidos, y eso significa que las mujeres ya sabemos hacer piñatas. Basta que me mandes ese pequeño helicóptero tuyo a las 19 horas y listo. Mejor a las veinte. No me gusta que me pongan nerviosa cuando estoy escogiendo mis calzones.

—Bien. Quedamos en salir juntas a las 16 —terminó Marina Ferrari—. ¿Algo más, señor Tréveris?

—Nada, señorita Ferrari. Ponte otra capa de esmalte en las uñas.

La imagen se desvaneció y ambos quedaron con la mirada fija en la opaca superficie por dos o tres segundos más de los necesarios. ¿Qué ocurre?, se preguntaron, internamente, y la respuesta les pareció abrumadora e inaceptable. Una cosa era el sexo y otra enamorarse, por cierto. A la humanidad le había costado enormidades aceptar ese simple hecho natural. La maravilla de maravillas era, por supuesto, la combinación de ambas cosas, pero también era maravilloso ganar en la lotería universal, ese divertido juego que consistía en comprar un billete con unas cifras coincidentes con las que un robot humanoide extraía de un ánfora: la única aplicación práctica que — pese a Isaac Asimov y otros célebres autores del siglo anterior— se había hallado para los robots que imitaban la forma humana. Con la notable excepción, claro, de los sexorrobots, pero éstos no solían aparecer en el visodiarario. Por lo demás, los sexorrobots, que no eran sino una versión mejorada de las muñecas sexuales que aparecieron en los años sesenta y setenta, ilustraban a la perfección el carácter plenamente autónomo del sexo. Autónomo del amor y, mucho antes, de la reproducción. Que la gente aprendiera a aceptar su propio cuerpo, tras la larga indigestión occidental del judeo-cristianismo tradicional (más la indiferencia más o menos forzosa en el oriente), no había sido fácil, y sólo tuvo bases sólidas tras la revolución de los anticonceptivos y el consiguiente influjo del feminismo. Y pese a todos los vaticinios pesimistas de una generación de hombres asustados, éstos y las mujeres no habían dejado de copular.

Pero el amor era otra cosa. Ligado al sexo, como antes, lo trascendía verdaderamente al dejar de ser zarandeado como excusa para el coito. Ahora la gente podía amarse (y no solamente los hombres a las mujeres y viceversa, sino también los hombres y las mujeres entre sí), porque la extensión cada vez mayor de la bisexualidad y de la homosexualidad había tenido, entre otras consecuencias, la de una ampliación igual de la capacidad amorosa. Sexo y amor eran, ahora, vías paralelas que a veces se juntaban, y resultaba difícil comprender que alguna vez no hubiese sido así. Uno o una se enamoraba, entonces, y el sexo —siempre presente, aun entre parientes y amigos que se amaban, porque también el tabú del incesto se desintegraba—, era más o menos importante en cada caso, pero de ninguna manera era el factor determinante. Es más: la sexualidad, masculina y femenina, esencialmente múltiple y polimorfa, podía desvanecerse, abarcar a otras personas (como el amor, autónomos ambos) o ampliarse, igual que antes pero ahora a plena luz y con plena aceptación social.

Enamorarse ahora, pensó Tony, era un problema, y no por Doris o los niños (la actitud al respecto era libertaria y ello mismo disminuía apreciablemente el antiguo sufrimiento: no había, en casos normales, “abandono”, y nadie consideraba que amar a una nueva persona significase necesariamente dejar de amar a la anterior), sino porque Linda King no iba a quedarse en Lima ni él tendría una razón comercial para irse al territorio norteamericano.

El problema era, pues, estratégico y no táctico. No había ningún motivo, pensó Tony, para que Linda cediese por ser mujer —el pensamiento no dejó de provocarle cierta envidia reaccionaria— y, en todo caso, sería él, como subordinado en la empresa, quien podría perfectamente ser enviado al Directorio Supremo: para ser precisos, a la seguramente encantadora Mobile, Alabama.

¿Llevaría también a Doris y a los niños? Sí, claro, así tendría que ser. Linda King sería la última en oponerse. ¿Amaba todavía a Doris? En cierta forma rutinaria, sí. Pero además adoraba a los niños. Linda no tenía cara de desear hijos propios. Bien,

Tony Tréveris ingresaría a la ya multitudinaria cofradía de las personas que convivían en triángulos, cuadrángulos o, como se decía a partir de cinco, comunas. Esto no lo entendería una vieja tortuga como Hermógenes Crucible, pero ¿a quién le importa lo que piense un hombre que usa chaleco?

—Linda... —comenzó, mirándola a los ojos.

—Sí.

—He estado pensando...

—¿Sí?

Tony se mordió una uña, ante la mirada divertida de Linda, que gozaba de cada segundo en esta escena.

—¿Tú crees que uno pueda enamorarse de alguien a quien conoce menos de veinticuatro horas?

—Bueno —repuso Linda, con la atención clavada en sus propias uñas, en una de las cuales descubrió una mota de polvo, o lo que fuese—, la literatura ha estado viviendo de cosas así durante siglos.

Una súbita timidez pareció, de pronto, invadir a ambos. Comprendieron, sin expresarlo, que la liberalización del sexo había hecho mucho más precioso al amor. Se podía copular fácilmente: amar era una auténtica, libre responsabilidad, especialmente desde el momento en que —¡la superestructura enloquecida!— librado de la noción de exclusividad y por tanto de los celos, podía asumir plenamente una espiritualidad que en siglos anteriores había sido cantada obsesivamente debido a su ausencia.

—Salgamos —dijo Linda, y le cogió de la mano.

—¿Dónde vamos? —preguntó Tony, dejándose llevar.

—Quiero conocer mejor tu ciudad.

—Es una porquería.

—Ya lo sé. Pero es *tu* porquería.

Bajaron hasta la planta inferior y salieron al gran patio y luego cruzaron las rejas ante la vista de los asombrados guardianes.

—Señor Tréveris —se acercó uno de ellos—. ¿Desea usted una guardia personal?

—No, está bien así.

—Pero, señor. . .

Tony, sintiéndose ligero e irresponsable al lado de Linda, cuya túnica celeste flotaba en el suave y caliente viento, hizo un gesto con la mano y el guardia volvió a su puesto.

—¡Al hell con todos! —exclamó Linda—. No se puede vivir prisionero toda la vida. Seremos como esos reyes de los antiguos cuentos, que se disfrazaban de mendigos para mezclarse con el pueblo.

—No estamos disfrazados —atinó a decir Tony, sin interrumpir su marcha por las calles vacías de transeúntes, rumbo al río.

—Ven, vamos a los bajos fondos, a bailar un tango apache.

—¿Un qué? —preguntó él.

—Un baile obsceno, pecaminoso, propio de mujeres perdidas y rufianes.

—Por Dios —dijo él—. ¿Todas las canadienses son así?

—Gracias por acordarte de mi patria muerta —respondió ella alegremente—; gracias, querido peruano.

El sol caía ahora sobre ellos casi verticalmente, mientras rodeaban agujeros y resquebrajaduras en el viejo pavimento, ante la ocasional mirada asombrada de los pasajeros en los pocos automóviles que flotaban velozmente a su lado. Llegaron al Rímac. Se inclinaron sobre la baranda a mirar el agua barrosa del verano, y la mano de Tony se posó sobre la de Linda.

—Sí —dijo ella, y respondió a la presión.

—Espera —dijo él—. Voy a pedir el auto, y cruzaremos al otro lado.

—Si te parece.

—Sí. A pie y sin guardia no duraríamos cien metros en esa zona.

Extrajo el mini-scanner del bolsillo derecho de su ligera chaqueta e hizo la llamada. En la pantalla de tres centímetros apareció la central de Epesa.

—Aquí Tréveris —habló Tony al aparatito—. Estoy en el malecón del Rímac, esquina de la calle... a ver... Trujillo. Hágame el favor de disponer que me envíen mi auto.

—De inmediato, señor Tréveris —dijo la vocecita metálica en su mini-scanner.

Tony lo guardó y esperaron, mirando esa otra orilla silenciosa y vacía donde comenzaba el viejo centro de Lima, ese trozo de historia desintegrada donde, en 1535, un ex-porquerizo español había fundado una ciudad sobre la tierra de los marangas. Todo parecía deshabitado, irritantemente muerto bajo el ardiente y despiadado sol.

El Gemelectric se detuvo a su lado, seguido de un pequeño vehículo bipersonal del servicio. El guardia que guiaba el coche de Tony saludó, entregó las llaves, subió al otro vehículo y desapareció. Linda y Tony abordaron el Gemelectric, que volvió a elevarse ligeramente sobre la pista y enrumbo hacia el puente.

—Linda, te presento a la vieja Lima —dijo Tony cuando dejaron el puente y pasaron por la plaza de armas, inmediata al río—. Lima, ésta es Linda King.

Esta inclinó graciosamente la cabeza.

—Antes la plaza no daba al río —explicó Tony—. Entre ambos estaba el palacio del gobierno nacional. Luego se amplió el cauce para recibir el agua suplementaria del río Mantaro, que antes estaba en la vertiente oriental de los Andes. Esa es una de las bocas del metro, del ferrocarril subterráneo que nunca se llegó a concluir.

El negro agujero en un pequeño bunker estaba cerrado por un portón de madera desvencijada.

—Miles viven en esos túneles por los que jamás llegó a pasar un tren.

Linda sacudió su trenza.

—¡Qué despilfarro! —exclamó.

—Cuanto más pobre un país, mayor el despilfarro —dijo Tony—. Y, a propósito, ¿esa trenza es natural?

Linda rió.

—¿Tú qué crees?

—Que sí.

—Pues es no. Es un trasplante reversible.

—Hubiera preferido no saberlo.

—Yo respondo a todas las preguntas. ¿Crees realmente que una asesora tendría tiempo de estar cuidando una trenza natural y además querría condenarse a un solo peinado toda su vida?

—No sé.

—Supongo que acabo de destruir otra ilusión masculina.

—¿Por qué "otra"?

—El no haber sido virgen cuando me conociste.

Tony estalló en una carcajada que coincidió con la de ella.

—Hoy es tu día medieval, ¿verdad? —preguntó al fin.

—Así me pongo cuando me enamoro.

Tony la miró. Detuvo el coche. La abrazó lenta, decididamente y ambos se besaron largamente. Iba a decir algo que seguramente habría sido conmovedor, cuando su mirada quedó paralizada en la esquina más próxima, a menos de veinte metros de distancia.

Por la calle, a pleno sol del mediodía, avanzaba una horrible procesión: bajo una tosca cruz de madera, se arrastraban hacia ellos decenas, quizás centenas de niños lisiados, pálidos y sucios, murmurando una jerga incomprensible. Los ojos de Tony y de Linda reflejaron el horror de esas criaturas débiles y harapientas, guiadas por un sacerdote de hábito negro, que les hacía avanzar restallando un látigo que se cebaba en las espaldas de los niños y niñas más cercanos a él.

Tony Tréveris y Linda King volvieron a la realidad.

seis

—¿Quiénes son? —murmuró Linda.

—Una cosa es saberlo, otra verlo —respondió, también en un murmullo, Tony—. Son los flagelantes.

—Pero...

—Pertenecen a la secta de los culteranos, que algunos consideran una especie de tropa de choque de los cat-ox, pero no lo sabemos con exactitud.

La horrenda caravana comenzó a pasar al lado del coche detenido. Los seis o siete niños que cargaban la cruz, de un material indefinible pero a todas luces pesado, se arrastraron al lado de Tony y Linda, moviendo constantemente los labios resacos y emitiendo el cántico cuyo significado no se podía comprender y quizás no existía. Tras ellos venía el sacerdote, un hombre grueso, alto, de piel cenicienta y ojos fanatizados, y que dirigió apenas una mirada hostil al Gemelectric y a sus ocupantes. Luego venían más y más niños, algunos con primitivas muletas, otros con vendajes sucios y amarillentos de sangre y pus, pero todos con heridas, llagas o deformidades. El chirriante ruido que producía la base de la gran cruz al ser arrastrada continuó oyéndose cuando ya ésta se hallaba a más de cien metros de distancia. Continuaban pasando los flagelantes, toda una multitud compuesta exclusivamente

por niños de mirada vaga y movimientos mecánicos, siempre iguales.

—Van drogados —dijo Tony.

—Me dijeron: hay que tener estómago para ir al Tercer Mundo. Es cierto —dijo Linda.

—Creen que toda enfermedad, que toda deformidad, es signo de pecado y maldad. Sus predicadores afirman que la obra de Jesucristo ha sido anulada ya por los pecados del hombre, y que ésta es, en efecto, Sodoma y Gomorra, un purgatorio que merece el fuego y el látigo divinos. Dicen que solamente un sufrimiento insostenible y duradero puede mover a Dios, quizás, a enviar nuevamente a su hijo a este valle de torturas que nos hemos fabricado.

—Pero, ¿los niños? —preguntó Linda, cuando ya pasaban los últimos, arrastrando los pies descalzos por el ardiente pavimento quebrado, aparentemente indiferentes y ciegos.

—Los drogan —respondió Tony—. En eso consiste la única misericordia a que los hombres pueden atreverse.

—Parece una secta financiada por Stimudrinks.

—El cinismo no te queda bien —respondió secamente Tony.

Escuchaban aún el lejano chirrido de la cruz que jamás se detenía, y el murmullo informe, y el arrastrarse de los pies que sonaba como una succión y un débil aplauso, con lo que contrastaba el ocasional restallar del látigo.

—De aquí van a uno de los templos, o vienen de él —dijo Tony—. Las cosas a que se les somete allí resisten toda descripción.

—Sí, algo he leído —dijo Linda—. Ven, vámonos.

—¿Quieres volver a Epesa?

Ella vaciló.

—No. Sigamos.

Tony puso en marcha nuevamente el coche, y se perdieron por un dédalo de callejas que en parte eran las vías antiguas y en parte eran nuevas. Toda la zona parecía mil veces bombardeada, destruida por terremotos e incendios; hediondas edificaciones enne-

grecidas y rezumantes de algo que parecía una pátina grasa como aceite usado. Pero ahora comenzaron a ver a los habitantes, a las ratas, que se movían —y esto sorprendió a Linda— con la indiferencia o determinación propias de seres humanos dedicados a actividades quizás desagradables o rutinarias, pero normales. Por alguna razón había esperado que todas estas personas (todas estas ratas, se repitió), se parecerían a los edificios en que vivían y al aire, permanentemente apestando por basuras y fuegos, en que nacían, vivían, trabajaban o delinquían y morían.

Cuando comunicó esta sorpresa a Tony, éste comentó:

—¿Qué quieres? Bastante se ha dicho de la capacidad de habituación del ser humano. Recuerda que, para ellos, ésta es la vida. No hay otra. Me imagino que acaban por resignarse o alzarse en armas. No hay nada intermedio entre ambas reacciones.

Linda lo miró, con expresión incrédula.

—No estoy muy segura, Tony —replicó—. En el Directorio Supremo estamos seguros de que, por el contrario, hay quienes, muy apropiadamente, acumulan y crecen.

—¿Qué quieres decir?

—Nada especial, excepto que entre el conformismo y la rebelión activa hay una tercera fuerza que no podemos medir exactamente, pero que está allí y crece. Mira.

Señaló una especie de portón, abierto, en lo que debía haber sido una gran tienda o almacén medio siglo atrás. Aún se veía, a medias destruida, una inscripción incompleta: NTERREY. Entraban y salían lo que sin duda eran clientes.

—Bueno, es evidente que quince millones de personas, aun exceptuando al millón o dos que estamos por encima de la ratería, no pueden vivir sin producir y sin distribuir lo que producen. Pero estoy seguro —estamos seguros— que todo esto es pura artesanía.

—En primer lugar —dijo Linda—, ¿están realmente seguros que son sólo quince millones? En segundo lugar: ¿pueden sobre-

vivir quince millones, o diez, o veinte, sólo con una producción artesanal y con pequeñas ventas individuales?

Los transeúntes sólo dedicaban una breve mirada al Gemelectric, aunque algunos chiquillos pugnaban por acercarse, y Tony tenía que guiar muy despacio.

—No sé si serán 14 ó 16 millones, Linda, y te aseguro que no tiene importancia. Y en cuanto a lo segundo, no apliques tu mentalidad postindustrial a esta parte del mundo. Recuerda la rebelión de los ambulantes y revendedores, en... ¿cuándo fue?... 1990, o por ahí, es decir, durante décadas estas ciudades funcionaron en una curiosa reversión como la que te estoy describiendo. En el Tercer Mundo todo es posible, y cuanto más heterodoxo, más factible.

—¿Por qué administran ustedes sin recurrir a la computación política? —preguntó, en forma aparentemente disconexa, Linda.

—¿Eh? Ah, eso. Bueno, mira, también eso pertenece a nuestra mentalidad. Tenemos el orgullo de creer que el cerebro humano sigue siendo superior a las máquinas, y que nuestra realidad es difícil de computar. No hay verdadera lógica ni comportamientos realmente racionales en el Tercer Mundo. Eso sólo lo descubrí viviendo entre ustedes. Cuando hay cierto nivel, o mejor dicho, cierto subnivel de existencia humana masificada, las multitudes revierten a comportamientos prehumanos. No es un simple chiste que los llamemos ratas. Se comportan como esas ratas de laboratorio a las que se sometía a experimentos de hacinamiento y estrechez, y que reaccionaban psicóticamente, mordiéndose a sí mismas y a las demás. Ahí no hay nada que computar.

—Grave error —dijo Linda—. Un grave error que les puede costar la cabeza, y una incompreensión asombrosa, Tony, de lo que es la cibernética política. Es precisamente el comportamiento irracional masivo el que exige la computación, porque las coordinadas entre administrados y administradores son antagónicas e inconciliables.

Tony Tréveris respondió con un gruñido.

—Puede que tengas razón.

—Sí, y también puede que sea demasiado tarde —respondió ella.

—¿Demasiado tarde?

—Así es. Porque el único puente posible entre comportamientos antagónicos o divergentes es la inteligencia no humana. Tony, todos los vacíos se llenan de alguna manera, en física y en política. ¿Cuál será ese puente? Porque si no lo hay, o ya no existe forma de cruzarlo, no queda sino la dominación brutal de uno de los factores en juego sobre el otro.

—Bueno, nosotros estamos ejerciendo esa dominación.

—Tony, si en algo nos diferenciamos, o pretendemos diferenciarnos, de *todas* las sociedades anteriores, no es en nuestros aparatos ni en nuestra supermecánica, que, después de todo, no son sino desarrollos de lo que ya existía el siglo pasado. No, Tony. Si en algo nos diferenciamos es en la aplicación consciente de nuestros conocimientos históricos por medio de una racionalidad política, económica y social que nos advierte, permanentemente, cuando estamos a punto de repetir un error de las sociedades anteriores, llámense feudalismo, capitalismo nacional o colectivismo. Esa es la contribución de la computación política a la historia. Y si ustedes, por sabe Dios qué motivos, le dan la espalda...

—¿Qué? —preguntó Tony, atento a no atropellar a unos chiquillos que corrían delante y al costado del Gemelectric, escupiéndole entre risas.

—Acabarán convirtiéndose en un simple despotismo tradicional. Y eso no es solamente inhumano, sino que es malo para los negocios, Tony. Muy malo para los negocios.

El la miró brevemente y retornó su atención a la calle ante él. Los muchachos habían abandonado la persecución, y pudo acelerar un poco.

—Recuerda —prosiguió Linda— cuáles son nuestros fundamentos: libertad, internacionalismo y consenso. Y *consenso*, Tony. Aunque sea inducido.

Pasaron ante lo que evidentemente era una de las oficinas de la Agencia Regional para el Control Natal. Un cartel en la puerta proclamaba: DIOS TUVO UN SOLO HIJO. Algunas mujeres esperaban sus turnos, sea para la esterilización, sea para la aplicación de algún dispositivo intrauterino.

—Ningún hombre —comentó Linda, haciendo una mueca de desagrado.

—Es aún más difícil convencerlos que a las mujeres.

—El latin lover nunca muere —dijo Linda.

—Hace unos momentos juraría haber escuchado decir a cierta gringa que se había enamorado de uno.

—Y bien que le pesa —respondió ella.

—Vamos, vamos —dijo Tony, palmeándole un muslo—. ¿Sólo porque esta pequeña oligarquía local disgusta a los patrones transnacionales?

—Oh, Tony —dijo ella, volteando a mirarlo de frente—. ¡Ven-te conmigo al nortel

—¿A Mobile, Alabama?

—Donde sea, pero lejos de aquí.

—Difícil decisión para un hombre que, a instancias tuyas, acaba de ser nombrado, hace pocas horas, Director Regional. ¿Qué es-cojo? ¿El trono o mi felicidad?

Ella se mordió los labios y calló. Una anciana, desde la vereda destrozada, les ofrecía, brazo en alto, billetes de alguna indefinible lotería.

Más allá paseaban dos hombres de aspecto duro y musculoso, con fusiláers al hombro. Iban relativamente bien trajeados, y al lado izquierdo llevaban un brazalete negro con una cruz plateada.

—La policía —dijo Linda, señalándolos.

—Es la de ellos.

—¿Y eso no te preocupa?

El la miró, extrañado.

—¿Preocuparme? Por el contrario. Si ellos organizan una especie de policía particular que coopera con la nuestra, ¿qué más podemos pedir?

Linda volvió a mover la cabeza, como negándose a aceptar lo que le parecía una tontería.

—Cooperará sólo hasta que ya no necesite hacerlo.

—¿Eso es lo que dicen tus dichosas computadoras?

—Eso es lo que dicen. Y también dicen que ese momento ya no puede estar muy lejano. Como siempre, la necesidad se busca o se construye sus herramientas.

—¿La necesidad de quién?

—La de la nueva clase.

Tony giró hacia el oeste en una de las callejas más allá de una mole de concreto que proclamaba haberse llamado Sheraton.

—Aquí hubo un parque —señaló Tony, mostrando algunos muñones de árbol secos entre las chozas de madera y latas—. Toda esta zona sufrió mucho en el asunto de los vendedores ambulantes.

El no había nacido aún, o acababa de nacer, no lo sabía ya con exactitud, pero su infancia estuvo llena de historias de terror como la de la gran destrucción de lo que entonces, pese a todo, todavía era —al menos simbólicamente— el centro de Lima. En verdad, ya hacía décadas que habían aparecido nuevos polos de concentración comercial como los de San Isidro, el de Miraflores, el de Maranga y otros en formación. Y más tarde surgirían centros aún mayores, siempre acompañando a los prósperos en su fuga al sur, particularmente el de Pucusana, el mayor de todos. Pero por algún motivo, en parte sentimental, en parte puramente inerte, el viejo centro había luchado denodadamente por sobrevivir, realizando obras de renovación urbana y ofreciendo incentivos tributarios.

Todo eso, según le había relatado su madre, se fue al incinerador con la guerra civil localizada (porque eso había sido) que

sacudió durante dos semanas enteras ese viejo centro a fines de los años ochenta o principios del noventa.

Durante dos semanas se había combatido, asesinado, saqueado en calles, plazas y edificios: todo había comenzado con un "sit-in" más o menos pasivo de decenas de miles de vendedores ambulantes que bloqueaban las entradas de las tiendas y edificios. Cuando la policía, impotente, se dio por vencida, intervino el ejército y se produjeron las primeras muertes. Cuando éstas pasaron de doscientas, se paró de contar. Afluyeron decenas de miles, probablemente centenas de miles de pobladores de las barriadas y de los tugurios al gran saqueo: a los pocos segundos de retirarse el ejército y los infantes de marina de una esquina, ésta volvía a llenarse de hombres, mujeres y niños hambrientos, con los ojos brillantes y las bocas húmedas, que se disputaban las relativas riquezas aún disponibles o, al no encontrarlas, se dedicaban a una entusiasta destrucción que abarcaba hasta los ladrillos.

Ingresaron a los almacenes y a las tiendas pequeñas, a los hoteles de lujo y a los cines (de los cuales se llevaron las butacas y hasta los inodoros); talaron los árboles y rompieron las estatuas; en las puertas de los bares, sobre las veredas resbaladizas de cerveza y de sangre, se revolcaban hombres y mujeres en una indescriptible orgía de alaridos y gruñidos.

Durante muchos años, los sociólogos locales y los venidos de fuera se disputaron la interpretación y el pronóstico y, si bien ésta no fue la primera vez en que el mundo comprendió lo que sobrevendría si las cosas no cambiaban a fondo en el Tercer Mundo, por cierto que las pocas dudas al respecto se terminaron. La destrucción del centro de Lima no fue la única en su género, pero tuvo el triste honor de ser la primera, a excepción de los horrores hindúes pocos meses antes.

La madre de Tony había meneado la cabeza con tristeza, en la hermosa casa aislada de las Casuarinas. Lima, dijo, nunca se repuso de ese golpe. Para ella, como para los de su generación, "Lima" era ese antiguo centro que se había hundido para siempre en la historia. Recordaba aún la relativa tranquilidad y limpieza

de los años setenta, y su propia madre, la abuela de Tony, le había descrito, ante su incredulidad, la maravilla de esta bella ciudad en los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Fue por esa época que la capital del Perú alcanzó su primer millón de habitantes. La basura de hoy se había tragado también ese idilio.

—¿Sabes? —dijo Tony—. Esta es la primera vez que recorro esta zona sin protección desde mi niñez. Las vías expresas son más o menos seguras, pero durante décadas hemos tenido horror a estas callejuelas. Veo que nos equivocábamos.

—Quizás —respondió Linda.

—¿Por qué dices eso?

—Porque quizás no hayan estado equivocados, y lo que haya cambiado es la realidad.

—Hmmm. ¿Tú crees...?

—No sé, pero se me ocurre que tus famosas ratas, en estos años, pueden haber estado ocupadas en crearse un nuevo orden.

—¿Sin nosotros?

—Sin, y a lo mejor, *contra* ustedes.

Tony pensó un instante.

—Quizás realmente nos hayamos aislado demasiado. Ni siquiera se da a conocer públicamente el nombre de los Directores Regionales. Apuesto a que no más de cien o doscientas personas saben que desde ayer existe un Director llamado Antonio Tréveris.

—¿Todo esto no te dice algo? —preguntó Linda mirándolo fijamente.

—¿Como que es necesario un cambio de política?

—Como que ya es tarde para un cambio de política —Linda le cogió una mano y se la apretó—. Tony, por favor, vámonos. Te amo. Quiero que vengas conmigo.

—Yo pienso que también te amo, Linda. Pero déjame pensarlo. Por lo pronto, lo que necesitamos es almorzar. ¿No tienes hambre?

Ella volvió a reclinarse en su asiento y a mirar fijamente hacia adelante.

—Sí, vamos a almorzar —respondió con voz hueca.

Ni siquiera al pasar frente a una de las covachas de placer, con sus muñecas sexuales masculinas y femeninas imitando diversas posturas del coito ante la puerta, cambió de expresión.

Cuando llegaron a Epesa, Linda fue a darse un baño y se negó a dejar que Tony la acompañara en la ducha. El lo achacó todo a la terquedad de una gringa engreída que había querido comprarse rápidamente un macho sin conseguirlo. Se encogió de hombros, fue a su propia oficina y resistió abnegadamente a la tentación de desquitarse con un sexibaño interpretado por él y Marina Ferrari.

Veinte minutos después almorzaban en el departamento G, no sin que Tony hubiese llamado a Doris a Mala, informando y escuchando que todo andaba OK, aunque su esposa había optado por no mandar a los chicos a la escuela: había desagradables rumores en todo el barrio, que habían sido capaces de romper el tradicional aislamiento de los residentes. Como cien años atrás, las mujeres —o los hombres— que se habían quedado en casa, chismeeaban de muro a muro. Doris le dijo que se hablaba de cien mil muertos en el viejo Miraflores, pero él la tranquilizó diciéndole que se trataba de una gran exageración, aunque no hubiese podido jurarlo.

El almuerzo fue un poco penoso por el obstinado silencio de Linda King. A los postres, Tony le cogió firmemente la mano y le pidió que lo soltara todo de una vez.

—¿Es que esperabas que yo saltara inmediatamente y te dijera que iba contigo? —preguntó.

Ella meneó la cabeza.

—No puedo decirte más de lo que te he dicho, Tony, y ya es demasiado. Ahora habrá que esperar a que otros factores te convenzan de que deseo lo mejor para ti. Y para mí.

—Pero comprende una cosa, Linda. No me gusta huir. Creo

que las cosas no son tan graves como tú supones. Yo conozco a mi gente y a mi país. Y, aún si lo fueran, ¿cómo puede un Director Regional presentarse a una reunión de administración pública y decir: adiós, muchachos, he decidido mudarme a Mobile, Alabama, con esta gringa que me ha sorbido el seso y ya les enviaré una postal? Ah, y en el cohete de mañana mándenme a Doris y a los chicos porque yo estoy apurado.

—Tu esposa y tus hijos no son un problema. Hay sitio de sobra en Mobile, porque allá no nos hemos reproducido como unos malditos conejos. Y en cuanto a tu no menos maldito trono recuerda que no eres un parlamentario ni un ministro de estado del siglo pasado, sino un delegado de la empresa, y es la empresa la que sigue decidiendo qué es lo que debes hacer y dónde.

Tony hurgó en la compota de fresas y luego dijo:

—La figura sigue siendo un poco indecente.

—¿Y a ti que mierda te importa, condenado macho latino? ¿Te da vergüenza, como a tus antepasados, que sea una mujer la que tome la iniciativa?

—Si está basada en que es mi superior jerárquica, sí.

Linda levantó los brazos y los dejó caer, desalentada. Se limpió la boca con la servilleta de plastipapel, sacó un espejito y un lápiz de labios azul oscuro de su bolso y se dedicó a poner su boca a tono con la túnica celeste que llevaba.

Sin decir nada más a Tony, pulsó el scanner que había en la mesita y llamó a Marina Ferrari.

—Hola, Marina —dijo—. ¿Ya terminaste de almorzar?

—Sí, Miss King —respondió Marina agradablemente.

—Dime Linda, por favor. Ya estoy harta de la solemnidad sudamericana.

Marina sonrió.

—¿Ya está todo listo? —preguntó Linda.

—Cuando tú digas.

Linda se incorporó, miró a Tony brevemente.

—Si no tienes inconveniente, voy a revisar con tu secretaria los libros de la compañía. Es sólo un vistazo provisional, aprovechando que tenemos una hora en blanco antes de salir de compras. ¿Ok, Marina? —añadió, dirigiéndose al scanner.

—Claro —dijo Marina—. ¿Le llevo el microfilm?

—No, yo voy a la biblioteca. No me interesa sino el de las tablas sintéticas de ventas, los gráficos. No hay tiempo para más. Y creo que estaremos más cómodas allá.

Cortó la comunicación. Tony se levantó y comenzó a acercarse a ella. Ella hizo un gesto para detenerlo, cortés pero firme.

—Nos veremos esta noche —dijo, y salió apresuradamente del departamento.

Tony se sentó en un sofá. Encendió un MariBaco y se entretuvo observando las volutas de humo que ascendían al techo y eran absorbidas por el extractor.

Debió haberse quedado dormido, porque se sobresaltó al escuchar el zumbido. Conectó y ante él apareció el grueso rostro de Gabriel Miranda, Presidente del Directorio Regional.

—¿Tony? —dijo—. Te estamos esperando.

Tony miró su reloj. Maldita sea, eran las cinco y cinco.

—Perdóname, me quedé dormido —dijo.

—Feliz tú —respondió Miranda y cortó.

Pocos minutos después Tony Tréveris ingresaba a la gran sala central del complejo administrativo dentro del cerro San Cristóbal. Tras disculparse por la tardanza, se sentó.

—De todas maneras no es demasiado grave —dijo Miranda, revisando unos papeles. Extendió uno a Tony—. Hemos recibido un mensaje del sínodo de los cat-ox, aceptando una entrevista nuestra con su jefe. Si observas la firma del documento...

El documento estaba rubricado por "El Cardenal Negro".

Tony devolvió el papel con una sonrisa torcida.

—Infantil —murmuró.

—Sí —respondió Miranda—. Y efectivo por eso mismo. Ese sentido teatral de la política es una de las cosas que nos faltan.

—Por favor, Gabriel —exclamó Tony—. ¡Estamos en el siglo veintiuno!

Miranda hizo una señal a Lamartín, quien se puso de pie para hablar.

—El uso de simbolismos elementales sigue siendo un factor fundamental en la comunicación de masas y en la creación de una corriente místico-política.

—Oh, bueno —dijo Tony—. Supongo que es la mejor manera de manipular a las ratas. ¿Y a qué hora nos visitará ese cardenal negro y sus amigos?

—Ya están aquí —respondió Miranda—. Llegaron pocos minutos después de las cinco y esperan en la sala de protocolo. No está mal que hayan tenido que esperar un poco. Después de todo, es saludable que recuerden que la administración somos nosotros, je, je, je. Si no hay oposición, los haremos pasar ahora.

Apretó un botón de su scanner de mesa y murmuró algo. Un minuto después se abrió la puerta corrediza disimulada en una de las paredes y ante el Directorio Regional aparecieron el Cardenal Negro y tres obispos, caminando pausada y dignamente.

El Cardenal era un hombre pequeño —no mediría más de un metro cincuenticinco—, delgado y de notoria calvicie (Tony le calculó unos sesenta años), provisto de anteojos sin marco que aumentaban el brillo fanático de un par de ojos azules chispeantes y movedizos. Sus labios eran más bien gruesos, y la severa sotana negra que llegaba a sus tobillos parecía empequeñecerlo aún más. Los obispos, que fueron presentados como tales por el Cardenal, eran, por el contrario, hombres jóvenes, robustos y altos, de cabello muy corto, expresión ruda y aspecto campesino.

El Directorio en pleno se puso de pie y Miranda extendió una mano que no fue estrechada por los visitantes, quienes incli-

naron la cabeza en un saludo colectivo, mientras el Cardenal levantaba la mano derecha con el índice y el medio extendidos.

—El Señor esté con vosotros —dijo con una voz sorprendentemente grave el hombrécillo de negro.

—Bienvenido, Eminencia —respondió Miranda, señalando asientos para los sacerdotes—. Espero que no hayan tenido ustedes dificultades para llegar hasta aquí.

—Oh, muy pocas —respondió el Cardenal, sentándose e indicando a sus seguidores que hicieran lo mismo—. Se nos ha tratado cortésmente, Presidente.

—Me alegro. Le presentaré a los Directores.

Miranda fue nombrando a los presentes y a la empresa que cada uno representaba. El Cardenal asentía con la cabeza ante cada nombre, mientras los obispos se mantenían rígidos y silenciosos, como máquinas desactivadas. Ni siquiera se movieron cuando el Cardenal, a su vez, designó sus cargos: eran los jefes espirituales de las tres diócesis limeñas: sur, centro y norte. Ninguno de los cuatro mencionó nombre alguno.

—Bien —dijo Miranda, frotándose las manos regordetas—. Terminadas las indispensables formalidades sociales, permítame una pregunta, Eminencia.

—Las que usted guste.

—¿Tiene usted la suficiente confianza en el sentido de equidad y justicia del Directorio Regional para venir a ponerse en sus manos, sin armas ni protección alguna? Porque si así fuera, ya tendríamos una excelente base para nuestras conversaciones.

El Cardenal sonrió e hizo un ruidito con la boca, como apreciando un caramelo.

—Señor Presidente, y digo señor presidente porque todavía no tengo, realmente, el derecho de llamarle hijo mío, tengo una adecuada comprensión de la capacidad humana para la justicia, y otra para su capacidad de picardía. No es que estemos sin protección. Por lo demás, nuestras vidas no son probablemente decisivas en el plan divino.

—¿Qué protección? —saltó Olga Angeles.

—La suficiente, creemos, mi hija. Sigamos adelante, si les parece.

Una mirada, muy breve, de Miranda a los demás Directores expresó cierta duda ante lo que a primera vista parecía un bluff. Estaba perfectamente enterado que el Cardenal y sus tres acompañantes se habían presentado, solos y desarmados, en la azotea del Surco-Hilton a las 16:30, desde donde un helicóptero del Directorio los había traído al helipuerto del San Cristóbal y al ascensor que llevaba directamente a la sala de protocolo. Sin embargo...

—Media hora desde Surco —pensó en voz alta Tony—. ¿Debido a... los disturbios?

—Los disturbios, como los llama usted, cesaron a las 16 horas. Lo que sucede es que sus pilotos no estaban enterados de esto, e insistieron en un largo rodeo.

Miranda disimuló su desazón. El Cardenal los desafiaba abiertamente, comunicándoles dos cosas: primero, que controlaba perfectamente la insurrección pudiendo, por lo tanto, comenzarla o terminarla a su antojo, y segundo, que el servicio de inteligencia del Directorio Regional no sabía ni cuántos pañuelos tenía en el bolsillo. Mala cosa, pensó Tony, al igual que Miranda. Mal comienzo.

Miranda pensaba en la respuesta más adecuada, cuando el scanner de mesa zumbó rabiosa e insistentemente.

Miranda miró a todos y apretó el botón.

El comandante de la guardia de la sede del Directorio apareció con la cara pálida.

—Señor Director-Presidente —comenzó, mezclando protocolo y preocupación en su voz—. Debo comunicar a usted que nuestra estación de Pucusana acaba de informarnos que la asesora Linda King ha sido secuestrada, presumiblemente por un grupo terrorista.

siete

Todos los presentes se quedaron inmovilizados en sus asientos, excepto Tony Tréveris, quien se incorporó de un salto. Dos segundos después, todos querían hablar a la vez, pero notaron que el Cardenal levantaba, lentamente, la mano derecha.

—Les ruego silencio, por favor —dijo calmadamente.

Tony se sentó y las miradas convergieron sobre el hombrecillo de la sotana negra, de tela barata, cuyo único adorno era un pequeño crucifijo de plata.

—La señorita King —dijo el Cardenal— se encuentra sana y salva. Esa es, señor Miranda, la protección a que me refería hace un momento.

El comandante de policía seguía la escena con aspecto intrigado. Todos se habían olvidado de él y del scanner abierto.

—Si usted... —comenzó Tony, y se calló.

—Nuestra organización —prosiguió el Cardenal— ha invitado a la señorita King a pasar unas horas con nosotros. A mi regreso, será devuelta a Pucusana. Créanme, señores, está en buenas manos cristianas.

—Marina Ferrari —dijo Tony, con un gruñido—. Mi secretaria. Es la única que...

—No tengo ningún motivo especial para preocuparme por el futuro de la señorita Ferrari —dijo el Cardenal—. Pero le informo que su secretaria ha sido un involuntario instrumento del plan divino. No desconfíe de ella.

—Absurdo —replicó Tony—. Es la única que sabía...

—Insisto, Marina Ferrari debe estar ya en su departamento. Puede usted llamarla, y verá que no ha huido.

—Pero entonces, ¿cómo se enteraron ustedes que Linda King iba a ir de compras a Pucusana? Ella misma no lo sabía esta mañana.

—No tengo idea de lo que sabía o no sabía Linda King, hijo —respondió el Cardenal— y sugiero que estas discusiones internas se realicen cuando yo me haya ido. No son asunto mío. Los caminos del Señor, que es el del Antiguo y el del Nuevo Testamento, son autopistas de varias vías, si se me permite una ligera broma. A ustedes debe bastarles saber que la asesora King está en perfectas condiciones y que volverá cuando yo esté con los míos.

—¿Qué dirán de esto en el Directorio Supremo? —se preguntó en alta voz Miranda.

El Cardenal volvió a hacer su divertido ruidito de succión.

—Se lo consultarán a las computadoras, como siempre —dijo—. Y las computadoras les lanzarán una de sus habituales perogrulladas disfrazadas de tecno-filosofía.

—¿Y cómo sabe usted que King está en buenas condiciones? —preguntó Lamartín.

—Los encargados de extender la invitación tenían órdenes estrictas de no dañar a la señorita King. —El Cardenal se volvió hacia el scanner y al policía, que seguía mirando con ojos ansiosos. Era la primera vez que atisbaba una reunión de Directorio Regional tan confusa—. ¿Tiene usted información al respecto?

El policía vaciló. —Tengo entendido que no ha habido daño personal. Un grupo de cuatro hombres se acercó a las señoritas King y Ferrari, conversaron algo con King y ella accedió a subir a

un coche marca Fiateric 30, número de serie KL-37890. Esto es lo que declaró hace pocos minutos Marina Ferrari, quien parecía estar muy nerviosa. No alcanzó a escuchar la conversación, pero sugirió la posibilidad de amenazas a la integridad física de Linda King si no los seguía.

—Y no pierdan el tiempo buscando un Fiateric con ese número —dijo el Cardenal, sonriéndole amigablemente al policía—. Sólo los conduciría al cementerio de automóviles de Chíncha, de donde fue robada la placa. A propósito, es una gran costumbre esa de no quitarles la placa a los automóviles en desuso.

El policía carraspeó y prosiguió:

—Ferrari debe estar ya en su casa. ¿Desean ustedes hablar con ella?

—Después, comandante. Y gracias. Si hay alguna otra novedad de ese calibre, tráigala personalmente —dijo Miranda, y cerró el scanner.

—Si no estuviera aquí una delegación de ilustres hombres de la iglesia, diría ¡mierda! —prosiguió Miranda.

—No se reprima, Presidente —dijo el Cardenal—. Hoy vamos a hablar de pecados verdaderos.

—Pues bien. Adelante —replicó Miranda, echando una mirada a Tony y gesticulando hacia él para incitarle a calmarse. Se hizo el silencio en la habitación.

—Bien —comenzó el Cardenal—. Comenzaremos con algunas estadísticas. Por ejemplo, ésta: Lima, en este 19 de enero de 2034, tiene en realidad no menos de 20 millones de habitantes, y no los 15 que ustedes creen o dicen creer. De esos 20 o más, unos 19 millones son los que ustedes llaman, con demoníaca soberbia —y discúlpenme—, *ratas*. A esas *ratas*, el Director Regional y lo que éste representa, les han dado la espalda, así como en tiempos de nuestro Señor Jesucristo los escribas y los fariseos y los mercaderes habían dado la espalda al pueblo de Israel, con la consecuencia de que ellos mismos se colocaron en la posición más apropiada para recibir una patada en el trasero.

El Cardenal murmuró algo a uno de sus jóvenes obispos y éste se levantó, fue a una mesita contigua, y trajo de ella una jarra de agua y un vaso, el cual llenó y entregó a su superior. Este bebió con parsimonia.

—Disculpe, Eminencia —dijo Miranda—. ¿No quisiera usted un trago de algo más consistente?

El Cardenal negó con la mano.

—Gracias. Esto es suficiente. Bien, prosigo. Hemos pasado el tiempo del caos, señores. El tiempo de los deportes electrónicos y de las luchas humanas a muerte, la desaparición de los cementerios y la proliferación de los hornos. Hemos pasado el tiempo, previsto en los textos, de la muerte de las Naciones, y el enorme Templo que es la Tierra, que nos fue entregada, en fideicomiso y no en propiedad, por el Dios de la Ira y del Amor, ha sido víctima de la última, de la más despiadada y completa de las profanaciones. No, como se pensaba, por medio del horrendo holocausto de una guerra nuclear o de una guerra químico-bacteriológica, al menos no a nivel planetario, pero sí a través de la reptante implantación del reino de Lucifer sobre las mentes, los corazones, los cuerpos y, ah, dolor, hasta de las almas de los hombres. Pues bien. No he venido aquí a darles una clase de historia, sino a afirmar que las huestes de Dios están ya dispuestas a emprender la batalla definitiva contra el Mal que se ha adueñado del mundo. Y a preguntar a ustedes, en nombre de Dios, qué van a hacer al respecto.

Miranda tamborileó con los dedos sobre la mesa y, al ver que el Cardenal callaba, dijo:

—Eminencia, aquí tenemos el mayor de los respetos por las instituciones religiosas, y no solamente por la iglesia católica ortodoxa. Pero no tenemos, ni podemos tener, en cuanto administración pública, ningún respeto por quienes agitan al pueblo para derrocar el orden establecido.

Tony pensaba en Linda. Creía en la palabra del Cardenal, pero no podía evitar el sentirse preocupado por la situación de

la mujer que amaba. Los cat-ox eran, como casi todas las religiones militantes de este tiempo, fanáticos impredecibles. Un incidente, un malentendido, o simplemente un guardián demasiado convencido de su papel mesiánico en la liberación de la humanidad, bastarían para tirar al suelo las fichas de este complejo juego.

El Cardenal había tomado la palabra.

—Hemos presentado a ustedes una lista de peticiones. Son razonables y, lo que es más importante, concuerdan con el plan divino. Y pienso, además, vistas las circunstancias, que hemos sido sumamente moderados.

—Eso es cuestión de opiniones —dijo Franz Cohen—. Yo pienso que esas condiciones ponen en peligro los fundamentos mismos de nuestra sociedad, basada en el mercado planificado, en la separación de religión y economopolítica, y en la libertad personal. Pienso, Eminencia, que sus propuestas nos retrocederían a tiempos oscurantistas que ya hemos dejado atrás.

—Lo que usted llama oscurantismo es, para nosotros, la más brillante de las luces. La luz de Dios, que los hombres han intentado opacar con tubos fluorescentes. Ayer han muerto decenas de miles de personas en esta ciudad, señores, y si bien sus almas tienen garantizado el goce eterno, la misión de la iglesia no se reduce a propiciar una buena muerte. Permítanme afirmar que el verdadero poder en esta ciudad somos o vamos a ser nosotros.

Olga Angeles murmuró algo y el Cardenal le pidió, suavemente, que repitiera en voz más clara lo dicho.

—Preguntaba, señor Cardenal, con cuántas divisiones cuenta usted.

El Cardenal rió con esta broma histórica y repuso:

—Me recuerda usted a esos astronautas ateos del siglo pasado que declaraban, con simpática vulgaridad, que en el espacio no se habían encontrado con Dios. Yo no necesito divisiones, señorita, porque el reino de Dios improvisa genialmente sus caminos.

—No las necesita, pero las tiene —dijo Tony, sorprendidamente. Todos lo miraron, inclusive el Cardenal.

—Señores —dijo éste—, estamos perdiendo precioso tiempo. Todos estamos cansados, y quisiéramos avanzar hacia una solución beneficiosa para el pueblo.

—Ustedes piden la comunidad de bienes —dijo Miranda, entre divertido y asqueado.

—No exactamente. Pedimos la propiedad comunal de los grandes medios de producción, bajo administración de las iglesias, porque éstas son las únicas entidades desprovistas de egoísmo que aún quedan. Pero —añadió—, guiñando un ojo a Miranda—, éstos son pedidos máximos, a largo, muy largo plazo. Ese no debería ser motivo de preocupación inmediata para ustedes.

—Vamos, vamos —dijo Tony—. Se les da la mano y se van hasta el codo. Podríamos acabar como el Imperio Asiático Revolucionario, donde el partido es dueño de todo.

—¿Es tan grande la diferencia? —preguntó el Cardenal—. Partido, Iglesia, burguesía transnacional gobernante... Siempre la gestión de las empresas queda en manos de los pocos que el Señor escoge. Les interesará saber que precisamente nosotros podríamos ser excelentes puentes entre la democracia transnacional y los marxistas confucianos. Y ése, señores, es un mercado nada despreciable. También para su empresa, señor Tréveris. Quienes introdujeron el opio a la vieja China, bien podrían ahora llevarle el ácido lisérgico. Compréndanos, por favor —agregó su Eminencia—. En última instancia, y esto queda dicho entre nosotros exclusivamente (espero que haya usted cumplido, presidente Miranda, su promesa de “no grabadoras”, cosa que nos permitiremos verificar antes de irnos), pensamos que sólo una pacífica y ordenada transferencia del poder puede salvar a su mundo; no al nuestro, que no está en peligro. Ofrecemos mucho más de lo necesario, según nuestro punto de vista.

—Pero aquí han insistido en liquidar a Epesa —dijo Tony.

—Política, amigo, política contingente y tangencial. También nosotros tenemos nuestros ultrafanáticos. Y pensamos que realmente es necesario un mayor control sobre los estimulantes. La historia es una sabia maestra, y nos revela que una revolución só-

lo triunfa si ofrece el paraíso, pero luego sólo se mantiene si otorga el purgatorio.

Se hizo un silencio en el recinto.

—¿Y bien? —preguntó, finalmente, el Cardenal Negro. Se levantó, siendo inmediatamente seguido por sus acompañantes—. Querrán ustedes discutirlo a solas. Mis hermanos y yo nos retiraremos a la sala de protocolo, a esperar su decisión.

Miranda y los demás también se incorporaron.

—Les serán servidos refrescos, Su Eminencia —dijo el presidente del Directorio.

—Quisiera hablar con Linda King —dijo Tony—. Creo que tenemos el derecho de saber si está bien.

—De acuerdo —dijo rápidamente el Cardenal. Fue hacia el gran scanner de la pared y se volvió hacia la concurrencia—. El número que voy a solicitar —dijo— es el de un scanner público, y de allí nos harán la transferencia. Lo digo porque la policía del Directorio podría tener la idea, bastante primitiva, de tracear la llamada. —Sonrió y se dirigió al scanner. Primero apareció el rostro de un joven sacerdote, que asintió al ver al Cardenal, y un par de segundos después, una anciana monja saludaba respetuosamente a Su Eminencia y a quienes adivinaba tras él. Hizo un gesto y Tony, así como los demás, vieron el rostro de Linda King, inexpresivo y duro.

—Bien, aquí estoy, en brazos de la madre iglesia —dijo.

Tony suspiró audiblemente. Sólo una gringa loca conservaría el humor en semejante situación.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. ¿Está ahí Su Eminencia?

—Aquí estoy, mi querida hija —dijo, adelantándose, el Cardenal. Volviéndose hacia Tony, le explicó: La madre Rosenda, que está con la señorita King, es una excelente persona. Se lo digo porque deduzco de su actitud que le liga una amistad personal con nuestra invitada.

Linda interrumpió:

—No sé si en estas circunstancias mi opinión tiene algún valor, pero les sugiero aceptar las propuestas del Cardenal.

—No, no tiene ningún valor —dijo Miranda—. Como usted muy bien comprenderá.

—Mmm, me temo que sí —dijo Linda.

—¿Bien? —preguntó el Cardenal—. ¿Satisfechos?

Cortó la comunicación. Los cuatro hombres de la iglesia más poderosa de Sudamérica desfilaron hacia la puerta corrediza, que se abrió ante ellos y luego se volvió a cerrar.

Los Directores tomaron asiento alrededor de la mesa:

—¿Opiniones? —pidió Miranda.

—¿En contra? ¿A favor? —insistió.

—Naturalmente en contra —dijo Franz Cohen. Los demás asintieron.

—Aunque sólo fuera porque somos una administración regional —dijo Olga Angeles—. Por encima de nosotros está la Dirección Mundial. No tenemos las atribuciones que nos permitirían suicidarnos.

—Tienen poder —murmuró Miranda—. No todo es bluff. Habrá problemas.

—Pienso —dijo Cohen— en la necesidad de combinar la fuerza con la razón. Es cierto que se necesitan cambios. Debemos ir hacia las mayorías, darles algo. Pero al mismo tiempo demostrar la misma firmeza de ayer, que los ha traído a estos señores a la mesa de discusiones.

—Yo me niego a aceptar control alguno sobre Epesa, y estoy seguro de que nuestra persona King dirá lo mismo —dijo Tony.

—Mmm —hizo Miranda—. ¿Y en cuanto a los demás puntos?

—Lo de participar en la administración está out —dijo Tony—. En cuanto a lo demás...

Miranda buscó un papel y, leyéndolo, dijo:

—Universidades efectivas, acceso a los medios de comunicación, portar armas y supervisar la contabilidad de las empresas.

—Out, out, out —dijo Tony—. Al menos en lo que a nosotros respecta. Cada uno de esos asuntitos es un paso hacia el poder y todos lo sabemos.

—Votemos —dijo Cohen.

—Yo sugeriría consultar con el Directorio mundial —dijo Miranda, indeciso.

—Yo no —respondió Tony—. Nosotros tomaremos la decisión, que en realidad no es tal sino una simple y llana defensa de nuestro sistema. Cada vez que arrestemos un vago o un subversivo no tenemos por qué ir corriendo a Norteamérica. Les comunicaremos, y a través de Linda King, lo que hemos hecho para defendernos y defenderlos. No somos simples marionetas sino una administración con cierto grado de autonomía, y ésta es una excelente oportunidad para que aquí y allá lo recordemos. *Nosotros* somos la administración de esta región, *nosotros* somos de aquí y comprendemos nuestra realidad, y *nosotros*, por consiguiente, asumimos la responsabilidad.

—Sí, pero de todas maneras... —insistió Miranda.

—Vamos, Gabriel —replicó Tony—. ¿Dónde está ese espíritu empresarial tuyo?

—Bueno, votemos —dijo Cohen.

Miranda pidió que levantaran la mano quienes estuvieran a favor de aceptar la propuesta de los cat-ox. Nadie la levantó.

—¿En contra? —preguntó.

—Pero sin interrumpir, de nuestra parte, las conversaciones —dijo Olga Angeles.

—Así es.

Unanimidad.

—Mientras tanto —dijo Miranda— vamos a establecer contactos con las demás instituciones religiosas, para ver hasta qué punto están o no con estos extremistas. Bien. Unanimidad para rechazar la oferta de los cat-ox.

Se dirigió al scanner de mesa.

—Que pasen el Cardenal y los señores Obispos —dijo.

La puerta corrediza volvió a abrirse. Los sacerdotes se sentaron y el Cardenal colocó sus manos sobre la mesa —manos menudas y nerviosas—, cruzando los dedos, y preguntó:

—¿Su decisión, señores?

—En nombre de los Directores Regionales, señor Cardenal, comunico a usted la decisión unánime de continuar las conversaciones entre la administración y su organización, con miras a encontrar soluciones favorables a todas nuestras discrepancias, las cuales se mantienen.

—Bien. ¿Debo entender este rechazo a nuestras demandas como definitivo?

—Según ustedes, ni la muerte es definitiva, Eminencia, je, je —dijo Miranda—. Lo que no podemos aceptar es abrir las puertas al caos.

—No esperábamos que aceptaran, pese a nuestra primera demostración de fuerzas. Estaremos a sus órdenes para un nuevo encuentro pronto. Ahora nos retiramos. Dentro de... de una hora, estará libre Linda King. Eso es todo. El Señor sea con vosotros y los ilumine.

Con paso lento, y en fila india, el Cardenal y los obispos abandonaron la sala. Miranda dio órdenes por el scanner para que los devolvieran al Surco-Hilton. Una atmósfera pesada, nada triunfal, invadió la gran habitación.

—Bien —dijo, finalmente, Miranda—. Hemos perdido la iniciativa. Eso es evidente. Ahora no debemos perder la cabeza.

—Mi padre solía decir: si no puedes derrotarlos, únete a ellos; y si no puedes someterlos, intégralos —dijo Tony.

—Vieja sabiduría del viejo capitalismo —dijo Miranda—. Pero éstos no quieren ser integrados, ni quieren que nos unamos a ellos. Es una cosa reptante, subrepticia, como lo era el antiguo socialismo escandinavo. Cada vez más cogestión, cada vez más "participación" y de repente, allá por el 2000 ó 2010, las principales empresas resultaron de propiedad de sus trabajadores. El último rey, Olaf, acabó recibiendo su corona de una especie de soviet sueco.

—Sí, pero si esa es tu única preocupación —dijo Franz Cohen—, olvídala. Olaf abdicó para integrarse al Directorio Escandinavo, y las doscientas empresas —porque fueron doscientas; yo soy un experto en socialdemocracia— se las arreglaron para mantener excelentes relaciones con nosotros y manipular debidamente a sus rosados sindicatos. ¿Cuál es la diferencia entre una empresa capitalista cuyos accionistas están fuera de la empresa y otra en la que están adentro? Ninguna, y si la hay, es favorable a la segunda. Que los suecos y los daneses y los noruegos y los finlandeses se las arreglen como les da la gana, y que sus empresas sean propiedad de diez abuelitas en Spokane, Washington, o de cien torneros de Estocolmo, nos puede importar un rábano. *El sistema debe continuar*, eso es todo. Así como antes tratábamos con el doctor Gustaf Gustafsson ahora tratamos con el obrero Gustaf Gustafsson, elegido por sus camaradas. Es el puesto el que hace al hombre, y no al revés. Los cien torneros socialistas se sientan en el directorio y por lo que a mí respecta pueden seguir llamándose socialistas hasta que se congele el infierno: es ese asiento de plástico imitación cuero (aunque allá son capaces de tener todavía cuero auténtico) actuarán como capitalistas, y eso es lo que interesa. Maximizarán las utilidades, tendrán en sus manos la disposición de los excedentes —con algo más de limitaciones que nosotros, quizás— y la gestión administrativa. Su mayor interés será que la empresa gane más, como debe ser. Y todos felices.

—¿Y qué ocurrió con los viejos militares? —preguntó, retóricamente, Olga Angeles—. ¿Se acuerdan ustedes cómo fue esa integración? Yo me pasé dos ciclos en Cornell estudiando eso. Primero, los generales en retiro fueron entrando a los directorios; luego, en los países más, digamos, liberales, los que estaban en actividad se vincularon también cada cual a una empresa. Y, finalmente, acabó por preferirse la honestidad absoluta, declarando legalmente que no había incompatibilidad entre ser militar y participar en la marcha económica de la nación. Al contrario: eso aumentaría el patriotismo de los militares de alta graduación, al tener algo más concreto que defender que las acciones ajenas. Fue realmente encantador ese proceso. Sólo unos cuantos, tercios como mulas,

insistieron en la fidelidad a la bandera y todas esas paparruchas del Estado-Nación. Los demás sintieron que la empresa era su patria, y el conjunto de empresas su bandera. La ideología, como siempre, vino después: soldados de la democracia, combatientes por la libertad, hermandad internacional; fin de los odios que tanto daño nos habían hecho. Todo ello ayudado por una carrera más prometedora que nunca y la paz sin desocupación militar, el sueño dorado de los uniformados. Y con mucho honor, muchas medallas y muchas acciones.

Tony meditó.

—Sí —dijo, finalmente— pero aquí tenemos que habérmolas con peligrosos demagogos. Esta gente es intratable.

—No me dio esa impresión —dijo Olga Angeles—. Creo que ese Cardenal es un soberano pícaro. Y un pícaro, según la definición que siempre me ha importado, es el hombre que nunca deja que sus principios interfieran con sus intereses.

—Puede que sea así —dijo Miranda—, pero detrás de ese pícaro, al que podríamos seguramente comprar, hay una fuerza indetenible. La de millones y millones de...

—Si es indetenible, ¿qué hacemos aquí? —preguntó Tony—. Yo no creo en las fuerzas indetenibles, ni en las últimas guerras ni en las fortalezas inexpugnables. Creo que debemos prepararnos para combatir. No seamos ciegos: todos nuestros valores están en juego.

—¿Alguien está siguiendo al Cardenal? —preguntó Cohen.

—Sí, hay una discreta vigilancia, pero supongo que una vez en el Hilton, podrá sacudírsela. Lo que en este momento nos importa es no perderlo de vista hasta que reaparezca Linda King.

—¿Qué harán ahora? —preguntó Tony.

—¿Y qué haremos nosotros? —añadió Olga.

—¿Otro bombardeo? —preguntó al techo Gabriel Miranda.

El techo y los directores callaron por igual. El Directorio Regional de Sudamérica-Oeste se encontraba claramente ante la peor crisis de su existencia.

Tony regresó a su despacho en Epesa con la sensación de que, en estas últimas horas, su sólida vida comenzaba a desintegrarse. La ineficacia y la falta de reacciones por parte del Directorio Regional no era menos abrumadora que el deshonesto fanatismo de los cat-ox. Miranda, por lo demás, les había informado al partir que la mayoría de otras sectas, incluyendo los católicos progresistas, los bahais, los judíos reformados y los viracochanos —éstos últimos con sus extraños ritos solares—, parecían formar un sólido frente tras los cat-ox: se pelearían más tarde, pero por ahora coincidían en querer librarse del Directorio Regional. Algunos, para depender directamente del Directorio norteamericano, al que consideraban menos corrupto y más tratable; otros, para construir o reconstruir un sistema teocrático, absolutista o semiparlamentario. Casi no había fuerzas favorables al Directorio Regional, quizás con la notable excepción de la Primera Iglesia Evangélica-Democrática, de gran arraigo entre las buenas familias al sur de Pucunana.

En cuanto a las fuerzas armadas, no había problemas mientras la desintegración no fuese demasiado obvia... y las ofertas de los rebeldes demasiado bajas para competir con los sueldos y golleirías del Directorio. Pero también todo eso no era sino cuestión de tiempo.

Tony llamó a la casa de Marina Ferrari.

—Oh, señor Tréveris —sollozó su secretaria—. Fue horrible.

—¿Qué tan horrible? —preguntó Tony.

—Estoy segura que los hombres estaban armados y que hubiesen disparado si Linda se hubiese resistido.

—Hizo bien. ¿Tú cómo estás?

—Bien, pero preocupada por lo que tú puedas pensar, señor Tréveris.

—Bueno, cálmate. De todas maneras no te tocaba trabajar ayer. Tómame la próxima semana, si quieres, pero no te vayas de la ciudad. La policía querrá interrogarte.

—Gracias —respondió ella—. Preferiría ir a trabajar. Hasta ahora me parece estar temblando.

Esto le pareció excesivo a Tony. Por cierto que en esta época había diariamente cosas más terribles que un secuestro incruento, y además Marina Ferrari no era precisamente tímida.

—Bien, cuídate —dijo Tony y cortó.

Por la gran ventana ingresaba la noche a su oficina. La segunda noche desde el comienzo de la rebelión de los cat-ox: la rebelión definitiva, pensó Tony. Nada de algaradas inconexas, de estallidos populares tan violentos como circunstanciales. Esta vez era una revolución fríamente calculada y dirigida, encabezada por un grupo de eficientes fanáticos que utilizaban un disgusto largamente latente para encaramarse al poder y reemplazar una dominación por otra. Eso los académicos y los ingenuos lo llamaban "historia".

Ahora Tony recordó, mirando la negrura moteada de luces y fuegos, el cielo siniestro y el ocasional paso de un avión-cohete interregional, sus épocas de escolar y de estudiante universitario. En las clases audiovisuales les habían mostrado la revolución francesa, la rusa, la china y muchas otras. Partícipes en el acontecer tridimensional que llevaba la batalla —incluyendo sus olores— al escenario del anfiteatro repleto de fascinados estudiantes, Tony y sus conmlitones habían visto y asistido a Gettysburg y a la Bastilla, a San Petersburgo y a La Habana, a los increíbles disturbios de la ciudad de México en 2002, hacía tan poco de esto. Demócratas y bolcheviques, republicanos y socialistas... los nombres de los partidos se le confundían. Pero siempre había algo en común en todos estos fenómenos: el brotar de los olvidados, de sus covachas, la astucia y arrojo de sus líderes, la posterior parsimonia y conformismo de los herederos de estos magníficos y atemorizantes estallidos. Todos los conservadores nacen rebeldes, se había dicho, granjeándose el odio de su amante, una pequeña pelirroja marxista-confuciana. ¿Qué habría sido de ella? ¿Y si, en justa compensación, todos los rebeldes nacieran conservadores? Sí, algo de eso había: Marx, Castro, Lenin, Trotsky, Ngoro... Para crear revolucionarios, apriétense las clavijas a la clase media y los parirá por docenas. Este Cardenal Negro, pensó Tony, ¿de dónde había salido? Tenía

edad suficiente para haber sido un viejo lefebvrista. ¿Quién sabe? También cabía que hasta los treinta años hubiese sido un modesto ciudadano conformista, un Gauguin de la revolución.

Su scanner zumbó. Tony dejó la ventana y dijo: "On". Desde la pantalla lo miraba Linda King. Al fondo había un panorama de falsas plantas tropicales.

—¡Linda! —exclamó—. ¿Dónde estás?

—En el Surco-Hilton, departamento 12-C. Necesito verte de inmediato.

—¿No puedes venir aquí?

—Ven tú. Quiero hablar contigo, aquí. Tenemos trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Parar una revolución, si podemos. Te espero.

La pantalla se opacó.

Tony Tréveris se rascó la barbilla, pensativo. Finalmente llamó al pool de transporte.

—Necesito un helicóptero de inmediato.

—Sí, Director —dijo la voz—. La Alondra lo espera en la azotea. Diez minutos, señor.

—De acuerdo.

Mientras volaba hacia el sur sobre una ciudad extraña, ominosamente tranquila, Tony Tréveris, a solas con un silencioso piloto a quien no conocía, se preguntaba si no se dirigía hacia una trampa. Y si, como cebo en esa trampa, Linda King sabía o no cuál era su papel.

ocho

Cómodo, protegido casi uterinamente en ese asiento que lo envolvía cariñosamente, al lado del piloto, Tony Tréveris miraba un cielo estrellado, limpio. Volaban a más de dos mil metros de altura, por alguna razón misteriosa, y Tony se preguntó cuántas cosas más sucedían desde hacía años sin que él —ni las gentes como él— supieran por qué. La nata sobre un podrido vaso de leche, se repitió. La ciudad bajo él reverberaba como si fuese un espejo del cielo, y sobre su cabeza atisbó —visión infrecuente para los limeños— un trozo de la Vía Láctea.

Hubo otro tiempo, otros cielos y otras situaciones-límite en la vida de Tony Tréveris. Tenía entonces veinte años menos y estaba a punto de terminar sus estudios de administración de empresas y, simultáneamente, de ingeniería civil. En esa época se continuaba insistiendo en aquello de "este mundo es de los ingenieros", y a sus padres y a él les había parecido lógico y razonable estudiar dos carreras. No le había hecho daño alguno, y su visión del mundo como un juego de tensiones estructurales y de fuerzas y contrafuerzas se había consolidado en el proceso.

No que le interesara la política, esa inexacta ciencia que todos consideraban moribunda: extrañamente, se pretendía —y se logró— expulsar a la política del haz de especializaciones paralelas que era el universo humano entonces. Fue la política (o lo que en

el último cuarto de siglo se entendía por tal, dotándola de otro nombre) la que se inmiscuyó, aunque subrepticamente. Nunca construyó edificio alguno, así como el doctor Hermógenes Crucible, graduado como becario en la Multiversidad de la República Social de Quebec, jamás había defendido a encausado alguno: como tantos otros, había pasado directamente del *campus* al servicio de una empresa transnacional, por cuyas suaves rampas interiores habían ascendido metódica e indoloramente.

Ya en Cornell, Tony había sido seleccionado por los cazadores de talento de Stimudrinks, que lo habían entrevistado, tras su tercer año de permanencia, en una aireada oficinita con la bandera de la empresa sobre el escritorio y una servicial computadora al lado del entrevistador. Sabía, desde entonces, que Stimudrinks sería su madre y esposa durante el resto de su vida. Así como también supo, al dirigirse a la computadora del corazón, como la llamaban los poetas del *campus*, quién era la mujer que más le convenía. Se llamaba Doris Norton, originaria también de Lima, cinco años menor que él, un metro sesentitrés de estatura, 88-60-86, cabello castaño, cociente de inteligencia diez puntos inferior al suyo —este tipo de selecciones había causado más de un sabotaje a la computadora, acusada de machista, por las feministas universitarias—, estudiante de Buenhogar y Estética Aplicada.

La tarjetita que la computadora escupió en sus reverentes manos incluía un número de visófono, y él, desde su dormitorio, marcó esa noche el número. La pantallita se iluminó con un lindo rostro y él, con el aplomo que dan generaciones de mando e irresponsabilidad juvenil acumuladas, saludó:

—¡Hola, paisanital! Me llamo Antonio Tréveris y la computadora del corazón dice que estamos hechos el uno para el otro.

—No me digas —respondió ella—. Ninguna maldita máquina va a decirme quién debe gustarme. Métete eso bajo el calzoncillo. Llama de nuevo cuando inventes otra entrada.

Y cortó.

Tony se revolcó de risa y volvió a marcar el número.

Con voz falsamente humilde dijo:

—Buenas noches, señorita Norton. Permítame que me presente: Antonio Tréveris, a su servicio. Le ruego disculpar mi atrevimiento, pero desde el primer momento en que ví su electroencefalograma en el catálogo de la computadora MK-900-TL, sentí un vuelco en mi corazón. Acepte mis seguridades de que mis intenciones son absolutamente honestas, y que sólo aspiro a su amistad.

Suspiró y esperó. Doris lo miró con detenimiento y seriedad hasta que una leve, creciente sonrisa comenzó a diseñarse sobre su boca.

—Eso está mucho mejor —dijo—. ¿Verdad que eres limeño?

—Y bien mazamorrero —respondió Tony—. No le negarás un café a un compatriota, ¿no?

—No, supongo que no. Vente al dormitorio N-6; te espero dentro de quince minutos en el salón de recibo.

Tony se peinó, cambió de túnica y se prendió una escarapelta rojiblanca sobre el pecho. Iba pensando, mientras el movicarril lo llevaba a través de los jardines al dormitorio N-6, que con un poco de suerte podría quedarse a copular y dormir donde Doris, con lo cual resolvería varios problemas simultáneos: su urgencia sexual, su soledad —no conocía otros limeños en Cornell—, y el escaso subsidio que recibía de su padre, ya que podría compartir gastos con Doris. Un poco aventurado, pensó: esta chica bien puede estar casada o comprometida, en cuyo caso lo de compartir gastos difícilmente funcionaría. Los puritanos de la universidad habían diseñado los dormitorios para dos, lo cual ya estaba creando problemas con los tríos, cuartetos y comunas del lugar. (Algunas comunas se habían instalado, simplemente, en comedores y salas de recibo, con la consecuencia de que los demás generalmente tenían que evitar pisarlos cuando se dirigían a desayunar). “Eso no es nada”, le había contado un estudiante en su primer año. “Hace apenas medio siglo todavía había dormitorios y baños separados para hombres y mujeres, ¿te imaginas a esos victorianos?”.

Bueno, ya se vería si Doris Norton tenía pareja estable o no. En el peor de los casos, tendrían una buena aventura sexual o una amistad, nada de lo cual era de despreciar.

Tony seguía mirando las estrellas en el silencioso helicóptero que, veinte años más tarde, lo llevaba en un vuelo que imitaba a las excursiones espaciales, hacia Linda King. Algunas de esas estrellas eran las mismas que, desde la terraza de la sala de recibo del edificio N-6, había mirado, trago en mano, y sintiéndose muy romántico al lado de Doris Norton. Había resultado ser una chica simpática, inteligente pero más bien sumisa a padres tradicionales que le habían sugerido estudiar lo más cercano al hogar que habían encontrado en esa super-universidad.

—Dios mío, si conocieras a los Norton —suspiró Doris, haciendo tintinear el hielo en su whisky—. Directamente salidos de 1950 o a lo mejor de 1850.

—Pero, ¿por qué les haces caso?

—No se lo hago. Pero, mira, Antonio...

—Dime Tony.

—Bueno, mira, Tony, soy hija única. ¿Para qué hacerles y hacerme demasiados problemas? Acepté venir aquí a estudiar cómo se arregla la casa para un marido ejecutivo y otras sandeces por el estilo para que tengan una vejez tranquila. Esencialmente eso. Con ese pasaporte, que me tranquiliza la conciencia, viajo por los mundos que yo escojo. Además, no tengo talento artístico especial, odio las matemáticas, me aburren los negocios y me jode la idea de ser jefa de alguien... o subordinada. ¿Qué voy a hacer? ¿Hacerles gastar dinero e hígado en estudios que no voy a aprovechar?

—Pero, ¿te gusta buenhogar y... ¿cómo se llama?... estética aplicada?

—Prefiero montar bicicleta, claro, pero, ya te digo, es el precio que pago por vivir aquí, divertirme, a lo mejor cazar un buen marido y hacer espantosas excursiones a las sexotecas de Ithaca y Nueva York. Sí, no me mires con esa cara. He ido a Nueva York, y

dos veces, en grupo, claro. Es aterrador, pero si no me aterro bien ahora que soy joven, me volveré una dulce viejecita antes de tiempo.

Fue un romance lo suficientemente lento para mantener la expectativa y suficientemente rápido para impedir que se desviara la atención hacia otras posibilidades. En su segunda visita, Tony se quedó a pasar la noche y, efectivamente, un mes después se mudaba definitivamente —él y ella no sabían todavía cuán definitivamente— con Doris a un dormitorio común.

Dos meses después estaban de acuerdo en que lo mejor sería casarse, en bien de todo el mundo y particularmente de Papá y Mamá Norton. Los Norton eran evangélicos-democráticos, y los Tréveris metodistas, razón por la cual optaron por un pastor baptista, que los casó completamente desnudo, por el calor, según dijo, y porque pertenecía además al club nudista de Cornell. Enviaron fotos del pastor, vestido tan sólo con un anillo simbólico de su investidura, a familiares y amigos en Lima, y se lanzaron a una simpática luna de miel por los páramos del norte canadiense, vacíos y calurosos en julio.

Tony sonrió en la semioscuridad del helicóptero, iluminado tan sólo por las estrellas y las luces del tablero de mandos. Había sido un buen matrimonio, se dijo Tony: tres niños, una linda casa, una carrera exitosa para él, y Doris aplicando sus habilidades domésticas. Nunca habían sentido realmente la urgencia de divorciarse o de ampliar el matrimonio con una o más personas, manera frecuente de mantener viva la llama. Las ocasionales aventuras sexuales de ambos les habían bastado para evitar la mortal rutina habitual.

Habían nacido los chicos, ya en Lima, estrictamente planificados conforme Tony ascendía en la empresa. Estando todavía en Cornell, Doris había sugerido un par de veces quedarse en Norteamérica, como hacía un alto porcentaje de estudiante provenientes del Tercer Mundo, pero habían decidido radicarse en Lima fundamentalmente por dos motivos: los viejitos Norton, de parte de ella —“están solos en el mundo”, dijo— y, por la de él, el decisivo ar-

gumento de que la empresa quería verlo como futuro director en Epesa, la filial de Sudamérica-Oeste.

—Además —había dicho Tony— aquí yo sería un brillante joven más, pero allá, con la mediocridad reinante tras un siglo de fuga de talentos y de desnutrición crónica, seré el rey. Y tú mi reina.

Eso le valió un beso. Tony volvió a sonreír, y el piloto lo miró con su cara verde por el reflejo del tablero. “Linda noche”, dijo Tony, sintiéndose culpable para sonreír a solas.

—Sí, señor —dijo el piloto, volviendo a mirar al frente. Tony se encogió de hombros.

Llamó a Doris por el scanner.

—Estoy por acostar a los chicos —le contó ella—. ¿Cómo van las cosas?

—Bien —respondió él.

—Supe por el visodiarario que habían secuestrado a Linda King.

—Sí. Voy a verla ahora.

—Quizás haya tenido mala suerte y no la hayan violado —dijo Doris, y a él le pareció una broma de mal gusto.

—Los terroristas no violan. No tienen sexo.

—¿Tú qué sabes?

—Los golpes de pecho provocan impotencia.

Tony miró al piloto. Miraba al frente con labios apretados. Tony decidió que simpatizaba con los cat-ox o con alguna otra secta virtuosa hasta la náusea. Este diálogo debía parecerle un claro ejemplo de la corrupción de las clases pudientes. Carajo, pensó, ¿en qué mundo he estado viviendo? Quizás habría hecho mejor, realmente, en quedarse en Norteamérica. Quizás debería irse ahora, como había sugerido Linda King. Años de ir de la casa a la oficina y de la oficina a la casa, o a la playa particular, o al gimnasio electrónico o a las selectas y socialmente incestuosas reuniones de ejecutivos & esposa o esposas, incorporated, lo había envuelto en una caparazón que ahora, súbitamente, de un día para el otro, se resquebrajaba.

¿Y por qué ahora? ¿Acaso toda su vida no había discurrido con la disonante música de fondo de oscuros pulpos que extendían sus viscosos brazos hacia la seguridad de su persona, su familia y su clase? ¿Acaso no había vivido siempre entre el rumor —lejano y a veces no tan lejano— de gritos, disparos, llantos y maldiciones? ¿No era normal sentirse flotando sobre un pantano que llenaba el horizonte, maloliente y vulgar, y del cual permanentemente brotaban reproches y rencores insalvables? Sí, pero sólo ahora sentía la imagen de Armageddon descendiendo sobre él y todo lo que él era. Hasta entonces, pensó ahora, había flotado en una especie de perpetua, ligera y chispeante embriaguez, inconscientemente seguro del buen orden de las cosas y, si no pensaba en el origen y la justificación divinas de su mundo, era porque la época predisponía a los bien educados (como todas las épocas, por lo demás, pero con mayor audacia conceptual y formal) a un tranquilo y tolerante ateísmo funcional.

—¿En qué líos andas metido, Tony? —preguntó Doris.

Con una huidiza mirada hacia el piloto, Tony respondió:

—Me han nombrado Director Regional.

—¡Tony! —exclamó Doris—. ¡Eso es magnífico!

—Supongo que sí.

—Y yo supongo que tenemos que agradecerse a Linda King. Debes haberla hechizado.

—Siempre me ha impresionado tu ojo de águila.

Claro, ojo de águila, pensó Tony. Habían vuelto a una ciudad que estallaba por sus costuras, sometida a cada vez más frecuentes tormentas de arena en las que se unía la del desierto con el polvo de calles jamás regadas, casi sin verdor, sin lluvia y con el agua racionada. Y se habían refugiado —¡ojo de águila, sí señor!— en un suburbio compuesto de una serie de fortalezas electrificadas, campos de golf rodeados de torres con metralletas y caminos vacíos que eran trampas mortales para los extraños.

—¡Tony! —casi gritó ella, con cierta alegría incrédula—. ¡No me digas que al fin te has vuelto a enamorar!

—Creo que sí.

—Eres un vivo. Nada menos que una asesora. ¡Tiene que venir a vivir con nosotros!

—Lo discutiremos más tarde —dijo Tony, con una rápida mirada al inescrutable piloto.

—No, no, Tony. Pero si parece simpatiquísima. Tráela esta misma noche.

—Imposible.

—Pero, ¿por qué?

—Ya te lo explicaré más tarde.

—Pero, Tony... Mañana es sábado. Fin de semana, ¿recuerdas? Tiempo de descansar. Estoy muerta de aburrimiento. Y eres capaz de decirme que no vendrás hasta el lunes.

—No lo sé. Hay cosas urgentes.

—Si es así como se portan los Directores Regionales, propongo que renuncies.

—Quizás haga eso mismo.

—Tony, ¿qué te ocurre? ¿Estás amamantando tu primer infarto?

—No te preocupes. Y voy a cortar, porque ya estamos llegando.

—Por lo que me parece recordar, normalmente la gente no se deprime cuando se enamora. ¿O es que no quiere contigo? Le arranco los ojos a esa bicha.

—No es eso. Te vuelvo a llamar, cariño.

Tony apagó el scanner y escuchó al piloto:

—Lo felicito por su nombramiento, señor.

—Gracias.

—Es una gran responsabilidad, Director Tréveris.

—Y un mal momento.

—Le deseo éxitos, a usted y a la asesora King.

—Otra vez, gracias.

La Alondra comenzó a descender sobre la azotea del Surco-Hilton, un gigantesco falo rectangular que hendía el cielo como un árbol de navidad geométrico. Cuando los rotores se detuvieron, Tony saltó al frío concreto, donde dos guardias, armados de fusilá-sers, lo esperaban para conducirlo hasta la suite que ocupaba Linda King.

Ambos llevaban brazaletes negros con la cruz de plata.

nueve

Tony no se sorprendió demasiado: la capacidad de asombro de la mente, como todas las demás, tiene un límite. Apenas si le recorrió un suave, premonitor escalofrío. Se sintió, de pronto, absoluta y definitivamente solo, como si estuviera descubriendo que el mundo, su clase, su familia, sus afectos y perspectivas, su pasado y sus odios fuesen un decorado teatral que un par de tramoyistas extrañamente disfrazados, hubiesen comenzado a desmontar ante sus ojos.

—Buenas noches, señor —dijo uno de los guardias negros, saludando.

—¿Dónde está la asesora King? —preguntó Tony.

—Está en su departamento, señor. Tenemos órdenes de llevarle donde Su Eminencia primero.

—Insisto en ver a la asesora King —dijo, sin mucha convicción, Tony, echando a andar entre los guardias.

—Le ruego que nos acompañe donde su Eminencia —replicó, suavemente, el guardia—. Después verá a la asesora. Ella está perfectamente.

Mientras descendían por el ascensor, Tony preguntó:

—¿Qué hacen ustedes aquí en el Hilton?

—Es ahora nuestro cuartel general —respondió el guardia.

—Fácil de bombardear —dijo Tony.

—En efecto, señor. Pero ese es *nuestro* problema.

Siguieron en silencio hasta arribar a la puerta de lo que alguna vez había sido la llamada Royal Suite. Tras un intercambio de gestos y muestra de documentos, pasaron a una lujosa sala de recibimiento, amueblada al estilo farragoso de la Norteamérica de mediados del siglo XX. Inclusive los aparatos electrónicos simulaban ser antiguos televisores y radios, y pesadas cortinas de tela de origen animal velaban persianas de aluminio y ventanas que podrían abrirse.

En un confortable sillón tapizado de terciopelo rojo brillante, acompañado de varios sacerdotes jóvenes, esperaba el Cardenal Negro, quien se levantó al aparecer Tony y sus guardias. Estos, al entrar, lo habían revisado en busca de armas, despojándolo de la suya.

—Déjemos de lado todo protocolo, amigo Tréveris —dijo, ya de pie, el Cardenal—. Sea usted bienvenido.

—No pensaba besarle el anillo —replicó con una sonrisa Tony—. Buenas noches, Eminencia.

—Por favor, siéntese aquí, a mi lado —ofreció el Cardenal, ordenando que acercaran un sillón similar. Luego, dirigiéndose a los presentes, indicó—: Déjenos solos, por favor.

En silencio, guardias y sacerdotes se retiraron. Un ligero zumbido de maquinarias ocultas llenó de inmediato ese silencio de aire acondicionado y dispositivos que esperaban ser activados.

—Bien, amigo Tréveris, espero que sepa usted disculpar las circunstancias de este encuentro. Desgraciadamente, vivimos tiempos agitados y no siempre pueden respetarse estrictamente las reglas de la urbanidad.

—No se subestime, Eminencia. Yo diría que usted ha incumplido su pacto, y eso es algo más que descortesía. ¿Dónde está Linda King?

—Oh, pero ella está muy bien. Pensábamos realmente devolverla al lugar de donde la, mmmm, recogimos, pero parece que las cosas van mucho mejor de lo esperado. Ella se ha quedado por su propia voluntad. Ya se lo dirá ella misma.

—Espero que así sea.

—Sí, sí, no lo dude. Verá usted, Linda King se ha convencido de la efectividad de nuestro poder, ya que no del todo de la justicia de nuestras demandas. Y, como usted debe saber mejor que nadie, el pragmatismo de los grandes poderes temporales que hoy rigen —todavía— el mundo, incitan sobre todo al realismo. Es curioso —murmuró el Cardenal—, el pragmatismo lleva al realismo, y éste al totalitarismo oportunista y de allí, porque el ser humano no puede dejar de ser un ente que tiende a lo metafísico, a la invención de un nuevo idealismo. El Directorio Supremo, hoy, como por otra parte el Consejo Popular del Imperio Asiático, se adormecen a sí mismos cantándose una canción de cuna democrática.

—¿A dónde quiere usted ir a parar?

—Simplemente a esto, Director Tréveris: nosotros, la alianza encabezada por la Iglesia Católica Ortodoxa, somos el poder que asciende. Ustedes, el Directorio Regional, se hallan en su crepúsculo. Si quisiera hacer una frase de *tape*, diría que es el amanecer, el nuevo amanecer de los dioses.

—Bueno, no pienso discutir el asunto con usted, Eminencia.

—Pero, ¿por qué no? Para eso lo he hecho venir, Director.

—Yo no tengo poderes de ese tipo.

—Pero sí, amigo Tréveris. Claro que los tiene.

—¿De qué está usted hablando?

—Linda King insistió en que usted viniera.

—No entiendo.

El Cardenal Negro cruzó los dedos de la mano sobre su estómago y sonrió, mirando fijamente a Tony Tréveris. Al cabo de un momento, dijo:

—No, me imagino que no. Será mejor que, antes de hablar con nuestra amiga, le haga un breve relato de mi vida. No se preocupe; aunque un sacerdote debe ser un buen orador y amar su propia voz —perdóneme este ocasional cinismo autocrítico,— no voy a ser demasiado extenso. Creo sencillamente que usted, como muchos otros de su condición, necesitan reubicarse en la realidad. Mire usted: yo, como usted, nací en un Estado-Nación. Fue en 1970, aquí, en esta misma ciudad de Lima. Por aquel entonces, la ciudad tenía unos cuatro millones de habitantes, cien mil más o cien mil menos; nunca hemos sido maestros en el arte de las estadísticas. Usted debe ser bastante menor, de los años noventa, calculo.

—Así es.

—Bien. Mi familia era de clase media alta. Gente conservadora, que creía sinceramente en el capitalismo de mercado cuando éste agonizaba, pacífica o violentamente, entre las tenazas del colectivismo, por una parte, y del capitalismo cibernético, planificado, transnacional, por la otra. Es decir, y si dejamos de lado toda demagogia, entre dos formas de colectivismo, entre dos maneras de fundir al individuo en la masa. En realidad, el capitalismo liberal, el de la oferta y la demanda, el de la libre competencia, enfermó profundamente a más tardar después de la primera guerra mundial, y aceleró su desaparición, salvo en los discursos y en los escritos, tras la segunda. Las fuerzas económicas y sociales que implantarían el gran cambio político —la gran adaptación, debería decir— en las primeras décadas de este siglo, ya estaban en pleno funcionamiento. Pero las clases que se creían dirigentes (y estaban, paulatinamente, dejando de serlo) fueron casi tan ciegas como en su momento la nobleza feudal ante el nucleamiento y el nuevo poder de la burguesía que la estaba minando e hizo estallar todo en 1792. Ah, hubo claros síntomas de lo que se venía, como los hubo en el siglo XVIII y antes. Pero todos estaban muy ocupados combatiendo un espejismo llamado comunismo —o apoyándolo—, sin comprender que también eso contribuía a crear las bases ideológicas de ese internacionalismo supraburgués que se preparaba en todos los rincones a heredar todo el poder. Le digo todo esto porque me imagino que usted no es especialista en

historia y le hará bien saber de dónde venimos, a fin de deducir a dónde vamos.

—Continúe.

—Bien, me hice sacerdote lefebvrista, más o menos por la época en que usted nació y poco antes de que el lefebvrismo sacara todas sus consecuencias del cisma y se instituyera en Iglesia ortodoxa. Los católicos progresistas, hoy poco más que una sombra, no pudieron superar su más esencial contradicción: no hay religión institucionalizada que no sea totalitaria. No puede haberla. Tarde o temprano, toda iglesia democrática, de "izquierda", como solía decirse, se disuelve en la temporalidad. Nosotros también, pero tenemos a la temporalidad al servicio de Dios.

—Y al servicio de ustedes mismos, según he oído comentar.

—Y es verdad. Ensalzar al creador es ensalzar a sus instrumentos. Dios, mi amigo, nunca ha sido democrático. No podría ser un liberal, como no podría ser un hombre de negocios o un líder sindical. La Iglesia tiene que estar convencida, y ser capaz de convencer, que es única, que es absoluta, y que sin obediencia y disciplina no hay camino para la salvación. La tolerancia no es nuestro negocio. El ocio no es nuestro negocio: ¿no ha notado usted que todas las instituciones de la historia, religiosas, cívicas, militares, políticas, coinciden en por lo menos una cosa: en el rechazo al ocio? También coinciden en creer en su obligación de perpetuarse, pero el combate al ocio es fundamental. El ser humano debe ser obligado, siempre, a estar ocupado. Antes era con la esclavitud, el trabajo. Luego, por razones que no es del caso detallar ahora, fue la organización del creciente tiempo libre. Eso es lo que jamás debe existir: tiempo libre. Trabajo, hobby, voluntariado social, actividad política, sexo, espectáculo... Todo, Tréveris, todo sirve para llenar el tiempo. El relajamiento del poder sobre los hombres y— eso lo sabían Jesucristo, Marx, Freud, Mao, Ngoro y lo sabían los predicadores y los pornógrafos comerciales, los seminaristas y los soldados, las madres y los ejecutivos— destruye la convivencia civilizada. Y hubo esta época, de doscientos o trescientos años, y quizás algo más, del parlamentarismo, del jue-

go de partidos políticos. Interesante época: el hombre alcanzó la soberbia política que había impuesto la burguesía en la economía. Al libre juego de la competencia económica, correspondía el libre juego de la competencia política. Al acabarse la primera, fue desfalleciendo la segunda. Ya durante casi todo el siglo veinte, los antiguos Estados Unidos habían reemplazado el libre juego de los partidos por la alternancia de dos instituciones, llamadas democratas y republicanos, en el poder político. Y ese poder político ya se entremezclaba, aunque un poco vergonzosamente, con el económico. Los militares iban a los directorios empresariales, y los senadores y representantes solían ser millonarios o tener el respaldo de empresas y corporaciones a cuyos representantes atendían preferentemente. Claro que proliferaban miles de pequeños grupos de presión, pero éstos solían asimilarse más o menos rápidamente. Ahora, claro, la cosa es más directa y no constituye mérito alguno describir con claridad lo que entonces apenas era discernible para una minoría.

Tony observaba y escuchaba, intrigado por la exposición del Cardenal.

—Fui ascendiendo en la Iglesia, y estudiando, y aprendiendo, Tréveris. No me pida que le cuente con detalles el a veces espinoso camino que el Señor me señaló. Pero sí le diré esto: gradualmente nació en mí el convencimiento de que nuestro mundo está harto de este absurdo experimento de vivir sin Dios. Ah, dirá usted, pero si nunca han existido tantas religiones como hoy; vivimos una explosión de cultos, lógicos o irracionales, que a veces bordean lo lunático. Pero yo le digo a usted que eso nada significa si el hombre no retorna a su situación verdaderamente civilizada y culta, que consiste en organizar toda su vida aquí en la tierra de manera que ella se asemeje al Reino de Dios. Y esto implica que la Iglesia reine en el mundo, que los hombres y las mujeres vivan en comunidad, sin egoísmos y sin deseos salvo el de prepararse para la verdadera vida.

—No parece fácil a estas alturas.

—Nada se construye en un sólo día. Esta es una tarea de generaciones. A mí me ha tocado el modesto deber de implantar el

Reino divino aquí, en Sudamérica-Oeste. Quizás, amigo Tréveris, se hable en el futuro de esta tierra como de una nueva Palestina.

Tony observó un brillo en los ojos del hombrecillo que decía estas cosas.

El Cardenal rió brevemente.

—Usted piensa que soy un fanático, y tiene razón. Piensa también que estoy loco, y no la tiene. Una de las cosas que la Iglesia está obligada a aprender, es a ubicarse y a moverse en el terreno de la temporalidad. Fíjese: yo sé perfectamente que lo que le he planteado aquí no se puede obtener pronto ni de una sola vez. Y esto no me preocupa, porque la Iglesia es un cuerpo histórico que se extiende hacia el infinito. Mañana tendremos aquí una parte del poder, pasado mañana una parte más, luego tendremos otra región. ¿Quién sabe? Dentro de cien años, o en el próximo milenio, se habrá establecido el Reino de Dios en la Tierra y durará lo que dure ésta.

—Eso es lo que todos creen de su propio régimen. Cae usted en la ilusión milenarista habitual.

—Oh, no, Tréveris. Porque también usted sabe que *puede* haber sociedades estáticas. Esta comparación no le va a gustar, pero le recordaré que los hormigueros y las colmenas no se han modificado en cientos de millones de años.

—Realmente, un ejemplo escandaloso. Las hormigas y las abejas no tienen el uso de la razón.

—Y yo le pregunto: ¿no se han modificado porque carecen de razón, o carecen de razón porque no se han visto obligadas a modificarse?

—¿Admira usted eso?

—No es mi obligación admirarme o escandalizarme por los propósitos del Único que sabe, Tréveris. La razón o es total o no tiene sentido. Y la razón total es privativa de Dios. Los hombres estamos llamados a servirle. Tenemos los ejemplos citados para comprender que ésa es la organización perfecta, la que mejor interpre-

ta la voluntad divina. La prueba está, precisamente, en que continúan. Y si continúan, es porque Dios así lo estima conveniente.

—Y usted se ve en el papel de la Reina Madre, ¿verdad?

El Cardenal cloqueó, divertido.

—Se hará la voluntad de Dios —respondió.

—Un buen grito de batalla y la mejor coartada de todos los tiempos —dijo Tony.

—No me sorprende no poder convencerlo, Tréveris. Pero lo preferiría, en vista de que siempre es mejor un amigo que un enemigo. Tómelo de la siguiente manera: o las ratas los devoran a todos ustedes, o nosotros las controlamos y las guiamos hacia el reino de Dios. En el cual, me apresuro a añadir, no faltará un lugar para usted.

—Vamos, Eminencia. Uno lo oye y piensa que no existe más el poder del Directorio. No me gusta decirlo, pero le recuerdo que poseemos, intacta, una fuerza disuasiva considerable. ¿Y con qué cuenta usted? ¡Con algunos cientos de soldados mal entrenados y una masa heterogénea y desordenada! Los tiempos de las insurrecciones victoriosas se terminaron el siglo pasado. Y si no nos bastara lo que tenemos aquí, basta una llamada para recibir el contundente apoyo del Directorio Supremo. Y le juro que ni a usted ni a mí nos gustará volver a ver en acción a la bomba de neutrones.

—No se altere, Tréveris. Las últimas, pequeñas, estúpidas, guerras entre naciones sudamericanas demostraron...

Tony nunca supo qué habían demostrado las guerras latinoamericanas. En ese preciso instante, comenzaron a ulular varias sirenas ensordecedoras y un destacamento de guardias y sacerdotes entró a la sala para rodear al Cardenal, con los fusiláers prestos. Su Eminencia hizo un gesto tranquilizador y se dirigió a un scanner disfrazado de mueble escandinavo del siglo XX.

Un rostro masculino, con cuello blanco de cura, apareció y dijo algo que sólo el Cardenal escuchó. Este giró hacia Tréveris y los demás.

—Nos atacan, Tréveris. No lo esperaba tan pronto.

(Tony hizo una nota mental para que se ascendiera al piloto de la Alondra: no era, después de todo, un cat-ox e indudablemente había informado al retornar al Cerro San Cristóbal. Pero, por otra parte, ¿por qué lo habían dejado irse?).

—¿Cómo supieron? —preguntó Tréveris, pero su pregunta se hundió en la breve confusión del momento.

—Tréveris, usted va con ellos —y el Cardenal señaló a dos robustos guardias que se acercaron para flanquearlo—. Volveremos a vernos pronto. Y ahora, ¡apúrense! ¡Vámonos de aquí antes que estos imbéciles nos tuesten!

—Un momento —dijo Tréveris—. ¿Dónde está Linda King?

—La verá en el túnel de escape. ¡Apúrese, hombre, que el napalm no identifica a sus víctimas!

El Cardenal salió por una puerta que llevaba a una escalera, y Tony con sus guardias lo siguieron. Estos imbéciles, pensó el Director Regional, bombardean sin que les importe quemarme. Porque si saben que estoy aquí... ¿O no lo saben?

El tropel de hombres descendía por la escalera iluminada mientras tras ellos iban apagándose todas las luces. Tony y los demás sabían que no habría ningún otro preaviso del ataque: helicópteros y armas eran silenciosos, y la velocidad de los aparatos atacantes —porque sólo podían ser las naves D del Directorio— les daba apenas tres o cuatro minutos de plazo. Afortunadamente, estaban apenas en un tercer piso.

Al llegar al sótano, el edificio comenzó a sacudirse como en un terremoto, mientras llegaba el eco de las primeras explosiones. Atacaban con bombas de demolición. El grupo corrió —“como ratas”, pensó Tony— por el sótano mientras el Surco-Hilton se mecía como un barco en alta mar y a su alrededor llovían trozos de enlucido. Las luces se apagaron también aquí, ahora probablemente a consecuencia del bombardeo, y Tony jadeó mientras corría, irrealmente, en medio de una oscuridad casi total. Algunos de los guardias tenían linternas, y el loco baile de la luz muy blanca sobre el piso, el techo y las paredes, daba un aire lunático y teatral a esta huida.

Tony, pese a su preocupación, no pudo evitar una sensación de satisfacción. “Estos son los que iban a arrebatarnos el poder”, pensó. “Nunca han dejado de ser ratas y morirán como ratas. Hasta me gustaría morir con ellos, sólo para demostrar el poder del Directorio. ¡Imbéciles ensoberbecidos!”.

Al dar la vuelta a una esquina del sótano se toparon con otro grupo: un haz de linterna le mostró la flotante túnica de Linda King que corría acompañada de un par de monjas y de varios guardias.

—¡Linda! —gritó él.

Casi chocó con ella cuando Linda se detuvo a esperarlo.

—Tony... Ven, no nos detengamos.

Ominosos ruidos provenientes de los pisos superiores insinuaban que el sólido y sísmico edificio comenzaba a perder fuerzas. Se acercaban ya al final del sótano.

—¡Por aquí! —gritó alguien, y las luces se concentraron sobre una puerta de acero, abierta, por donde comenzaron a desaparecer de dos en dos. Linda y Tony también la cruzaron, y los guardias que les seguían se detuvieron a cerrar, lentamente, la pesada puerta.

—Aquí esperaremos el fin del bombardeo —dijo el Cardenal Negro, en el centro de un círculo de sus hombres. El pequeño jefe de los cat-ox jadeaba visiblemente, y su rostro estaba sudoroso.

—¿Resistirá? —preguntó Tony.

—Sólo una bomba nuclear podría volar esta cámara —respondió el Cardenal—. El Directorio no usará esas armas... por ahora. Y no por compasión cristiana, precisamente, sino porque las que tiene están selladas por el Directorio Supremo, y sólo éste puede hacerlas operativas. ¿Cierto, Miss King?

—Sí —respondió Linda.

—Bien, entonces acomodémonos mientras las fuerzas del orden establecido demuelen este hermoso hotel —dijo el Cardenal.

Se encendieron varias lámparas. Evidentemente, el refugio poseía un generador de emergencia. Tony miró a su alrededor y se encontró en un amplio recinto, de unos veinte metros por cada lado, confortablemente amueblado y hasta provisto de un acogedor bar.

—Sirvámonos todos un trago —dijo el Cardenal, haciendo un gesto a sus hombres—. Al menos, yo lo necesito.

Tony agradeció interiormente esa idea. Pocos minutos después, todos los presentes tenían un vaso de excelente whisky puro en la mano. Golpes como de un elefante pisoteando latas de basura resonaban dentro del refugio, y Tony, como los demás, no pudo evitar imaginar que encima de ellos —o casi encima, porque calculó que estaban bajo la calle, pegados a la parte exterior de los cimientos— un edificio de quince pisos se venía abajo.

Para cambiar de tema, Tony le preguntó al Cardenal:

—Sáqueme de una curiosidad, Eminencia. ¿Por qué permitió irse a mi piloto?

El Cardenal se relamió el resto de whisky de los labios y, tras una breve mirada a Linda King, le respondió:

—Llevaba un mensaje. Confieso que no creía, realmente, que ese Miranda fuera tan loco.

—¿Un mensaje? ¿Qué clase de mensaje?

—Pregúnteselo a la señorita King —respondió el Cardenal, dándole ostensiblemente la espalda.

Tony miró a Linda. Ella bajó la mirada.

—¿Qué sucede, Linda? —preguntó él—. He escuchado varias cosas extrañas relativas a ti en estas últimas horas. Tengo la impresión de que a mis espaldas alguien está derribando el universo.

Los ruidos fueron cesando. Linda abrió una o dos veces la boca, como si buscara las palabras más adecuadas, pero antes se escuchó la voz del Cardenal.

—Deben suponer que estamos todos muertos.

—Como ratas —dijo uno de los silenciosos sacerdotes, con una mueca.

—Me imagino que ya estarán proclamando a todos los vientos la muerte de los jefes de la inicua conspiración. ¡Pobres imbéciles! Todo esto les costará muy caro, porque la justicia del Dios del Antiguo Testamento será terrible. Los adoradores del becerro de oro tendrán que volver a pagar con su apestada sangre.

—Pobre Doris —dijo Tony—. Tendría que avisarle...

—No se preocupe por Doris, quienquiera que sea— respondió el Cardenal—. Afuera debe haber cientos de cadáveres. No estaría mal que alguna vez en su vida pensara en sus semejantes.

—Bueno, bueno, no es la hora de los sermones —dijo Linda King.

Tony se volteó hacia ella.

—Me debes la respuesta a una pregunta, o a una serie de preguntas.

—Después, Tony.

—¿Después de qué?

—Cuando salgamos de aquí.

—No conozco los planes del Cardenal con respecto a nosotros —dijo Tony—. No me extrañaría que pensara en reeditar la ceremonia final de Juana de Arco con estos infieles.

El Cardenal sonrió. Su voz resonó muy clara en el total silencio del refugio; evidentemente, el bombardeo había terminado.

—Disculparé su escasa cultura religiosa al calificar de "infiel" a Santa Juana. Están ustedes libres, señor Tréveris. —Hizo un gesto a uno de los guardias, quien se acercó a una segunda puerta de acero, frente a aquella por la cual habían ingresado al refugio. El guardia leyó un aparato adosado a la pared y asintió con la cabeza—. El medidor de radiactividad indica que no hay peligro de contaminación. Pueden ustedes salir cuando gusten.

—No esperaría usted que hubiese radiactividad, ¿verdad? —preguntó Tony.

—Estoy obligado a pensarlo todo con respecto al Directorio Regional.

—¿Y cómo salimos de esta zona?

—Un vehículo nuestro lo llevará a un lugar de cita con uno del Directorio. En cuanto salgamos, haremos la llamada correspondiente, y me agradará muchísimo observar la cara de estúpidos que pondrán nuestros interlocutores al vernos vivos. Tengo la esperanza de poder enfrentarme con el mismo presidente Miranda y meterle la palabra de Dios por la garganta hasta que se ahogue.

El guardia abrió la puerta, que daba a una escalera. En la semioscuridad de la calle se arremolineaba un espeso polvo.

—Les recomiendo esperar unos minutos hasta que las consecuencias de este criminal bombardeo se diluyan —agregó el Cardenal.

Tony cogió del brazo a Linda y se encaminaron hacia la salida. Un camino lleno de trozos de cascote y fierros retorcidos se dibujaba entre las ruinas de los pisos superiores del Hilton, ahora desperdigados por la calle.

—Que tengan un buen viaje —dijo el Cardenal, alzando su vaso—. Si tienen la amabilidad de esperar unos minutos, verán llegar nuestros vehículos. Lástima que no deseen tomar otro trago con nosotros, pero comprendo su impaciencia por dejarnos.

—Me alegra ver que siquiera nos comprende en parte, Eminencia —respondió Tony—. Esperaremos afuera.

—Lejáyem —dijo el Cardenal, y se bebió el resto del whisky. Linda sonrió, por primera vez desde que Tony la había vuelto a ver.

—Eso era lo único que me faltaba escuchar —dijo—. Un brindis hebreo pronunciado por un cardenal empeñado en una revolución contra el capitalismo.

El polvo levantado por los derrumbes terminaba de posarse en la cálida y tranquila noche cuando llegaron los coches, de diversas marcas y modelos, de los cat-ox. Se detuvieron frente a Tony y Linda, pero los ocupantes pasaron a su lado sin mirarlos e in-

gresaron al refugio. Al cabo de unos momentos uno de ellos salió y saludó a Tony y Linda.

—Tengo órdenes de llevarles. Su Eminencia saldrá dentro de unos instantes y enviará desde otro coche un mensaje para que se les recoja.

—¿Dónde nos llevan? —preguntó Tony.

—Al antiguo Centro Cívico. Es un lugar seguro, perfectamente controlado por nosotros. Suban, por favor.

El chofer les abrió una puerta trasera, y ambos se acomodaron. Con cierta nostalgia, Tony descubrió que era un modelo similar a su Gemelectric.

—¿Puedo usar su scanner? —preguntó al hombre—. Quiero hablar con mi esposa.

El chofer hizo un gesto de asentimiento.

—¡Tony! ¡Estás vivo! —exclamó Doris—. Y usted también, Linda. ¿Qué ocurrió?

—El Directorio quiso hacer una inteligente demostración de su poderío bombardeando el Surco-Hilton con nosotros dentro —dijo Tony.

—Pero...

—No importa. En la guerra y en el amor, ya sabes. Sólo quería que supieras que estamos bien.

—¿Y ese espantoso cardenal?

Tony miró brevemente al chofer, que no movió un músculo mientras arrancaba el Gemelectric.

—Goza de excelente salud, bebe whisky y tiene una abuela judía —dijo Tony.

—¿Cómo?

—Déjalo.

—Tony, ya es casi medianoche. ¿Dónde estás?

—Debo regresar al Directorio Regional, por dos motivos: uno, informar de mi conversación con el Cardenal, y dos, mentarle la

madre al presidente Miranda por tirarme un hotel encima. Te volveré a llamar. Saludos a los chicos, si están despiertos.

—Claro que lo están, con estas terribles historias.

—¡Hola, papil! —exclamó un coro detrás de Doris.

Tony ondeó la mano y dijo:

—A dormir, monstruos.

Cortó la comunicación, mientras el automóvil volaba por la irregular oscuridad de las calles de Surco II, y encaró a Linda.

—Bien —dijo—. Ahora, me parece, ha llegado la hora de aclarar algunas cositas.

Linda King lo miró a los ojos. En los de ella brillaba, ocasionalmente, el reflejo de pasajeras luces que iban dejando atrás.

Tony nunca había escuchado vacilar la voz de la mujer de quien desde hacía algunas horas se sentía enamorado. Pero ahora vaciló al decirle, con voz escueta pero preocupada:

—Tony... El Directorio Supremo...

—¿Sí?

—Nosotros... Bien. Hemos resuelto apoyar a los católicos-ortodoxos.

—¡Ustedes... ¿qué?!

—Sí, Tony. El Directorio mundial, gracias al informe que yo les entregaré, se pondrá de lado del Cardenal Negro y contra el Directorio Regional.

diez

—Me imagino que bromeas. Y en las circunstancias más inadecuadas —dijo, finalmente, Tony. Buscó los ojos de Linda en la semioscuridad.

—Tony —respondió ella, devolviéndole la mirada—, mi misión en Lima era, precisamente, la de establecer contacto con los cat-ox. El Directorio Supremo deseaba saber cuál es su poder real y si se puede llegar a un acuerdo con ellos. La respuesta que les llevo coincide exactamente con el análisis situacional que nos habían dado las computadoras de California. El régimen, aquí en Sudamérica Oeste y probablemente en otras regiones, se ha dejado aislar demasiado de la realidad. Su ceguera, su indiferente prepotencia, su desvinculación con la sociedad que dice administrar alcanzan un factor superior al noventa por ciento. Y en cuanto a un arreglo con los cat-ox, la respuesta es igualmente positiva. No es nuestro ideal, ni mucho menos, pero lo que nos interesa fundamentalmente no es enamorarnos de quienes administran el Tercer Mundo, sino que se mantenga la relación de fuerzas internacional y el sistema a nivel mundial.

—Los traicionarán.

—Es probable. Pero el Cardenal y sus amigos de la alianza religiosa se comprometerán, con varias cláusulas de seguridad, a no hacer sino cambios marginales: en esencia, el Directorio Supremo continuará, aunque dentro de coordenadas nuevas, teniendo la

sartén por el mango. Entiéndeme, Tony, la democracia transnacional no puede darse el lujo de enfrentar un caos que desde ahora se convertiría en una insurrección permanente. Cederemos un poco, aquí y allá, haremos compartir el poder a estos curas rebeldes, y la sopa no se comerá tan caliente como se cocina.

El coche corría en silencio por las calles del sur de Lima. Bordeaban el viejo Miraflores, un hacinamiento de humeantes ruinas, entre las cuales se veía deambular horribles criaturas quemadas que a veces mostraban ojos blanquecinos, ciegos, en los que se reflejaban las luces del Gemelectric. Sólo las herméticas ventanas les salvaban del hedor de carne muerta o enferma que flotaba afuera. Linda señaló esas vacilantes figuras.

—Míralos, Tony. Esa gente aceptará cualquier fanatismo radical, cualquier promesa demagógica. Viven en el infierno y el purgatorio sería, para ellos, el más utópico de los paraísos. Las computadoras lo han dicho: si no integramos *ahora* al sistema a los líderes, el sistema será derrocado y nadie, ni siquiera los cat-ox, saben lo que sobrevendría entonces. Es más: las computadoras ni siquiera pueden asegurar que logremos salvarnos aún así. Hay un enorme factor de incertidumbre: ¿empujarán las masas al Cardenal más allá de lo que él se propone ahora? ¿Lo reemplazarán con nuevos líderes dentro de dos o de veinte años? ¿Le bastará al Cardenal el trozo de poder que le ofrecemos, un trozo succulento, por cierto, o querrá más hasta provocar la ruptura? Estamos ganando tiempo, nada más, pero no hay otra salida racional. Tenemos que entrar en tratos con el poder real, hasta donde esto sea posible, y el poder real, en esta sociedad, deriva hacia el Cardenal Negro y su gente. Esa es la verdad, eso es lo objetivo. Y lo pragmático es darles algo para que esto siga marchando.

—Son muchas palabras, Linda, para evitar una sola: traición.

—Tony, te lo suplico, vente conmigo al Norte. Te lo pido una vez más—. Linda le cogió la mano y se la besó. —Nos iremos todos: Doris, tus hijos, las personas que quieras llevar. Nosotros tenemos nuestros propios problemas en Norteamérica, en Europa, en todas partes, pero lo de aquí es la catástrofe inminente.

—Me propones ser tan hijo de perra como tú, Linda —respondió suavemente Tony.

Ella soltó la mano que mantenía cogida y desvió la mirada hacia la calle.

—Eres un niño mimado —dijo—. Una criaturita crecida en el lujo y en el aislamiento, que confunde la lealtad —¿a quién, por Dios?— con la estupidez. No sabes nada de política. Necesitas un curso acelerado de realismo.

—Lo estoy recibiendo —dijo Tony.

—Yo soy de Stimudrinks, y sin embargo acepto que habrá severas limitaciones a la acción de nuestra empresa. No importa. Tenemos experiencia. El siglo pasado a todos los paquetes de cigarrillos tuvimos que ponerles una inscripción: "Según el Cirujano General, Fumar Puede Ser un Riesgo para la Salud". ¡Oh, cómo protestamos y qué tontamente! Y antes de eso, por varios años, prohibieron todo consumo de alcohol. Nunca se bebió más que en esa época, que ingresó al folklore antes de que esa estúpida Ley Seca fuera derogada. Y después las campañas contra las drogas: fue repugnante. El hombre se ha estimulado artificialmente siempre: egipcios, chinos, incas, aztecas, romanos, griegos. Tú dime el nombre y yo te diré qué drogas usaron. Así que no me asusta que mañana el Cardenal, sentado en su tronito, despotrique contra nuestros productos, limite su avisaje, los prohíba para los menores de edad o para las mujeres embarazadas... ¡Qué sé yo! ¿Quieres mi pronóstico? Cuanto más nos limiten, cuanto más propaganda en contra nos hagan, más venderemos. Porque así es la naturaleza humana. Y cuando tengan el poder, insultarán al becerro de oro, fomentarán la pequeña industria con sonoros discursos, soñarán en voz alta con ese idiota comunismo tardío que proclaman... y los negocios mejorarán, Tony, mejorarán siempre, porque ellos simularán creer en el fair play y nosotros no estamos obligados a nada de eso.

Tony miró en silencio: ahora subían por su ruta habitual, la vía rápida, antes llamada Avenida Arequipa y —según su abuela— antes de eso Avenida Leguía, donde alguna vez hubo acequias y ár-

boles y un resto, cada vez más recortado, de césped. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Estoy pensando en otra cosa, Linda.

—¿Sí? ¿En qué?

—Te parecerá extraño, pero pienso en mí. En que tengo cuarenticinco años. En que quizás me esté volviendo viejo.

—Lo comprendo perfectamente. Todo esto es un shock para ti. Pero no estás viejo: te adaptarás.

—Puede ser. Pero ahora me siento cansado, Linda. Me imagino que las correrías de estos dos días se me han acumulado. Sólo estoy seguro de una cosa: que estoy terriblemente cansado.

El resto del camino transcurrió sin palabras.

El vehículo se detuvo ante una serie de bajas moles de concreto: el antiguo centro cívico construido en los años setenta del siglo veinte. Esto era parte del tradicional centro de Lima. Tony había supuesto siempre que, como todos los edificios, ruinosos pero aún en pie, albergaba oscuros personajes difíciles de definir y que por vivir allí estaban fuera de la legalidad.

El chofer les abrió la puerta.

—Los guiaré —dijo—. Mientras llega el vehículo que los llevará podrán esperar en uno de los departamentos... Es gente segura.

Penetraron al edificio por una escalera amplia. Había un gran silencio; Tony calculó que era la una de la madrugada del sábado más increíble de su vida. Y al recordar el bombardeo ordenado por Miranda, se detuvo de pronto.

—Linda —dijo—. No podemos volver al Directorio Regional. No fue una casualidad que Miranda ordenara destruir el Hilton con nosotros adentro. Ese mensaje que le enviaste...

—Tienes razón —respondió Linda, detenida también.

—Independientemente de lo que piense de ti, de tus planes y del Directorio Supremo, no pienso esperar aquí como un pato en el tiro al blanco. Miranda piensa que tú y también yo somos parte de

la insurrección, y por eso no le importó liquidarnos junto con el Cardenal Negro.

Tony se volvió al chofer.

—¿Me ha escuchado usted?

—Sí, señor.

—¿Dónde podemos ocultarnos? Aquí no puede ser. El Directorio Regional ya estaba avisado, y que me parta un rayo si el propio Cardenal no nos ha enviado a la muerte.

—Pero, ¿por qué? Contaba conmigo para llevar un informe favorable a él a Norteamérica.

—Quizás piense que es más favorable todavía que tú, en plena misión de paz, seas vilmente asesinada por el Directorio Regional. Esa podría ser la prueba final de que ese Directorio no debe seguir un día más en el poder.

Linda sonrió.

—Admirable —dijo—. Ese Cardenal merece todo mi respeto. Es un digno interlocutor.

—¿Sí, no es cierto? Una verdadera joya. Su administración revolucionaria sin duda va a ser mucho más humanitaria que la del Directorio. Pero yo no pienso arriesgar mi pellejo ni por Miranda ni por el monje loco.

El chofer intervino:

—Mis órdenes eran dejarlo aquí. Eso es lo que voy a hacer.

Tony vio que había una pistoláser en la mano derecha del hombre. El arma apuntaba a Linda.

—Bueno, pues déjenos.

—En el departamento, señor. Sigamos.

Señaló hacia arriba y adelante. El pequeño grupo avanzó por el tercer piso, siguiendo un largo corredor en el cual yacían durmientes sobre colchones, periódicos y trapos. Tony, a la luz incierta de la linterna que llevaba el chofer, alcanzó a ver un titular de periódico en el suelo: 300,000 PAREJAS SE INSCRIBEN

EN CAMPEONATO REGIONAL DE BAILE. Sortearemos Cien Pasajes a Las Vegas.

El chofer tocó tres veces una puerta. Respondieron, desde dentro:

—¿Quién?

—Abre, Imelda. Soy yo con visitas.

La puerta se abrió, y en el marco apareció una mujer sin más vestimenta que un breve calzón negro. Era gruesa y alta; tenía la cara embadurnada de cremas y cachitos en el pelo rubio. Sonrió.

—Pasen —dijo—. Disculpen el desorden.

El chofer, una vez dentro, hizo las presentaciones, sin nombrar los cargos de Tony y Linda.

—Tony y Linda, por disposición de Su Eminencia, deben quedarse aquí hasta que vengan del Directorio por ellos. Mi misión termina aquí, Imelda. Sirveles un trago y que estén cómodos—. Saludó tocándose la frente y se fue. Imelda cerró la puerta y les ofreció asiento sobre un sofá lleno de ropa y de revistas antiguas.

—¿Pisco?, ¿Whisky?, ¿Cerveza? —preguntó, dirigiéndose a un armario. De las otras habitaciones llegaban ronquidos.

—Whisky —dijo Tony.

—Sí, por favor —agregó Linda.

Mientras servía, Imelda les volvió a sonreír con una boca grasosa.

—Hace calor, ¿no? —dijo.

—Sí —respondió Tony.

—Su Eminencia es un gran hombre —dijo la gorda—. Soy de su confianza. Cuando quiere esconder a alguien, me lo manda a mí. Usted sabe, guardias que desertan, gente perseguida por el Directorio, en fin... Pero es la primera vez, que yo recuerde, que me envía a personas para ser entregadas al Directorio.

—Ese es el problema —dijo Tony.

En el preciso momento en que Imelda le daba la espalda para volver a guardar la botella, Tony saltó sobre ella y le propinó un fuerte golpe de karate en la nuca. Imelda se desplomó sin tiempo de quejarse.

—Estupendo —dijo Linda—. Y ahora, vámonos de aquí.

Abrieron la puerta. No había obstáculo alguno, y salieron corriendo, tratando de no hacer ruido. Salvo algunas quejas y murmullos, el silencio era total y en pocos segundos estuvieron en la calle.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tony.

—Sólo nos queda una posibilidad —dijo Linda—. Escondernos hasta que amanezca y luego ir a la oficina de la compañía aérea que me trajo. Allí compramos otro boleto para ti y a las once de la mañana estaremos volando al norte. Mi firma bastará para que te extiendan un pasaje. Una vez fuera de esta región, no habrá problemas en hacer venir a tu familia.

—¡Cuidado! —dijo Tony, señalando las luces de un vehículo que se aproximaba por su derecha, en dirección a los barrios administrativos.

—Deben ser ellos —dijo Linda, y ambos reingresaron al centro cívico, por un corredor muy amplio y abierto que los llevaría hacia el antiguo hotel Sheraton. También aquí, en la caliente noche de verano, acampaban familias, y un perro comenzó a ladrar furiosamente hasta que una voz de hombre lo hizo callar. No era prudente meterse en lo que a uno no le importaba, en esta época y en este lugar. Tony y Linda corrieron otra vez entre figuras dormidas o que simulaban dormir.

—No tardarán en dar la alarma —jadeó Tony—. Hay que desaparecer de aquí.

Echó de menos su propio Gemelectric, pero se dijo que en él tampoco hubiese llegado lejos. En pocos minutos más estarían vigilando su casa, su auto y su oficina. Había que encontrar otra escapatoria.

—Rápido —dijo Linda—. Sólo hay un lugar apropiado: las cochinas.

Recorrieron las calles, caminando con naturalidad. Tony esperaba ser asaltado en cualquier momento o, lo que sería igualmente desagradable, cruzarse con una patrulla del Directorio. Pero la única policía en las calles —cruzaron a dos guardias, que los miraron con indiferencia— vestía un brazalete negro con la cruz de plata.

Quizás Linda tenga razón, pensó Tony, y el poder ya esté realmente en manos de los cat-ox. O, al menos, existe una dualidad que, como todas, deberá resolverse en uno u otro sentido. Tony no dudaba de que sería decisiva la actitud del Directorio Supremo, y si éste, efectivamente, se decidía por los cat-ox... Pero, ¿por qué? ¿Sólo porque tenían poder? ¿Bastaba eso? Sí, se respondió el propio Tony. Eso bastaba para un poder pragmático y que se preciaba de su desideologización. Bastaba un mínimo de terreno común, y el Cardenal había ofrecido ese mínimo. Después de mí el diluvio, decía el Directorio Supremo. No tenemos más responsabilidades que la inmediata, el próximo Informe a los Accionistas. "En el año Fiscal de 2034 se consiguió mantener la cifras de... y aumentar las de... aunque no se haya podido evitar un...". Este tipo de documentos reemplazaba a las constituciones, a la declaración universal de los derechos del hombre, al manifiesto comunista, a los santos evangelios y a un montón de otras bazofias ideológicas que y— aquí Tony comenzó a recitar— representaban esa prehistoria dogmática y maniquea de la humanidad que la democracia transnacional, el *súmmum* del liberalismo, la eclosión última de la tolerancia total, había superado definitivamente, inaugurando (ahora sí) la era de la razón, de la comunicación, de la libertad, del individuo como valor supremo. Extraño cómo este triunfo del individuo se parecía a la ley de la selva original, pensó Tony, y se acusó a sí mismo de cínico. Los comunistas querían retornar al comunismo primitivo (a nivel científico, claro está), los religiosos al paraíso previo al conocimiento, y nosotros a aquello de cada hombre para sí mismo y que gane el mejor. Dios mío, se dijo Tony, ¡todo el mundo quiere volver a la animalidad! A una animalidad con aparatos, por cierto, en manada unos, por separado otros. ¿Es que a nadie se le ha ocurrido jamás, realmente, una idea nueva?

Mientras avanzaba, de la mano de Linda King, por las calles mal iluminadas de esta ciudad de casi quinientos años, de esta ciudad que rezumaba miseria infinita, cuyas paredes y veredas rajadas y mugrientas gritaban y lloraban de un dolor que se había establecido en ellas como un cáncer permanente, Tony Tréveris se maravillaba de la falta de imaginación del hombre y de sus utopías reaccionarias con nombres futuristas. No hemos inventado nada, se dijo, quizás porque la mente del hombre no está hecha para inventar. Nos la hemos pasado recomblando, como alquimistas —medio locos y medio estafadores— lo ya visto, lo ya experimentado, lo ya sufrido. Yo, Tony Tréveris, un hombre de mi tiempo y de mi clase —ahora que ya no hay clases, muchacho—, nací creyendo y, como suele suceder, me he encontrado con que tenía arena entre los dedos. Mi gente me ha traicionado, y mis enemigos no son, realmente, enemigos. No hay nadie en el mundo, excepto yo corriendo por unas callejas oscuras de la mano de una mujer, y comienzo a creer que soy un fantasma entre fantasmas. Estuve demasiado ocupado para soñar y, apenas surge una posibilidad de hacerlo, descubro que todo es un inmenso sueño o que todo es una fría realidad blanca sin matices de ninguna clase, que viene a ser, en el fondo, exactamente lo mismo. ¿Habrá otro Tony Tréveris que en este preciso instante esté corriendo por una callejuela en una ciudad del Imperio Asiático, haciéndose las mismas preguntas? ¿Y un tercer Tony Tréveris en el mundo desarrollado del norte, escabulléndose en la abandonada Wall Street o cerca de las murallas del Kremlin? ¿Cuántos hombres y mujeres se acercan tanto a la verdad y sobreviven?

Miró a la mujer a su lado, y la amó. Linda estaba seria, concentrada y bella. Sí, la amo, se dijo Tony, y ella me ama. Esto es cierto y, al menos durante algún tiempo, será tangible, mensurable, auténtico. Pero no era tan tonto como para pensar que los grandes juegos del poder no tendrían consecuencias para su amor y para sus vidas privadas. También esa ilusión nacía muerta. ¿Y en el norte? En cierto modo, era su verdadera patria, para usar ese hermoso término antiguo y romántico. Allí nacían niños en laboratorios, —esa conquista final de las mujeres— pero Doris había

preferido, como millones de otras, parir al estilo tradicional aunque sin dolor. Allá habían descubierto, demasiado tarde, parecía, que reformar las estructuras era insostenible si no se rompían también las cadenas represivas e inhibitorias. Pero aquí, los cat-ox querían, o decían querer, retornar a lo que llamaban el "derecho a la vida". ¿Cuál era, entonces, su patria? Todo se había hecho un embrollo. Un terrible, despiadado embrollo que justificaba a las sectas que proclamaban el Armagedón, el fin de la especie, el capítulo último del planeta.

Pero su vida aquí había sido un calco de la vida de allá. Tony sintió que una Era se terminaba, pero nadie parecía saber cómo sería la próxima, ese Acuario de los esotéricos. Los fanáticos lo sabían: había que regresar. Comenzar de nuevo. Todo esto era absurdo y tardío. Las ideas surgen de la realidad, y no viceversa, y había que esperar que el inconsciente colectivo, a tropezones, construyera una nueva realidad. Y sólo entonces, el hombre, ese ser que se creía sapiens, estaría en condiciones de imaginar que tenía una nueva idea. Muy pesimista, se dijo Tony. Y añadió: no, no es pesimismo. Pesimismo es el apodo burlón del realismo, tal como había aprendido en Cornell. El hecho de que no se entendiera a sí mismo podría significar que se estaba integrando al cosmos, una de cuyas obligaciones no es ser comprensible. Bienvenido, Dios, pensó Tony. Eres la forma más elegante del renunciamiento.

A la altura de una antigua galería comercial descubrieron una de las covachas. Los muñecos en la puerta copulaban sin pausa y sin entusiasmo, repitiendo una y otra vez sus movimientos mecánicos. Un grupo de chiquillos andrajosos vendía drogas falsificadas en la puerta, disputándose el lugar con prostitutas infantiles y adultas de ambos sexos. Se escuchaba una música interrumpida por redobles de tambor, al estilo circense.

Tony y Linda entraron, bajo la mirada indiferente de un par de gigantes porteros, y se encontraron en la habitual atmósfera de humo acre y dulzón, las mesitas bajas llenas de tragos y ceniceros ante sofás, las luces amortiguadas excepto por el reflector que iluminaba, como el de una sala de operaciones, la plataforma

céntrica. Sudorosos camareros recorrían el lugar, respondiendo a timbrazos de las mesas, balanceando bandejas y sin tiempo de fijarse en las contorsiones de los dos hombres y la mujer de la plataforma.

El acto terminó mientras entraban Tony y Linda, y la concurrencia aplaudió cortésmente mientras los intérpretes saludaban restañándose el sudor y el semen. Un hombre desnudo ocupó la plataforma y habló al micro que le colgaba del cuello.

—Distinguidas damas y caballeros: nos aproximamos al momento cumbre de esta noche en el local preferido por el público de buen gusto...

Una especie de maitre d' se acercó a Tony y Linda.

—Quisiéramos un reservado, por favor —dijo Tony, tratando de que su voz sonara lujuriosa.

—Cómo no, señor. Síganme, por favor.

Echaron a andar por el borde de la sala, mientras el animador continuaba presentando el siguiente número.

—Todos ustedes han oído hablar de Miss Janice O'Hara. Pues bien: después de sus éxitos internacionales en París, Moscú, Nueva York y Sao Paulo, está aquí. Sí, señoras y señores. ¡Aquí, en nuestra ciudad! Y para los que no hayan oído hablar de ella, cosa prácticamente imposible, bastará agregar: ¡Janice, la amiga de los caballos! ¡Sin trucos, sin trampas, sin espejos, señoras y señores! La verdad, pura y desnuda, eso es lo que ofrece el Rincón Sexi del Jirón de la Unión, damas y caballeros. ¿Y para qué seguir hablando cuando lo que ustedes esperan es acción? ¡Y acción tendrán, señoras y señores! Agárrense bien a sus sofás, al sexo de sus compañeras y compañeros ¡porque aquí se acercan ya Janice O'Hara y su amante, el Pony Erótico!

Tony y Linda vieron, antes de ingresar al reservado, a una pelirroja que, vestida con un delantal y nada más, con el índice en la boca y sonriendo inocentemente, traía de la brida a un pony. La puerta del reservado se cerró tras ellos mientras resonaban calurosos aplausos y el maitre d' se llevaba un pedido de champaña.

—Afortunadamente nunca dejo de llevar mis cheques de viaje—dijo Linda. Miró a Tony y sonrió pícaramente: ¿Estás seguro de que no preferirías ver al pony y a la pelirroja?

—Hoy no —dijo Tony—. Además, ¿qué hay de nuevo en el mundo? La primera foto pornográfica de la historia, tomada en el siglo XIX, mostraba a una mujer y a un caballo. Y por cierto que el caballo era más hermoso. Me preocupa otra cosa: que esté vigilada también la agencia aérea. Entonces sí que estaremos fritos.

—Yo no lo creo —dijo Linda, mientras el camarero, descorchaba el champaña con una reverencia—. Pienso que entretanto ya se habrán cruzado varios mensajes entre Norteamérica y el Directorio Regional. Para dentro de unas horas, el Directorio Regional habrá comprendido que no tiene salida. Y matarnos no mejoraría sus perspectivas. No sólo envié un mensaje a Miranda; también aclaré la situación a Simmons, en Mobile. Calculo que a estas alturas ya estarán disparando mensajes a todas las tropas mercenarias del Directorio Regional para que no sigan aceptando las órdenes locales. A más tardar al amanecer Miranda sabrá que no cuenta con sus mejores fuerzas. Nos dejará irnos, Tony. Es lo mejor para él.

—Mmmm.

Bebieron del champaña, helado y adulterado.

—¿De quién aceptaron órdenes? —preguntó Tony.

Conocía la respuesta, pero quería oírla de Linda:

—Del Cardenal Negro, por supuesto. Salud, querido.

—Yo creo que ustedes los gringos son idiotas. Lo pensé en Cornell y me ratifico.

—Es posible. Pero entonces habría que aceptar que los idiotas gobiernan el mundo.

—Esa no es ninguna primicia. Basta ver cómo está.

Linda se acercó a él.

—¿Por qué no besas a una idiota? —preguntó.

Para sorpresa de ambos, pero sobre todo de Tony, hicieron bastante bien el amor.

once

Tal como había supuesto Linda, no hubo problema alguno cuando bajaron del taxi, ingresaron a la agencia y Linda pidió un segundo boleto para Antonio Tréveris. Nadie los había seguido desde la covacha, y a nadie llamaron la atención sus nombres.

El taxi los había depositado en la agencia, en Ancón, tras un molesto incidente en la vía. Por un momento, Linda y Tony habían creído, al ver un bloqueo policial, que iban tras ellos. Pero uno de los guardias —del Directorio Regional— se acercó al taxi y metiendo la cabeza por la ventanilla de atrás saludó y anunció:

—Lo siento, señores, pero tendrán que elevarse para un ligero desvío.

—¿Qué ocurre? —preguntó el chofer.

—Una pandilla ha asaltado un vehículo de transporte de alimentos. Los asaltantes son todos niños, y le cuento porque es muy difícil acertarles con el fusiláser por lo movedizos que son. Han incendiado el camión, pero ya los estamos dispersando.

Tuvieron que dar, efectivamente, un rodeo, elevándose a unos veinte metros de altura y bordeando la escena a unos doscientos metros de distancia, Tony y Linda pudieron ver el camión volteado, humeante, y a los policías persiguiendo a los chicos. Varios de ellos yacían, muertos y ennegrecidos, junto al camión.

—Linda despedida —dijo Tony.

—Ya no necesito hacer más discursos, ¿no es cierto? —preguntó Linda, cogiendo la mano de Tony.

—No sé por qué —respondió él—, pero hoy me siento patriota. Por primera vez siento que ésta es una tragedia *mía*.

—Es una tragedia de todos, Tony.

—¿Qué ha ocurrido para que comprendamos que es una tragedia? Hasta ayer, era lo normal. Hoy es una monstruosidad. Y justamente cuando lo descubro, comprendo, a la vez, que todas las soluciones son falsas.

—Alguna habrá. Los seres humanos la descubriremos.

—Vamos, Linda. Ni tú ni yo ni nadie somos ya seres humanos. Perdimos esa condición en algún momento del pasado, al cual ya no podremos volver y que ha escapado, para siempre. ¡El Directorio Supremo y los Católicos-Ortodoxos! ¡La Santa Alianza! Qué horrenda broma, Linda.

—Todavía podemos robarle un poco de felicidad al mundo.

—Yo me he pasado la vida robándole felicidad al mundo. ¿Dónde se fue? Niños asesinados en nombre de la libertad, gente flagelada en nombre del amor de Dios, llagas en nombre de la limpieza: ¡Qué mundo, Linda! Míralos: todavía se pueden ver, ahí atrás.

—No, no voy a mirar —dijo Linda—. Mis ojos no los van a resucitar. No puedo asumir las culpas del mundo. El sufrimiento seguiría y yo sólo ganaría la crucifixión. ¡A la mierda, Antonio Tréveris, con todo y con todos!

Linda, notó Tony al mirarla sorprendido por esa explosión, tenía lágrimas en los ojos. El se los restañó con un pañuelo de papel que extrajo del bolso de Linda.

—Vamos, vamos —dijo—. Las ejecutivas no lloran. *Come on*, asesora King... Veo niños muertos reflejados en tus ojos gringos, en tus ojos indiferentes de *business-woman*. No debiste venir al Tercer Mundo, cariño. Aquí las sopas se comen a la misma temperatura en que se cocinan. No hay nada entre tú y la realidad; eso es lo malo de estas partes del mundo.

El taxi volvió a la carretera y luego los dejó ante la agencia aérea. Poco después, con el boleto en las manos para el vuelo de las once horas a Nueva Jersey, Linda y Tony se embarcaban en el servicio normal de pasajeros al aeropuerto internacional de Huacho. Cuando llegaron, veinte minutos después, eran las diez y treinta. Una ligera neblina bordeaba el aeropuerto y el mar, lo cual daba frescura al día.

Tony utilizó un visófono público para llamar a Doris. Le explicó brevemente la situación.

—Hace apenas media hora llamó el presidente Miranda —dijo Doris—. Quería hablar contigo. Me dio su versión de los sucesos y, como yo nada sabía, me quedé en la luna. Y debo confesarte que sigo allí.

—¿Qué más dijo Miranda?

—Sonó un poco como esos avisos de la televisión: "Todo está perdonado. Vuelve, con o sin tu amante". Dijo que por favor disculparas cualquier malentendido, que podías volver cuando quisieras pero que se respetaría cualquier decisión que tomaras. ¿Qué significa todo esto, Tony?

—Ligero cambio de política. Todo está en regla ahora.

—Pero estás en el aeropuerto.

—Creo que es lo mejor irme por un tiempo. Si quieres, puedes seguirme dentro de un par de días o cuando te convenga, o esperar mi regreso.

—¿Qué es eso que he escuchado de que el Cardenal de los católicos-ortodoxos ingresa a la administración?

—Así es. Es lo que antes se llamaba un gobierno de coalición.

—Pero, ¿con esos locos?

—Mejor tenerlos adentro y controlados, que afuera y subversivos. —

—No sé... —respondió, dubitativa, Doris.

—En realidad, yo tampoco sé. Nadie sabe. Pero así es como están las cosas.

—Tony Tréveris, ¿no será todo esto una manera de agenciarte una escapadita con Linda King?

—Algo de eso hay. Pero a la larga me aburriría sin ti.

—Gracias. Sigues hablando, al menos, como un caballero.

—En todo caso, Doris, mantén esta llamada y esta conversación como confidencial, por lo menos hasta el mediodía.

—¿Por qué? ¿Te llevas la caja de la compañía?

Tony rió.

—De todas maneras, yo hablaré con el Directorio Regional desde el avión.

—¿No crees que ya habrán interceptado esta llamada?

—No. El Directorio Regional ya no está en condiciones de interceptar nada. Y el Cardenal tiene otras cosas que hacer. Como por ejemplo darles la noticia con cuentagotas a sus impredecibles feligreses. El júbilo popular podría ser peor que un cataclismo.

—Llamada a los pasajeros del vuelo 301 con destino al espacioport de Nueva Jersey —anunció una voz femenina—, vía Bogotá, Habana y Miami: favor de abordar al aparato.

Mientras el mensaje se repetía en inglés, alemán y ruso, Tony y Linda salieron a la rampa donde esperaba el pequeño bus que los llevaría al avión-cohete. Sólo dos pasajeros llevaban un maletín. Los demás, como Tony y Linda, no llevaban sino una especie de grueso poncho hermético sobre el brazo para enfrentar el enero norteamericano, poncho comprado en el mismo aeropuerto.

—Odio estos vuelos lentos con muchas paradas —dijo, más tarde, Linda—. ¿Era realmente necesario salir tan rápido en vez de tomar el expreso?

—Nunca lo sabremos —respondió Tony, mirando el desierto que, ocho mil metros bajo ellos, corría velozmente hacia el sur.

Fue tan sólo al hallarse sobre el Caribe, fuera ya de la jurisdicción de Sudamérica-Oeste, que Tony conectó el visófono que tenía delante. A la señorita que le sonrió, le pidió:

—Comuníqueme, por favor, con Gabriel Miranda, presidente del Directorio Regional de Sudamérica-Oeste, en la sede central de Lima.

—¿Quién lo llama, señor?

—Antonio Tréveris, Director Regional... y Linda King, asesora del Directorio Supremo.

—¡Tony! —exclamó, seis minutos más tarde, el regordete rostro del presidente Miranda, mirándolo agitadamente—. ¿Qué haces ahí? Bueno, como si no lo supiera. Siento lo ocurrido anoche, Tréveris. Todos estuvimos muy nerviosos.

—Hasta que un mensaje del norte les sirvió de tranquilizante.

—Así es. Al mal tiempo, buena cara: una excelente máxima, en los negocios y en el amor. Supongo que a tu lado está Miss King.

—Hola, Miranda —dijo Linda, ampliando el objetivo que la enfocaba.

—Hola, Miss King. Bueno, debo decir que ninguno de nosotros ha dormido muy bien anoche.

—Habla por ti mismo —sonrió Tony y miró a Linda—. Pocas veces he dormido mejor. En el cuarto de al lado se presentaba Janice O'Hara con su pony erótico. Absolutamente dormitivo.

—Bromas aparte, Tony. Lástima que hayas creído conveniente abandonar tu puesto. Te necesitamos más que nunca. El Cardenal simpatizó mucho contigo.

—¿Ya han llegado al nivel del chisme personal? ¿Quién dijo que los latinos somos lentos?

—Se abre una nueva época en esta región, Tony. Una era de paz, concordia y producción. Mucha producción. ¿Quién hablará por Epesa?

—Supongo que será Crucible. Te lo confirmaré después. Ese Crucible es el tipo más adecuado para capear el temporal.

—¿Cuál temporal? El Cardenal es un hombre que ha demostrado ser muy tratable. Un verdadero vendedor de coches usados, Tony. Epesa seguirá adelante, como seguiremos todos. Y desde ahora vamos a hacerles caso a las computadoras. Nos han dado un tirón de orejas los del Directorio Supremo. A propósito: acabo de recibir una nueva demanda por usted, Miss King. ¿Sería usted tan amable de comunicarse con Simmons o con cualquier otro e informarle que no nos la hemos comido viva?

—Claro que sí —dijo Linda.

—Habrá que limitar la propaganda, imponer el uso de recetas para algunos de los estimulantes más... digamos... conflictivos, y algunas cosas más. Ah, y pasaremos una severa ley contra los que inciten a los menores a consumir estimulantes.

Tony recordó a los niños muertos en la carretera y suspiró. Eso, pensó, se llama coger el toro por las astas. Ya que no los dejamos vivir, que por lo menos no mueran drogadictos. La piedad cristiana del Cardenal Negro. Una nueva época, sí.

—Diviértete en el norte, Tony —dijo Miranda—, pero no olvides a los amigos. ¿Estás seguro que no quieres bajar en La Habana y tomar el cohete de regreso?

—Eh, eh, déjame mi luna de miel —respondió Tony, pero no sonreía—. Que me envíen la correspondencia a cargo de Disneyworld. Hace años que sueño con hacer el amor en la cama de agua de Blancanieves. Y con Blancanieves.

—Allá tú —respondió Miranda—. Pero ya sabes que serás bienvenido.

—Gracias. Suerte.

—La tendremos.

La faz sonrosada desapareció. La señorita dijo:

—Su factura asciende a 46 new dollars con 50 centavos, señor.

—Le haré un cheque —dijo Linda—. Y comuníqueme ahora con Patrick Simmons, Directorio Supremo, oficinas de Stimudrinks Incorporated, Mobile, Alabama.

—Inmediatamente.

Linda habló con una secretaria de Simmons para pedirle que los recogieran del aeropuerto internacional de Nueva Jersey. A Tony le aseguró que era preferible estar seguros.

Una suave nevada los recibió en la inmensa pradera gris a pocos kilómetros del río Hudson: una pradera de concreto que era el aeropuerto internacional que servía a Nueva York. Como de costumbre en los últimos años, no había mucho movimiento de naves. Sólo turistas audaces visitaban la ciudad centrada en la isla de Manhattan, cuyos cuatro o cinco millones de habitantes —el último censo databa de diez años atrás— seguían disminuyendo. Nunca había sido una urbe de grandes industrias, sino de pequeños talleres y grandes finanzas, cultura de alto nivel y anticultura barata. Ahora era una sombra de lo que había sido el siglo anterior, un símbolo de la muerte de las ciudades creadas por el capitalismo nacional. Ni fronteras ni ciudades, pensó Tony: en su lugar, sucursales y desconcentración. Pero en el Tercer Mundo, la cosa era diferente. Hacia allí se habían exportado todos los anacronismos.

No, no todos, reflejó Tony: cuando el helicóptero de Stimudrinks que los llevaba a Mobile descendió en una comunidad de Maryland para una cena ligera, él, Linda y los dos empleados de la empresa recorrieron una arbolada calle llena de locales invitados: Primera Iglesia de Jesucristo Astronauta, Comunidad de Hermanos Hitlerianos, Templo de la Sagrada Vida, Comunistas Cristianos, Iglesia Metodista Feminista... Linda señaló la gran svástica iluminada de los Hermanos Hitlerianos.

—¿Supiste de la más reciente decisión de la Corte Suprema acerca de los sacrificios humanos de los Hitlerianos?

—No. Ni conocía esa secta.

—Consideran que Adolfo Hitler, un lunático alemán del siglo pasado, fue Cristo en su Segunda Venida. Alguien los enjuició, hace apenas unos seis meses, porque practican sacrificios humanos.

—¿Qué dijo la Suprema?

—Los honorables jueces del comercio jurídico dictaminaron que es prerrogativa de cada ser humano practicar la religión de su

preferencia, y que los sacrificios humanos eran aceptables, como parte de la libertad individual, siempre y cuando el sacrificado haya expresado, ante no menos de tres testigos de los cuales uno ha de ser un notario público, su disposición voluntaria al sacrificio. No faltan candidatos.

—No estoy sorprendido. ¿Y ésa? —preguntó, señalando un pequeño edificio en forma de pastel de bodas. Sólo mostraba, sobre el tejado, una combinación de los signos biológicos de macho y hembra, de Marte y Venus. Linda sonrió:

—Hasta para un ser subdesarrollado debería estar claro que es el capítulo local de la Fraternidad Universal de Homosexuales. Están muy peleados con los de la Sagrada Vida, que son tradicionalistas, contrarios al aborto, a la homosexualidad y demás “espantosas degeneraciones”. Los “vitales” rinden culto a la madre: son una secta rarísima, pero muy vociferante. Se les acusa de ritos criminales como la clitoridectomía, pero no se ha podido comprobar. Si hay mujeres por ahí sin clitoris, no hablan. Me imagino —añadió Linda con un escalofrío— que después de perder el clitoris ya no les quedan muchas ganas de hacer comentarios.

—Esa es una idea que le vendría bien al Cardenal Negro. Se lo sugeriré.

Comieron en un agradable restaurante, cuyo propietario, inmenso y colorado, era también presidente del gobierno local. A los postres, vino a saludar y a sentarse con ellos.

—Espero que no me lo tomen a mal —dijo, tras haber sido invitado a unírseles—, pero me encanta charlar con visitantes. Soy un hombre un poco vanidoso. Cuando me eligieron presidente del gobierno del condado, me dije: “Philip Arrowsmith, ésta es la oportunidad de tu vida para hacer relaciones públicas en bien de tu comunidad”. Y eso es lo que hago con ustedes, ja, ja, ja. ¿Qué les parece nuestra pequeña y próspera comunidad? ¿Alguna queja?

—Ninguna —dijo Tony, sonriendo amablemente—. Es un lugar muy hermoso. Lo felicito sinceramente.

Arrowsmith resplandeció.

—Muchas gracias, socio. No pregunto quiénes son ustedes, ni me concierne. Ya me lo dirán si quieren. Lo que importa es que estén cómodos como un vendedor de éxito y felices como un gerente promovido, digo yo. ¿Café? Lo hacemos muy bien aquí.

—Sí, gracias —dijeron los cuatro comensales.

Arrowsmith hizo un gesto y chasqueó los dedos. Una camarera, vestida a la usanza antigua, con un trajecito negro y un delantal blanco, se acercó a recibir los pedidos.

—Somos un pueblo tradicional —dijo Arrowsmith, mirándola cariñosamente—. Nos gusta que la gente harta de tanto modernismo venga aquí y se sienta en un verdadero remanso campestre. Los viejos Estados Unidos, ya saben. El tiempo romántico de los jets y la televisión bidimensional. Mejores tiempos, digo yo. Y mejores negocios, sin tanta burocracia.

—Yo pensé que era el revés —dijo tímidamente Linda. Los empleados de Stimudrinks sonreían y callaban.

—Oh no, señorita, no se deje engañar por las apariencias. Claro, ya no hay un gobierno federal que se come tus impuestos, dicen. Ya no hay un gobierno estatal que se come lo que queda, salvo lo que devora el gobierno local. Eso dicen. Bah, sigue habiendo gobiernos, pero con otro nombre. Pura demagogia, socios. Ahora te sacan dinero para los “servicios esenciales”, dicen. Para los cultos religiosos, dicen. Para los procesos de estable... de estabilización financiera internacional, dicen, y ni el Santo Cristo los entiende. Pero lo que sí está claro es que te sacan plata, aunque sea para pagarles su sueldo a los que vienen a cobrar. A veces me digo, queridos socios, que mejores eran los tiempos de la política antigua, y si no fuera por esos malditos terroristas del siglo pasado que hicieron imposible la política, las cosas serían más claras. ¿Se acuerdan? ¿Han visto películas? Raptaban gentes, asesinaban oradores en las plazas públicas y en los estudios de televisión, volaban edificios, escuelas, comisarias... Terrible. Terrible, les digo. Y se acabó la política, y se acabaron las elecciones y se acabaron los partidos, y nosotros los hombres de negocios (y las mujeres de negocios) —añadió con una sonrisa bonachona para

Linda— tuvimos que tomar las cosas a nuestro cargo. Bueno, todo esto es historia antigua y yo soy muy charlatán, ja, ja, ja.

Todos rieron con él y Linda dijo, por fin:

—Mi nombre es Linda King, y soy asesora del Directorio Supremo de Norteamérica. Y éste es Antonio Tréveris, Director Regional de Sudamérica-Oeste. Los señores Roth y Mackay son funcionarios de Stimudrinks.

Arrowsmith dio un pequeño salto pero luego sonrió de oreja a oreja y les estrechó la mano a todos, levantándose ceremoniosamente.

—Es un honor para mí y para mi establecimiento... qué digo, es un honor para esta ciudad tenerles aquí. Espero que no me tomen a mal mis pequeñas críticas de viejo gruñón.

—Es un mundo libre —dijo Linda, terminando su café.

—“Libre como el comercio internacional, pacífico como la producción, utilitario como el sano alimento”, —recitó Arrowsmith—. Aquí todos somos leales norteamericanos y ciudadanos occidentales —agregó—. ¿Me aceptarán un coñac que tengo reservado para visitantes especiales? —Guiñó un ojo—. Es por cuenta de la casa, así que no podrán cargarlo a la compañía, ja, ja, ja.

Volvió a chasquear los dedos y la camarera del siglo pasado escuchó la orden y volvió con unas copitas de auténtico cristal llenas de un líquido pardo dorado.

—Francés —dijo Arrowsmith—. Auténtico. Y la fecha es 2002.

Estaba excelente y todos hicieron ruidos aprobatorios.

—Ah, sí —reflexionó Arrowsmith, mirando con melancolía su vasito vacío—. Algunas cosas se han perdido.

—Como la política —señaló Linda, sonriendo.

—Sí. Mi padre me contaba de los mítines a que había asistido con mi abuelo. En fin. ¿Seguirán viaje hoy mismo o piensan honrar a nuestro pueblo pasando la noche aquí?

—Le agradezco, pero tenemos urgencia —respondió Linda.

—Sí, sí —dijo Arrowsmith—. Todo es urgente ahora. Más y más rápido. Ya la gente no vive con la calma de los viejos tiempos. Es una carrera de ratas, le digo, socia. No hay tiempo para nada. Uno se mata trabajando y ¿para qué? Igual se lo comen los gusanos.

—¿Los gusanos?

—Bueno, es una manera de hablar. El fuego. Pero le contaré que yo ya he hecho disposiciones testamentarias para que me entierren, como antes se hacía, en la buena tierra.

—Pero eso no está permitido —dijo Tony.

—Oh, sí —dijo Linda—. En Norteamérica sí. En muchos lugares la gente vuelve a esa costumbre.

Se levantaron y agradecieron a Arrowsmith.

—Vuelvan pronto —les dijo, a la puerta de su establecimiento—. Siempre serán bienvenidos, y que Dios les acompañe.

Tony, Linda, Roth y MacKay salieron al suave atardecer. Aún tenían un buen trecho por delante y Tony, indeciso y confuso, había pedido viajar con calma. No tenía apuro alguno, puesto que nada concreto les esperaba. Sabía que era un extranjero, pese al fin de las nacionalidades, y el concepto no había muerto: apenas se había transformado. Era un exiliado, un hombre que había perdido algo —¿un territorio? ¿una misión? ¿un sentido?— y ni siquiera sabía con qué podría reemplazarlo. Claro, él había sido educado como una criatura internacional, como un miembro de la secta ejecutiva internacional, pero esa extraña patria se le desintegraba entre los dedos. Aquí, pensó, podría vivir tranquilo, pero el derrumbe del sistema —de la parte del sistema que a él le concernía más directamente— le hacía dudosa esa tranquilidad. ¿Acabaría, acaso, buscando un puerto en esa infinidad de sectas, en algún deporte electrónico, en alguna de esas comunas de retorno-a-la-vida-sencilla? Lo consideraba difícil: parte de su educación había sido un enérgico cinismo, producto del choque entre su vida y la de las ratas del Tercer Mundo. Aquí, en Norteamérica, o en Europa, quizás había lugar todavía para la necesaria ingenuidad. El era un desplazado aquí y allá. Crucible era religioso; se entendería de al-

guna manera con los cat-ox, suponiendo que no fuera uno de ellos. Linda, por su parte, sufría horrores por los pobres del mundo, pero eso no le impedía justificar o al menos aceptar su propia bienaventuranza. ¿Pero él, Tony Tréveris, dónde encajaba?

Necesitaba pensar, y aprovecharía este lento vuelo sobre los bosques, praderas y colinas de Norteamérica para hacerlo. Sobrevolando comunas, centrales solares, colonias y bunkers de grandes corporaciones enclavadas entre vacas y arroyos, recordó las arenas invencibles, las rocas peladas, los kilómetros y kilómetros de covachas y chozas (y los aislados palacios-fortalezas, y las residencias amuralladas, y los campos de golf) del mundo que había dejado atrás. "Un mundo o ninguno", había dicho alguien, un siglo antes. Era como superponerle una fórmula matemática a un baile de disfraces.

Recordó, también, rostros: de hombres gastados y de mujeres ajadas, de esqueletos minúsculos que se llamaban niños, de látigos y drogas y muertes y torturas que eran, también, rostros, tras haber sido tan solo hechos de la naturaleza. Y pensó en cuerpos hermosos, floridos, alegres, flotando sobre un pantano que era la realidad y la recusaba. Vio al sonriente Arrowsmith, hombre de Dios y de Comercio, pilar de su pequeña comunidad, de esa célula entre células de un organismo gelatinoso como una malagua, y vio todo como un triunfo del cáncer sobre el universo.

—¿Y ahora? Harto de dar vueltas, mentalmente, sobre series infinitas de contradicciones que no acababan, al parecer, de convertirse jamás en unidades sintéticas, sintió nacer en él la esperanza de que, quizás, en Mobile encontraría una respuesta. Sabía que Mobile no era un centro, que ya no había centros o que, si los había, estaban ocultos y difuminados como el sistema mismo. ¿Habría un centro, un núcleo, una respuesta final en el Imperio Asiático, o también allí todo se disolvía en cadenas sucesivas, en cajitas chinas que contenían otras cajitas hasta el infinito?

—¿Quién nos espera en Mobile? —preguntó a Linda.

—Hablarás con Simmons —respondió ella—. Y quizás...

—¿Quizás qué?

Linda calló.

—Déjalo todo por mi cuenta —dijo finalmente.

—Eso vengo haciendo casi desde que nos conocimos —respondió Tony.

Ella sonrió y lo besó, impulsivamente, sobre una mejilla.

—Eres mi invitado —dijo.

Tony suspiró. Debajo de él, se cruzaba una agrietada autopista con el riel de un monorriel eléctrico. La carretera estaba casi vacía, pero por el monorriel avanzaba velozmente un largo tren plateado. Por los aires surcaban helicópteros, pero pocos. Viajar físicamente no era ya una obsesión norteamericana.

Con el crepúsculo llegaron a Mobile: campos, una represa que formaba un pequeño lago con veleros, un anfiteatro y en las afueras, dominando las casitas y campamentos donde ya ardían fogatas, la alargada mole blanca de Stimudrinks, un edificio de dos kilómetros de largo y quinientos metros de ancho, que reposaba como una inmensa tumba elongada en el verde parduzco bajo los últimos rayos solares. Se encendían luces, mientras descendían, y Tony, irracionalmente, pensó en una casa-hacienda, de aquéllas que se conservaban todavía en Sudamérica, en torno a las cuales giraban la vida y la muerte en otros siglos.

MacKay, que guiaba, dirigió el aparato hacia el helipuerto número uno, reservado a los más altos ejecutivos. Un guiño de luces y unas palabras por la radio habían bastado, y ahora el piloto descansaba mientras desde tierra los atraían al sitio previsto. Se posaron y Roth y MacKay saltaron a la azotea que no estaba a más de 15 metros de tierra, fijando las ruedas y luego abriendo las portezuelas para Linda y Tony.

—Bienvenidos a casa —dijo MacKay, sonriente.

Con una inclinación de cabeza, Tony extendió una mano para ayudar a Linda.

—Oh, maravilla —dijo ésta, dándole la mano y adoptando aires de dama antigua. El no hizo caso de la broma. Estaba demasia-

do nervioso, y no sabía porqué. Cuando descendieron al interior del edificio de dos pisos, cuyos corredores no eran rectos —gestión de los sicólogos de la empresa, preocupados por la neurosis-del-corredor-infinito— sino ligeramente curvados, como una serpiente kilométrica, y con variaciones de color y textura, supo el motivo de su nerviosidad. Aquí, en este edificio, se decidiría el resto de su vida.

Por eso le causó una sorpresa, un desagradable malestar, una sensación de vacío en el estómago, trasponer tres puertas y otras tantas secretarías armadas, para que finalmente Linda le hiciera tomar asiento frente a un televisor holográfico con las palabras:

—Te presento a Patrick Simmons, *my boss*.

Tony se dejó caer en el asiento, mientras frente a él, en tercera dimensión, con toda la apariencia de realidad superior a la realidad, se formó la imagen sonriente de un anciano increíblemente arrugado, sin un solo cabello en la cabeza.

—Hola, Tréveris —dijo la voz, tan apagada que Tony tuvo que hacer un esfuerzo por entenderla—. Hola, Linda King. Bienvenidos a Stimudrinks.

—Buenas... buenas noches, señor —balbuceó Tony.

Al notar la confusión de Tony, Simmons se volvió, con lentitud, hacia Linda.

—Nuestro amigo parece estar sorprendido, Linda. ¿No le has explicado?

—Pensé que era mejor que usted lo hiciera, Patrick.

—Mmmm, sí, quizás tengas razón. Pero soy un hombre cansado, señor Tréveris, mi querido socio. Que soy viejo, es evidente, ¿no es cierto? Pero no lo es tanto que estoy cansado.

Con un guiño malicioso de uno de sus ojitos acuosos, azules, preguntó en tono casi infantil.

—¿A qué no adivina usted mi edad?

Tony miró a Linda, desconcertada, quien le hizo un gesto de ánimo.

—Bien, pues... yo diría... ¿unos ochenta años?

La habitación resonó con una risita de hechicero.

—Nací exactamente el 19 de octubre del año del Señor de 1900, amigo mío. Y si me ve usted como me ve, es porque en el fondo soy un hombre anticuado que siempre se negó a los tratamientos de rejuvenecimiento físico, aunque no a los psicológicos.

—¿134 años, señor? —preguntó Tony.

—Sí... Bueno, no es un récord, ¿verdad? Existen personas de más edad. Algunas de ellas hasta parecen menores que yo... Pero siempre he creído, con razón o sin ella, que el rejuvenecimiento físico de alguna manera repercute negativamente en la mente. Creo que los viejos con cara de bebé tienen un cerebro infantil... o de viejo chocho: en resumen, de imbécil. En todo caso, es asunto mío. ¿Usted juega al golf, socio Tréveris?

—Bueno, sí... Pero, ¿qué...?

—Linda, hija —dijo Simmons—, ¿por qué no traes a tu amigo aquí? ¿Le gustaría jugar una partida de golf conmigo, Tréveris?

—Claro, señor. Pero, ¿dónde está usted?

El viejecito volvió a reír con malicia.

—Díle, díle, Linda. Explícale dónde jugamos al golf ahora.

Linda suspiró, con un gesto de ligera impotencia.

—Lo llaman, precisamente, el Campo de Golf —dijo, señalando hacia el techo.

—¿La azotea? —preguntó, incrédulo, Tony.

Simmons siguió riendo hasta atorarse entre resoplidos y lágrimas.

—Siga adivinando, Tréveris. Va usted bien encaminado, pero haga otro esfuerzo.

—Patrick —dijo Linda.— Pensé que íbamos a explicarle las cosas a Tony una tras otra.

—Más arriba —dijo Simmons, escupiendo en su pañuelo, tosiendo y divirtiéndose.

—Se refiere al satélite —dijo Linda, deseosa de cortar este asunto de una buena vez.

—¿El satélite? —preguntó Tony.

—Sí, el satélite. Ningún miembro del Directorio Supremo está en la Tierra desde hace años. Todos ellos, sus familias, y cien mil personas más residen permanentemente en el satélite que todo el mundo ha sido inducido a olvidar con muy buenas razones.

—Pero, si es así, ¿quién...?

—¿Quién administra el mundo? Las computadoras, Tony.

—Eso es, las computadoras —dijo Simmons—. Hermosas y útiles máquinas, más sabias y racionales que doce o quince personas sometidas a sus hígados, vesículas, corazones y neurosis, Tréveris.

—Hace bastante tiempo ya —añadió Linda—, que ningún Director Supremo toma una decisión realmente importante.

—Quizás tengan que volver a hacerlo... si pueden —dijo Tony.

—¿Cómo dijo? —preguntó Simmons, poniéndose una mano tras la oreja.

—Que podría ser necesario que el Directorio vuelva a tomar decisiones —repitió Tony—. Sucede que hay una crisis en el mundo.

—Crisis, tisis, misses —dijo Simmons—. Ya lo discutiremos cara a cara. Y jugaremos al golf, ¿eh? Tráelo, hija. Tráelo esta misma noche.

—Estamos cansados, Patrick —dijo ella.

—Linda, te digo que lo traigas esta misma noche—. Simmons se había puesto muy serio.

—No, Patrick. Mañana —insistió con voz firme Linda. Tony estaba muy sorprendido, y lo estuvo aún más cuando Simmons se sometió.

—Bueno. Pero que no pase de mañana. Estoy harto de ganarles a los imbéciles que me rodean aquí. ¿Quieres que te diga una cosa, Linda? Hay Tierra Llena. Y los estoy viendo. Están ustedes justamente en el borde, y acaban de entrar en la noche—. Rió fuertemente y volvió a ahogarse. —Yo los veo a ustedes, y ustedes no me ven a mí. Mañana, sin falta.

La imagen se desintegró, y Tony y Linda quedaron solos en la oficina. Pero Tony, además, pareció quedarse solo en el mundo.

doce

—¿Recuerdas que una vez te dije que nada había arriba?
—preguntó Linda, mientras el cohete llamado Executive los acercaba a la gran rueda en el cielo.

Tony miraba por una de las ventanillas. La curvatura terrestre llenaba el horizonte.

—Es peor que eso —respondió—. No es sólo un vacío.

—¿Te refieres al estado de Patrick? ¿Qué importa? Se ha ganado su jubilación. Ser Director Supremo se ha convertido en un cargo honorífico, como el de los reyes del siglo pasado. Una cosa tan compleja como la administración del mundo ya no puede depender de un grupo de seres humanos, y menos de uno solo. Las cosas que ha descubierto la siquiatria desde Freud son demasiado terribles para que podamos arriesgarnos.

—Y sin embargo, en el Tercer Mundo, los hígados retornan al poder.

—Ya se verá. Confío en las computadoras. Ellas sabrán manejar el problema. Ya Miranda nos dijo que también ellos entregarán el poder a las computadoras.

—No dijo tal cosa. Dijo que las utilizarían. ¿En el Imperio Asiático también sucede esto?

Linda rió brevemente.

—Su satélite es el doble en tamaño y en población.

—Todo esto, supongo, terminará en un pacto entre máquinas por encima de los hombres. Oh, bueno —suspiró—, me imagino que es mejor así. Todo será más objetivo y racional, ¿no es eso?

—Por supuesto... creo —dijo Linda.

Hicieron la transferencia al satélite en pocos minutos. Linda le explicó, mientras avanzaban por la gran sala de recepción llena de plantas tropicales, brillante tras los inmensos cristales levemente polarizados, que hacía varios años se había interrumpido el servicio regular de cohetes al satélite. Este era autosuficiente, y los únicos viajes eran a pedido, como el de ellos.

Mirando hacia el techo y las paredes transparentes, Tony, sintiendo la ligereza de una media gravedad terrestre, comentó que nunca gobernante alguno había tenido tal visión de sus dominios. Era el *súmmum* del poder pero, al mismo tiempo, su negación. El cenit del poder se dijo, y en ese preciso momento el hombre abdica. ¿Es el hombre el Padre, y las computadoras el Hijo? ¿Son ya las computadoras, como insinuó alguien el siglo pasado, la forma más alta de vida inteligente en la tierra? ¿Los padres superados por sus criaturas? ¿Parricidio? ¿O todo esto no era sino especulación barata y aterrizada, como las de los salvajes que adoraban al rayo y al trueno? ¿El hombre no se había asustado siempre de sus propias creaciones, para refugiarse en temores recónditos del inconsciente colectivo? ¿A qué viene este terror?

Una gran rueda, en buena parte transparente, con un diámetro de diez kilómetros, con cien mil personas, cubículos transparentes y coloridos, pequeños parques y locales de juego, templos para los que los necesitaran, huertos hidropónicos y fábricas de carne. ¿Jardín del Edén postrero y tecnológico? ¿O un infierno especialmente sutil en el cual una tardía y perfecta oligarquía se miraba en un espejo sin bordes?

Tony veía personas —muchas de ellas totalmente desnudas— caminando, deslizándose sobre pequeños vehículos, jugando, riendo o realizando pequeñas tareas artesanales. Les sonreían al pa-

sar, agitaban una mano, a veces se acercaban a preguntar, sin mucho entusiasmo, si había algo de nuevo en la vieja Tierra.

—La serpiente —dijo Tony en voz baja a Linda—. Busco la serpiente.

—Quizás seas tú —respondió Linda.

Tony torció el gesto sin responder. Se le ocurrió que podía ser verdad. Adivinó que ninguno de los residentes del satélite había llegado allí para formular preguntas, y mucho menos dispuesto a buscar contestaciones. El sí. El venía de un mundo que no se consideraba a sí mismo como la culminación de la evolución, sino, en todo caso, como un inquietante compromiso. Pensó en Atenas y Esparta, y en todos aquellos imperios aparentemente eternos; en todas aquellas agrupaciones humanas que habían arribado a lo que para ellas era el estado supremo: ocio, hedonismo, cultura, delicadeza, sensibilidad. Y cómo, en sus bordes o en su interior, habían madurado fuerzas rígidas, duras, puritanas, fanáticas, unidas tras una Idea, una Nación, una Fe, una Bandera, una Raza o un Mesías, llenas de desprecio para con esa blandura, esa tolerancia, esa libertad —que ellos consideraban, y a menudo era, egoísmo— y terminaban con barrerlas. Hasta que ellas mismas, a su vez, prosperaban y se ablandaban, se hacían tolerantes, buscaban el placer y la inmortalidad, para a su vez... etcétera.

A Tony le pareció simbólico que el "campo de golf" fuera una rueda, no necesariamente porque la historia humana fuera eso, sino porque —como el satélite— avanzaba, sí, pero en medio de una negrura infinita cuyo comienzo y cuyo fin se hundían en un magma desconocido cuyo sentido estaba tan oculto que equivalía a no existir.

Encontraron a Patrick Simmons, sentado en una perezosa, al borde de un campo de minigolf, con tragos helados sobre una mesa y un robocaddy que cargaba los palos.

—Hola, hola —dijo el Director Supremo—, y perdonen a este viejo por no levantarse por ahora. Ya lo haré cuando comience el partido de golf. Siéntense, socios.

Y señaló a otras perezosas cercanas. Tony y Linda las arrimaron cerca a Simmons y se sentaron.

—Bueno —dijo el anciano—. ¿Qué le parece todo esto, socio?

—Muy hermoso —dijo Tony, sin deseos de comprometerse.

—Traiga usted a su familia, si quiere. Puede pasar unas lindas vacaciones aquí.

—¿En ningún momento se llena esto? —preguntó Tony, señalando el entorno.

—Oh, estamos construyendo un segundo satélite —respondió Linda por el viejo—. Aunque en realidad no hay mucho apuro. Casi no hay nacimientos aquí. Menos, aún, que en Norteamérica o Europa. Hay más defunciones que nacimientos. Pero la idea es ir ampliando... Que cada vez más personas vivan con nosotros. Ahora es una especie de premio. Quizás llegue a convertirse en un derecho.

—Sí —dijo Simmons—, por ahora hay una mayoría de gente de más de cincuenta años. Ejecutivos jubilados, casi todos; algunos grandes artistas y científicos, aunque casi todos son, también, ejecutivos; militares, si es que se les puede calificar así, pero ésa es una de las pocas profesiones que no cambian mucho; líderes religiosos retirados... en fin.

—¿Y del Tercer Mundo?

—Pocos, pero los hay. Aquí no discriminamos a nadie, pero los requisitos son duros. Los iremos suavizando...

Bebieron. Y luego, a invitación de Simmons, jugaron una partida de golf, mientras Linda, ajena, los observaba. Simmons ganó.

Durante las siguientes semanas, Tony conoció a otros miembros del Directorio Supremo. Doris y los chicos llegaron, especialmente invitados, a pasar quince días en el campo de golf y volvieron a partir, después de relatar que, casi indoloramente, los cat-ox habían comenzado a dominar en Sudamérica Oeste. Doris decidió establecerse en Norteamérica hasta que Tony supiera qué iba a hacer. Es sobre esto que, al iniciarse el tercer mes de su es-

tadía en el satélite, discutieron, en su presencia, los miembros del Directorio Supremo.

Como de costumbre, casi ninguno estaba físicamente allí, alrededor de Tony. Sólo Simmons y dos más; el resto hablaba desde sus cubículos, cómodamente echados. La idea, escuchó Tony, sugerida —para darle un nombre— por las computadoras de California, era nombrarlo jefe del proyecto Nuevo Comienzo.

Era una buena propuesta. Linda, su principal artífice —eran los asesores quienes se encargaban de alimentar de información a las computadoras, según descubrió Tony, maravillándose del poder que ello otorgaba a Linda y a sus colegas— había convencido a las objetivas computadoras de los méritos de Antonio Tréveris.

Cuando Tony preguntó en qué consistía el proyecto, Simmons lanzó su risita cascada y nada dijo. Fue Linda la que, al principio dubitativamente, y luego con mayor determinación, explicó las conclusiones a que habían llegado las computadoras.

—Voy a ser muy breve, Tony —comenzó—, y a darte la información en resumen, dejando los detalles para más adelante.

“Como todos sabemos, la exploración espacial y la búsqueda de eventuales colonias terráqueas, quedó prácticamente interrumpida al comenzar este siglo. Los costos, la inexistencia de planetas habitables en nuestro sistema, la barrera al parecer infranqueable constituida por la velocidad de la luz, que nos impide pensar en llegar a las estrellas, y un quizás indebido optimismo transitorio en esos años, son los responsables de esa interrupción. Hicimos los satélites, encubriendo su verdadero propósito con discursos acerca de la explosión demográfica, y allí nos detuvimos... oficialmente. Claro que fue difícil mantener el secreto. De hecho, no se pudo mantener. Pero los periodistas, a la mayoría de los cuales se negó el acceso por razones de protección a los residentes, aceptaron la versión de un “asilo para ancianos” costoso. Los que dejamos venir, se callaron porque les ofrecimos —y cumplimos— otorgarles residencia permanente aquí a partir de los cincuenta años. Una que otra vez se filtró algo, pero hay maneras, también, de acallar a la prensa libre, y sin violencia. En todo caso, a lo que

voy es a que entretanto hubo científicos que no se resignaron al fracaso espacial y continuaron trabajando, provistos de fondos secretos por parte de empresas que tampoco se resignaban. Las computadoras desempeñaron también un papel importante, ordenando que, sin mayor publicidad, se siguiera trabajando en esto.

“Hace dos o tres años, registramos el primer éxito. Y, aunque parezca increíble, fue el despreciado Plutón el que vino en ayuda de la Humanidad. Es, por supuesto, un planeta totalmente muerto y congelado, pero descubrimos —en base a puras deducciones matemáticas fundadas en análisis espectrográficos y de otra índole— que, por lo que parece ser un capricho de la naturaleza, Plutón es volcánico. Es decir, que tiene un núcleo caliente activo como el de la tierra. Esto nos dio la idea de aprovechar ese calor, que no basta para hacer habitable la superficie, pero que hace concebible la construcción de ciudades subterráneas, o para ser más exacta, subplutonianas.

“Hemos enviado dos naves automáticas a Plutón, cuyos datos están en poder de las computadoras. Los resultados son positivos. Costará una enormidad, pero es posible. No menos de diez millones de personas pueden, tras un plazo de unos veinte años, establecerse allí”.

Linda soltó una risita, coreada por los demás, y agregó:

“Las computadoras insistieron en ser trasladadas también a Plutón. Tampoco se sienten seguras ya en California... y ni siquiera lo estarían en el satélite, suponiendo que pudiera ser posible acomodarlas aquí. Ahí tienes un interesante aspecto filosófico de la cuestión de si las computadoras tienen o no instinto de supervivencia...”

“Sea como fuere, hace unos ocho o nueve meses hemos comenzado la construcción de las naves que irán a Plutón. Serán desmontadas allí y sus elementos utilizados en la perforación de la superficie plutoniana y en la construcción de las ciudades ocultas. Hemos pensado en algunos millones de seres humanos, por un lado porque queremos “comprar”, con el derecho a vivir allí, a quienes pudiesen oponerse por envidia u otras razones. Y por otro lado, no

hemos pensado en más porque a ese nivel no es posible la autosuficiencia, por mucho tiempo al menos, y —aunque parezca cinismo— necesitamos seguir siendo los administradores de una Tierra que produzca para nosotros”.

—¿Y al final?

—¿Qué final, Tony? ¿Por qué tiene que haber un final? La vida no es una telepelícula.

—Me refiero a qué sucederá cuando los dichosos plutonianos seamos autosuficientes, comiendo pastillitas bajo tierra.

Linda desaprobó con la cabeza.

—Tony, no me crees problemas. Quiero que tú asumas el cargo, conmigo. Para ello es necesario que estés convencido, como lo estoy yo, de que ésa es la única salida.

—Trataré de convencirme. Continúa.

—Bien. El hombre es un animal de costumbres. Nos hemos habituado a vivir sobre un navío espacial en forma de bola, llamado Tierra, sobre cuya superficie nos arrastramos como hormigas. No hay ninguna razón, y los científicos y las computadoras lo ratifican, para no acostumbrarnos a vivir en un hermoso entorno cerrado, condicionado y protegido.

—¿Cómo el útero?

—¿Por qué no? Si el sueño eterno del hombre ha sido siempre retornar al útero, ¿por qué no hacerlo? ¿Qué razón realmente sería —fuera de los irracionales temores de una humanidad que se asusta de su propia sombra— hay para no satisfacer ese sueño final? ¿Qué miedo podemos tenerle a la felicidad, si nos liberamos de todo prejuicio?

“Tú eres un Director, Tony. Eres de los nuestros. Pero al mismo tiempo aportas la energía, la audacia y la honestidad de un mundo que todavía puede producir verdaderos aventureros. Esa, según las computadoras, y según todos nosotros, es la combinación requerida.

“Probablemente pienses que la solución no es ideal. Quizás

hasta creas que es una especie de huida. Pues bien: ninguna solución es ideal —y a la humanidad le ha costado milenios entenderlo, y aún no lo entiende del todo, como demuestra tu región—, y además, todas son una huida. De lo que se trata es de saber si es lo mejor que puede hacerse hoy. Lo mejor para nosotros, Tony, porque creemos haber aprendido que todos los crímenes se cometen por altruismo. Nosotros vamos a ser conscientemente egoístas, para variar, y así salvaremos el concepto de humanidad antes de que se hunda definitivamente en el caos”.

Más tarde, Tony y Linda paseaban sobre una especie de terraza de observación, entre rosas pálidas y pequeñas palmeras. Se escuchaba un rumor de arroyos y aves, de viento caliente entre los árboles, aunque no había árboles, aves ni arroyos.

—No, no soy la serpiente.—dijo Tony, cogiendo la mano de Linda—. Esos viejos símbolos ya no funcionan: hemos madurado. Ahora sabemos que paraíso-serpiente es una unidad indivisible.

—Y permanente —agregó Linda—. Veo que comprendes.

—Iremos al maldito Plutón —agregó Tony.

Miraba hacia abajo-arriba, donde buena parte de la superficie terrestre colgaba-ascendía como una invitación o un insulto.

—Es decir —dijo Tony—, si nos dejan.

—¿Si nos deja quién? —preguntó Linda, intentando besarlo pero sin lograrlo. Tony estaba señalando hacia el gran planeta que iban a repudiar. Ninguno de los dos necesitó acudir a las computadoras para saber que el cohete negro que se acercaba al satélite lucía en el costado una gran cruz de plata.

Lima, Febrero 1977

86141

- ciudad = no letrada, despersonalizada
- sexo
- mercantilización de la sociedad, de la personalidad
internacionalismo demográfico comercial (35)